

冊





Año XII Tomo XXXI Núm. 121

Ateneea

Revista Mensual de Ciencias, Letras y Artes

PUBLICADA POR LA
UNIVERSIDAD DE CONCEPCIÓN (CHILE)

1935

23 MAR 1935



3

SUMARIO

127

Hernán Díaz Arrieta
Eduardo Solar Correa
Jorge Herrera Silva
Domingo Melfi D.

Puntos de vista
Muerte de Eduardo Solar Correa
Intimidaciones literarias. 1934
La Musa en el país de las Maravillas
Proceso de las generaciones jóvenes de Chile

Carlos Préndez Saldías
Enrique Molina
Antonio Zamorano Baier
Mari Yan
E. Rodríguez Mendoza

Romances de Río Blanco
De la libertad
El globo azul
Una gran escritora inglesa
Objeciones a la apología de extensión

LOS LIBROS.—Luis Alberto Sánchez: «La Beldaca».—Oscar Cerruto: Alcides Arguedas, un escritor discutido.—Sady Zañartu: Don Andrés Bello, por Eugenio Orrego Vicuña.—Milton Rossel: Hijos del alma, por María Teresa.—Lluvia, por Somerset Maugham.—C. P. S.: El pregón en llamas, por Carmelina Vizcarrendo.—Rimas Serenas, por Rogelio Sotela.—Rol de la manzana, por Jorge Carrera A.—A. T.: El velero matinal, por F. Diez de Medina.—Panorama de la literatura norteamericana.—Carlos Mouchet: La irreverencia histórica, por Sigfrido A. Radaelli.

NOTAS Y DOCUMENTOS — SEÑALES — NOTAS DEL MES.

Precio \$ 3.50

Julio de 1935

Atenea

Revista mensual de Ciencias, Letras y Artes
Publicada por la Universidad de Concepción

Comisión Directora:

ENRIQUE MOLINA

FÉLIX ARMANDO NÚÑEZ (Secretario)

Representante de la Dirección en Santiago

Señor DOMINGO MELFI

ATENEA inició su publicación en 1924 y la ha continuado hasta la fecha con absoluta regularidad. Su propósito es el de dar una visión completa y siempre actual de las actividades espirituales chilenas y americanas en primer lugar y luego de las de otros países del mundo.

ATENEA no publica sino los trabajos que solicita especialmente a sus autores y no mantiene correspondencia alguna sobre los originales que se le remiten. La Dirección de la Revista no se hace solidaria de las opiniones que expresen los autores de trabajos publicados en estas páginas y que lleven firma responsable.

PRECIO DE LAS SUSCRIPCIONES

Un año.....	\$ 30.00
Un semestre.....	16.00
En las provincias de Chile y en Bolivia, recargo de \$ 2.00 anuales para fran- queo.	
Suscripción a los países extranjeros excep- to Bolivia sólo anual: 4 dólares, o su equivalente según el país.	
Número suelto.....	3.50

Para la atención de todos los asuntos relacionados con la redacción de la Revista ATENEA, dirigirse a su oficina en Santiago, ubicada en el edificio de la Mutual de la Armada y Ejército, cuarto piso, oficina N.º 22, o a la Secretaría de la Revista Atenea, Concepción.

Agente general para suscripciones y ventas

LIBRERIA NASCIMENTO

SANTIAGO
Ahumada 125
Casilla 2298

CONCEPCION
Barros Arana 800
casilla 2290

Imprenta Nascimento.—Ahumada 125.—Santiago.

HISPANIA

A JOURNAL DEVOTED
TO THE INTERESTS
OF TEACHERS OF SPA-
NISH, AND PUBLISHED
BY THE AMERICAN
ASSOCIATION OF TEA-
CHERS OF SPANISH.

DIRECTOR

Alfred Coester

**STANFORD UNIVERSITY,
CALIFORNIA**

AMERICA

Revista de Cultura
Indoamericana

Publicación Trimestral del
GRUPO AMERICA



Encargados de la Dirección

Alfredo Martínez
Augusto Arias
Antonio Montalvo.



Dirección Postal

GRUPO AMERICA

Casilla 75 :: Quito, Ecuador. S. A.

MERCURIO PERUANO

Revista mensual de Ciencias
Sociales y Letras,
fundada en 1918

Director Fundador

Victor Andrés Belaunde

APARTADO NUM. 176

LIMA PERU

LEONARDO

Rassegna Bibliografica
diretta da

FEDERICO GENTILE

Direzione ed Amministrazione:

Via Palermo, 10-12

MILANO (111)

REVISTA CUBANA

Publicaciones de la Secretaría
de Educación

DIRECCION DE CULTURA

LA HABANA

CUBA

REPERTORIO

AMERICANO

Semanario de Cultura
Hispánica

DIRECTOR

JOAQUIN GARCIA MONGE

APARTADO 533

San José de Costa Rica

CENTRO AMERICA

TRAPALANDA

UN COLECTIVO PORTEÑO

CRITICA,
INFORMACION,
BIBLIOGRAFIA

—
Director:

ENRIQUE ESPINOZA

Rivera Indarte 1030

BUENOS AIRES

REVISTA INTERNACIONAL DEL CINEMA EDUCATIVO

ORGANO DEL I. I. C. E.
SOCIEDAD DE LAS NACIONES

Publicación destinada a informar sobre la aplicación del Cine a la educación en cada una de sus ramas (universitaria, primaria, secundaria, agrícola), así a la científica como a la popular, y a la higiene social. Se publica en cinco ediciones: inglesa, francesa, italiana, española y alemana.

Director:

Doctor LUCIANO DE FEO

Dirección:

Villa Torlonia-ROMA

Suscripción por un año a la edición española:
dólares 4; pesos chilenos, 32.

Atenea

Revista Mensual de Ciencias, Letras y Artes.
Publicada por la Universidad de Concepción.

Año XII

Julio de 1935

Núm. 121

Puntos de vista

El centenario de Carducci

En estos días se ha celebrado, por cierto que académicamente, el centenario del nacimiento del gran poeta italiano Giosue Carducci. Vale la pena recordar aquella su airada observación: «Italia no tiene hoy muchos escritores y eso es demostración de que aun le queda una fibra de los antiguos riñones». Ocurría esto en un año de 1800 y tantos. Porque para Carducci era necesario que no hubiera tanto declamador estéril, tanto retorizante hueco y ensoberbecido. Una fibra de los antiguos riñones era una fibra de la nacionalidad en trance de erigirse sobre la decadencia de que la acusaban entre mofas, las naciones vecinas. Hecha la unidad política había que fortalecerla con la unidad moral de una Italia fuerte, digna de sus tradiciones. Para Carducci el pasado tenía la fuerza de un poderoso estímulo vital. Había recorrido como humanista, la trayectoria luminosa de los humanistas del medioevo. Había estudiado con delectación amorosa a Petrarca, a Dante y a Bocaccio señalándolos como los supremos constructores de esa unidad del idioma que era a la vez la unidad del alma italiana. En su «Historia del desenvolvimiento de la literatura nacional», había trazado las líneas del desenvolvimiento integral del espíritu de la nación. Fué llamado el poeta civil de Italia y por sus rebeldías y por sus protestas airadas, fué saludado como el maestro y el profeta de una nueva Italia.

Aspero, hirsuto, con su gran melena y su barba abundosa, era

sin embargo, el poeta de la delicadeza y el poeta de la virilidad. Es probable que con ningún otro escritor haya ocurrido en Italia fenómeno semejante: el que un pueblo entero a su solo nombre, se recogiera en un respeto casi místico, y le señalara como al máximo cantor de la grandeza y de la voluntad de elevación. Por eso el abominaba de los estetas y de los declamadores. Los fulminaba con acento de terrible condenación. Los reyes iban a visitarlo en la vieja Bolonia, en cuya Universidad tenía su cátedra. Italia era Carducci entonces y nada del pensamiento o de la belleza italianos, quedaban fuera de la órbita carducciana. En días de indignación había saludado a Satán, cantando su triunfo sobre el Jehová de los sacerdotes, que como los malos poetas infestaban también a Italia. «Salute o Satana—o ribellione—forza vindice—della ragione—Hay vinto il Geova—dei sacerdoti.

La fibra de los antiguos riñones era esa liberal conciencia que el poeta había rastreado en la historia y en la literatura italiana a través del acento potente de los grandes poetas y de los grandes conductores y con la que Italia había podido ser madre de idealismos y rebeldías. El canto enfermizo, la lírica decadente y pernicioso, el halago a las formas bizantinas sin arraigo en la conciencia nacional, el canto por el canto, efímero y anémico, no podían servir a un país que tenía que rehacer su fibra y su voluntad, y ocupar su puesto en la vida universal. Fué según todos un profeta. Pero fué así mismo un libertario y un rebelde. ¿Se ha cumplido su profecía ... ?

Madariaga

En una misión oficial, como Embajador Extraordinario de la República Española, estuvo de paso entre nosotros el escritor español Salvador de Madariaga. Era ya conocido en nuestro país, por sus libros de divulgación literaria y por algunos ensayos acerca del destino de las nacionalidades francesa, inglesa y española. Hay en Madariaga una educación inglesa que le ha permitido contener sus ímpetus de ibero. Pasó largos años de su vida en Inglaterra, asimiló el espíritu británico y comprendió desde ese mira-

dor excepcional, la psicología de los países que según él, son los exponentes típicos de la vida europea. Así Francia es el país del pensamiento, Inglaterra el país de la acción y España el país de la pasión. En estos tipos psicológicos encuentra Madariaga el fondo de la diferenciación de esas razas.

Indudablemente habría sido interesante para Chile la permanencia del autor de España más del tiempo señalado para su visita. Y decimos interesante porque un observador de la calidad de Madariaga es siempre una promesa de descubrimiento, en lo que se relaciona con nuestro carácter. De ordinario un viajero inteligente profundiza en los aspectos sobre los cuales no se detiene la observación de los estudiosos autóctonos. No siempre los viajeros aciertan—el caso de Morand es sintomático en la superficialidad de la observación—pero hombres como de Madariaga, de pupila certera, de hondura en la intención, de amplia y sólida cultura, descubren a menudo lo esencial en la psicología de los países que visitan.

Salvador de Madariaga, no es a pesar de todo, el tipo del conferenciante, Madariaga en la lectura sugiere graves meditaciones. Y es que en este escritor español interesa más que la forma, el contenido, la substancia. Es un pensador con toda la calidad y toda la fuerza de un ensayista. La educación inglesa ha moldeado en él a un autor consciente de sus elementos filosóficos, con los cuales puede trazar esos agudos esquemas de psicología que le han valido tantos éxitos en Europa.

La visita de Madariaga dió margen a una serie de festejos de carácter oficial. Sus conferencias congregaron a un público numeroso y en sus disertaciones sobre el carácter de los pueblos europeos y sobre los valores universales en la literatura española, pudo desarrollar con admirable concreción, puntos de vista novedosos y originales.

El libro perseguido

La literatura pornográfica viene toda del extranjero. Chile

no ha producido aún literatura de esta especie. Y es una garantía, a pesar de que las costumbres han tomado un giro europeizante. Este género de libro que contribuye a desmoralizar ha sido perseguido últimamente en medio de incidentes que se han prestado a equívocos divertidos. Desde luego se han confundido los libros de esencia pornográfica con los que sólo ostentaban una portada o un título llamativos. Han caído al fondo del pozo condenatorio, libros que nada tenían que ver con la corrupción de las costumbres. Este error ha derivado de la ausencia total de doctrina o de tradición en este punto. Wilde aseguraba, siguiendo en la línea de las paradojas a que era tan propenso, que no había libros morales o inmorales sino libros bien o mal escritos. Pero esto que sólo está bien para los cenáculos o para las "élites", no puede ser una norma en estas sociedades en que puede decirse que tampoco hay tradición en la lectura. Se lee al azar, sin sujeción a norma alguna, lo que se encuentra a mano o lo primero que ofrecen los libreros. Las obras pornográficas han tenido últimamente gran salida. ¿Es un descenso de la moral ambiente? ¿Una proyección de la ausencia de elementos vigorizantes en la estructura social? Es más que todo, la multiplicación desmedida de editoriales que hacen su negocio, sin importarles la calidad de los libros editados. Al propio tiempo, la falta de una doctrina como se ha dicho, para controlar esta clase de libros. La persecución última ha evidenciado esta ausencia, porque no ha sido dirigida con criterio seleccionador, sino simplemente con el criterio simplista de los agentes encargados de la pesquisa. Y esto es un absurdo.

Las sociedades viejas, no se conmueven con estas medidas. Tienen no sólo la tradición de la cultura, sino la tradición moral que separa y cataloga por el eclecticismo, los libros útiles de los inútiles. Entre nosotros es diverso. Y una policía intelectual, una policía de control superior, con elementos capacitados para ejercerla, hace falta a fin de señalar los peligros a que pueden ser arrastrados los lectores inexpertos.

Hernán Díaz Arrieta

Muerte de Eduardo Solar Correa



ocas veces habrá podido decirse con más verdad la frase que la muerte llega como el ladrón que penetra en la casa a medianoche.

Eduardo Solar Correa no debió morir.

Algo en el fin de su existencia protesta no sólo con dolor, sino con una especie de reproche que no sabe a quien dirigirse. Esa desaparición repentina no estaba consultada en ningún plan razonable; todo el sistema de consuelos, la construcción de ilusiones que penosamente edificamos para resistir al destino se estremece al absurdo golpe y cae con el desmoronamiento de tantas esperanzas tan bien establecidas, tan justas o, aparentemente, tan sólidas.

Una vez más, inclinando la cabeza ante el misterio, hemos de confesarnos que aquí no hay nada seguro; que cada minuto nos es concedido como una gracia provisoria; que un abismo separa lo que ha sido de lo que será y nuestras precauciones son inútiles, nuestros proyectos vanos y la lógica del mundo reposa sobre una sombra.

* * *

Hemos sido robados.

Vida coherente, necesaria, atada por toda clase de lazos, en su conjunto y en sus detalles, útil a todos, de cerca y de lejos, cada vez más alta y más clara, la de Eduardo Solar Correa. Sus virtudes literarias y morales—seriedad comprensiva, equilibrio flexible, paciencia vigilante, desprendimiento austero y continuo, sobriedad del fondo y de la forma—constituyen el código de las condiciones más raras y más preciosas en este lado del planeta y en este período de nuestra evolución.

Dos tipos de escritores abundan en Sudamérica: el verboso de las imágenes, hinchado de metáforas, que no ha leído nada, porque la inspiración se lo da todo y el verboso de las ideas que lo ha leído todo y se agita en un caos de autores y libros, citando nombres, juntando ideas, deslumbrador a trozos, porque el talento no le falta, y hasta le sobra; pero incapaz de ordenada síntesis y nutrido de pomposas irrealidades.

La estampa de Solar Correa se dibuja al reverso de esos huecos medallones.

Humanista y estudioso a la europea, cultivábase sin más fin que perfeccionarse y transmitir sus conocimientos. Ni amor propio erudito ni afán de lucimiento. Su honradez congénita repugnaba la improvisación decorativa y la generalización apresurada, sin hechos. Sabía que

ba por el camino recto, que suele ser raro y desconcertante. Poseía el don de adivinar sin esfuerzo el sentido de las fisonomías, de los actos, de los gestos como el de esa multitud de signos que en el paisaje o en el mundo impreso corresponden a los gestos y a la fisonomía.

Muchas veces nos dijo, terminantemente, el resorte oculto que movía la actitud de personas conocidas, contradiciendo todo un vasto sistema de representaciones exteriores. No siempre le dimos crédito; pero el tiempo se encargaba de confirmar su opinión.

Llegamos una tarde a su casa cargados de libros recién aparecidos. El se entretuvo en hojearlos y, por la portada, los grabados, las viñetas, los títulos, la disposición de las páginas, diagnosticaba el carácter del autor, su época literaria o mental y hasta el ritmo que debían de tomar los versos en los poetas. La lectura, después, corroboró todos aquellos juicios y, en la crítica, no hicimos sino ampliar sus dictámenes sumarios, improvisados por juego.

Durante el verano último, alojamos varios días en una hacienda del valle central, en unas antiguas casas muy chilenas, con largos corredores conventuales, un gran patio de naranjos, monástico, y un cerrito detrás de la viña que cruzábamos mañana y tarde, charlando, haciendo comentarios de libros y revistas. Eduardo era un charlador infatigable y alegre; su interés por las ideas no decaía nunca y lo mantenía en el interlocutor, diciendo siempre cosas personales, que valían la pena, que traían algo nuevo al espíritu, cosas sólidas y cu-

agudeza y originalidad en sus «Poetas de Hispanoamérica», y sostuvo correspondencia, durante un tiempo, con la poetisa, para penetrarla mejor. De allí habría salido un estudio que, como todos los suyos, no sólo sería literario, sino psicológico, humano. Nos oía hablar a menudo de otros autores; escuchaba en silencio, aprobaba unas veces, rectificaba otras. Recordamos que un día nos dijo: Le tengo un descubrimiento. Y nos leyó una página de Mariano Latorre publicada en no sabemos qué revista extranjera. Un verdadero trozo de antología, un pequeño poema a propósito de una semilla, recio y jugoso a la vez, nutrido de la mejor savia y concentrado, fuerte, completo. Nos maravilló. De la charla que esa vez sostuvimos, sacamos un Mariano Latorre enteramente nuevo y explicable, con sus vacíos y sus excelencias, listo para la semblanza definitiva... que ya no será escrita...

Parece la cosa más fácil y natural del mundo percibir la realidad tal como es, sin velos imaginarios; desnuda de prejuicios. Diríase que basta abrir los ojos. Pero la mayoría no ve sino la superficie y ahí no están las cosas mismas, ni tampoco las personas, ni las ideas, ni los libros, sino lo que nosotros anticipadamente nos figuramos, por efecto de sugerencias ajenas. Eduardo Solar constituía para nosotros una enseñanza experimental y viviente de cómo se necesita verdadera intuición, una especie de doble vista para romper las apariencias establecidas y penerar más allá de las asociaciones convencionales. Un instinto seguro, casi infalible, lo guía-

el fenómeno concreto no significa nada aisladamente; pero no desconocía que los sistemas se componen de aire sino están llenos de experiencias. Y él iba de éstas a aquéllos, acucioso, metódico, prudente y sagaz, sin apresurarse ni detenerse.

A su escritorio de estudioso llegaban las mejores revistas y él escogía y anotaba los volúmenes necesarios, consciente de su derrotero, perspicaz para elegir los medios que lo llevarían a término. No lo dominaban entusiasmos repentinos por esta u otra rama del conocimiento, apartándolo de su vía central; sabía que el equilibrio constituye la gran condición de las obras duraderas y no desperdiciaba el esfuerzo ni el tiempo. Elijió la carrera pedagógica, obscura, llena de acechanzas y de diarios contratiempos, pero que le permitía librarse del periodismo, escuela de frivolidad brillante y de satisfacciones efímeras a la que van fatalmente los aficionados a la literatura en países donde no existe carrera literaria. Sus lecciones lo obligaban a concentrarse y disciplinarse. El fervor le mantenía despierta la curiosidad y apartaba los peligros de anquilosamiento en la rutina.

Siempre estaba alerta, allegando materiales, observando y viviendo sus estudios; por todos los caminos iba hacia el mismo punto. Entre sus proyectos, que eran numerosos, aunque no desproporcionados, figuraba una antología de escritores chilenos actuales. No emitía opinión sobre ellos sino cuando se la había formado a conciencia y tenía algo nuevo, personal que decir. Le interesaba el caso de Gabriela Mistral, que juzgó con

riosas. Su realismo, su visión demasiado exacta, solían oprimir a veces. Desde aquella hacienda fuimos a la costa, a un balneario célebre por sus bosques de pino. Queríamos nosotros ver los pinares junto al mar; pero unos arenales separaban los árboles del agua. Al fin divisamos islillas boscosas, a cierta distancia de la playa, y creyendo haber dado con lo que íbamos buscando, llamamos un bote. Eduardo miró, hizo un ademán de disgusto y dijo: No; son unos islotes miserables; el agua está sucia; las olas quedan lejos. A medida que el bote se acercaba, como si la realidad hubiera obedecido a la palabra, vimos la pobreza efectiva de la vegetación, un barro líquido cubierto de algas rotas y un banco de arena lejana que nos taparía el horizonte. Al atracar el botero, le pagamos y lo despedimos, sin embarcarnos. La observación previa de nuestro amigo, su mirada aguda, nos evitó llegar hasta los bosquecillos y desengañarnos en el terreno.

* * *

Creíanlo reaccionario cerrado en política y católico fanático en materia religiosa. Será una sorpresa para muchos saber que Eduardo Solar nunca firmó los registros del Partido Conservador. Ni de ningún partido. Era demasiado independiente, demasiado persona. Y pertenecía a una generación—la nuestra—que miraba lo política con cierta distancia. Nacimos el mismo año, el 91, y nos tocó esa mar boba del régimen parlamen-

tario, inestable y de apariencia tranquila, que no entusiasmaba en pro ni en contra, época de transición entre la autoridad y la anarquía, ni tan corrompida como para exaltarse en atacarla, ni activa o heroica como para inspirar afecto. Las cosas parecían marchar solas; los Ministerios caían y se levantaban naturalmente; se hablaba tanto de corrupción, que la corrupción había llegado a producir indiferencia; época mediocre en que los gérmenes de revuelta fermentaban, pero demasiado abajo todavía. Cuando estalló, el pliegue estaba tomado y la política nos parecía cosa de políticos, es decir, de gente poco apreciable, interesada, sin ideales. El ideal había buscado otro refugio y era un bien íntimo, un dominio solitario. Cada cual tenía su mundo. Eduardo no se desconectó del ambiente y se preparó con seriedad para su obra colectiva, que sólo ahora comenzaba a florecer, que apenas había dado sus primeros frutos. Pero no le gustaba la política. Le tenía repugnancia y un poco de miedo. Nunca podremos olvidar cierta pequeña escena tan significativa. Era en los días de la República Socialista, ese trastorno de todo lo visible. Habían llovido las balas bajo la casa de Solar Correa, Alameda esquina de Amunátegui, y hasta creemos que algunas se incrustaron en sus balcones del segundo piso. Todos estábamos exasperados e inmóviles, una especie de sortilegio había caído sobre el país y no se sabía qué hacer, dónde, con quién reunirse. Algunas personas se avergonzaban, no sin justicia, de protestar solamente con las palabras, no con los hechos; pero el

momento era así. Eduardo participaba de la indignación común, de la sorpresa y el desconsuelo. Las cosas se arreglaron, poco a poco, más los rumores seguían y agotaban la paciencia y los nervios. Una noche llegamos a visitarlo a la diez. No había que llegar antes; tampoco había que irse después de las once. Nos recibió sonriente, envuelto en una capa española que usaba en casa, e hizo traer dos tazas de agua caliente, porque terminaba de comer. Parecía, como siempre, optimista. Tenía un carácter seco, pero alegre. Vimos que sacaba de una cajita unas diminutas pastillas blancas y las echaba en su taza. Le preguntamos:—¿Y eso? Respondió muy apacible:—Luminaleta.—Y a nuestra mirada interrogadora:—Cómo andan corriendo esas noticias de Grove y de los comunistas...—Así era su inquietud y también su escepticismo. Nosotros mirábamos caer las pastillas calmantes en el agua y pensábamos que, después de todo, acaso sería esa la manera más sabia de resolver los problemas políticos, dejándolos disolverse. ¿Para qué inquietarse tanto? Un poco de tiempo y el mundo ha cambiado; otro poco de tiempo, y el mundo ha concluído.

Sin embargo. Eduardo no quería que el mundo se concluyera, ni lo esperaba. Tenía programa para doscientos años. No es un vano decir. Refiere Osvaldo Vicuña—nos costaría recordar a Solar Correa sin nombrarlo—que en cierta ocasión leían las reflexiones del español Salaverría acerca de los autodidactas y su tragedia, uno de cuyos elementos es la inmensa prepa-

ración, apresurada y solitaria, para realizar una obra que exige siglos, mientras cuando menos se piensa, llega la muerte y lo derriba todo. Eduardo aprobaba con la cabeza. Y como para que no se le creyera excluído de los autodidactas, por haber realizado estudios completos, agregó:—En Chile, a causa de la enseñanza, todos somos autodidactas.—Aguardaba, pues, conscientemente, una larga existencia. Sentíase necesario. ¡Tenía tantas cosas que decir y que enseñar! Nosotros no conocemos el equilibrio. El lo poseía. Vamos a la literatura por la política o por tal o cual idea sectaria. El iba a las letras, por las letras mismas y a las ideas por la verdad que entrañan, no para defender a un partido sin condiciones.

En materia religiosa, su posición era la de aquellos humanistas españoles del siglo XVI, tipo Luis Vives, o Huarte, que apartaban el dogma y en todo lo demás se reservaban sus derechos de experimentadores y racionalistas, poniendo primero la experiencia que la razón, antes la razón que la autoridad. Una posición que Pasteur no habría desautorizado. Nunca discutimos estos asuntos. Creía y practicaba; pero sin dejarse invadir, sin exagerar nada. Llevaba el sentido de la medida y el concepto de la personalidad hasta ese terreno en que el infinito amenaza absorbernos. Nunca le vimos atacar a un autor por razones que no fueran literarias o de orden filosófico y le hería como la mayor injusticia la acusación de limitación sectaria que solían dirigirle espíritus superficiales, engañados por las apariencias.

Se defendía por uno y otro lado. Un sacerdote más meritorio por sus buenas intenciones que por su discreción lo invitaba con insistencia a visitarlo en el convento. Solar Correa no se mostraba dispuesto a acceder. Al fin nos explicó:—Este padre... No me gusta. Me encuentra, me toma del brazo, me lleva, me pregunta cuánto tiempo que no me confieso, cuándo me voy a confesar, por qué no me confieso más seguido... Yo soy católico; pero soy un católico muy tranquilo!—Era preciso, para tomarle el peso a esta profesión de fe, oírle la voz, verle el ademán. Hablaba con lentitud, arrastrando un poco las palabras. La primera impresión suya despistaba aún a buenos observadores. Eduardo Solar tenía la apariencia y el acento de su clase, la buena clase chilena antigua, con raigambre de campo, que no se apresura, que marcha con buen sentido; y hasta su malicia o la expresión de sus ojos con las ideas maliciosas era muy criolla. Estamos tan habituados a que esa voz y esos modos se asocien a conversaciones agrícolas, a cálculos sobre las cosechas, a presunciones sobre el precio del trigo o de los animales, que cuesta acostumbrarse a pensar que sirvan de acompañamiento a preocupaciones distintas. Requeríase un trabajo para adaptarse, había que remover una gruesa cáscara a fin de hallar el fruto fino, henchido de licor precioso, sutilmente destilado y gustarlo. Y a más de la vestidura del caballero chileno, sin aliño ni desaliño, había la sugestión pedagógica, la idea de que era profesor. No debe sorprendernos que, bajo tales disfraces, sólo en la

prolongada intimidad se le haya conocido como realmente era. En Eduardo Solar, el caballero chileno, sin dejar sus tradiciones, pensó, se refinó, se hizo humanista cultísimo y catador de matices literarios y artísticos de rara calidad. El pensador que lo coronaría, en la crítica, en la historia, en la exégesis social, estaba perfilándose y avanzaba a la escena del mundo, cuando la muerte vino a trastornar sus planes. Habría sido, no nos cabe duda, no sólo figura eminente en el país, sino en todos los dominios del habla castellana. Bello prometía menos a su edad y; si hubiera muerto como Solar Correa, a los cuarenta y tres años, habría dejado una obra inferior a la del autor de las «Semblanzas Literarias de la Colonia».

He ahí lo que nos ha robado la muerte, el ladrón de medianoche.

* * *

Los críticos de los críticos o sean los autores y los lectores, se inclinan a pensar, cuando ven un elogio, que la amistad personal lo provoca, como imaginan que las censuras literarias las producen las enemistades. Desengañense. Las cosas humanas no obedecen siempre a los mecanismos más sencillos y aparentemente lógicos. A veces sucede todo lo contrario de lo que parecía natural. A veces; muchas veces, no alabamos a aquéllos de quienes somos amigos, sino que somos amigos de aquéllos a quienes podemos alabar. Antes de conocer

personalmente a Solar Correa, uno de sus libros, un texto de Idioma Patrio, nos dió la sorpresa de la obra bien trabajada, hecha a conciencia y perfecta en su ramo. Lo dijimos. Después vino el trato personal, la amistad larga y frecuente; la charla íntima y el disfrutar de amistades y paseos comunes, los viajes juntos que van tejiendo recuerdos y uniendo vidas. Y como el hombre no desdecía del escritor, sino que le daba una profunda resonancia, un fondo de sinceridad consistente, como los libros que después vinieron superaban a la obra inicial y los juicios que se sucedían iban de acuerdo con la impresión exacta que causaban en nuestro ánimo, esa amistad no conoció ni tuvo por qué conocer trizadura. Y tan cordial fué el apretón de manos de la afinidad recíproca y tan fuerte la comunidad de pensamientos y de sentimientos, que al romperla la muerte ha sido como si se llevara algo que no le pertenecía.

Alone.

Eduardo Solar Correa

Intimidades literarias

1934

A mi hijo Bernardo Solar Amunátegui



HORA, en este año de 1934, año de gracia, en que sin saberlo ni esperarlo me han otorgado el Premio Roma, especie de espaldarazo que me hace caballero de la Orden de las Letras, se me ha ocurrido pensar en cómo llegué a ser escritor... Me place imaginar que algún día tendrás tú, hijo mío, el deseo o la curiosidad de conocer estas intimidades literarias y está bien que hoy, que me encuentro de humor para recuerdos, te las vaya refiriendo.

Ha contribuído tal vez, a llevar mi pensamiento por aquellos caminos tan lejanos la afirmación reciente de un crítico, acaso poco psicólogo, de que en mí la literatura es una derivación de mi cátedra, cuando, en realidad, el fenómeno se ha producido precisamente a la inversa. No. Mi vocación de profesor nació de la invencible pasión por las letras que me ha dominado desde la in-

fancia. Creí que, en Chile, el único medio que tenía de vivir en permanente trato con ellas, era enseñándolas; y fui profesor de literatura.

No sé que nunca soñara, allá en mis años pueriles, con llegar a ser profesor. Ni tuve jamás la idea de jugar a las clases, como suelen hacer otros niños. Pero recuerdo muy bien que el primer dinero de que pude disponer no lo invertí en juguetes o caramelos, sino en un libro. Llamábase aquel libro *Historia de Genoveva de Brabante*... Tenía una portada en colores que representaba un bosque, entre cuyos árboles aparecía una mujer muy blanca, con un niño en los brazos, y sin más vestidura que una cabellera rubia abundantísima. Frente a ella, unos hoscos jinetes, cubiertos de armaduras medioevales, la miraban embargados de sorpresa. Ese cuadro, sin duda, debe de haber influido en que eligiera yo aquel libro cuando se trató de invertir mis dineros, pero recuerdo que desde mucho antes me tiranizaba un vehemente afán de poseerlo. ¿De dónde había nacido este deseo? No lo sé. Tal vez yo había visto en alguna vitrina de la calle Victoria, próxima a mi casa—porque esto ocurría en Valparaíso—en alguno de esos baratillos en que se vendían cigarrillos, botones, libros y útiles de escritorio, la portada fascinante. Lo cierto es que aquel pequeño volumen dejó en mi ánimo una impresión muy fuerte. Yo no tenía más de cinco o seis años—aun no sabía leer—y recuerdo todavía, como si fuera hoy, el sitio en que escuché su lectura, suspenso, colgado de los

labios de la mamá buena y complaciente. Era un cuarto amplio, semidesmantelado, que servía a mi madre de pieza de costura y a nosotros de sala de juego. Una de sus puertas estaba ordinariamente abierta y daba a una galería que se iluminaba con el sol de la tarde. Mi padre no olvidó nunca esta rara idea mía de haberme obstinado en comprar un libro antes de saber leer, y alguna vez me refirió que cuando quiso conocer mis impresiones, yo repuse gravemente: «Es una historia muy penosa».

Las criadas me habían contado, por esos mismos días, acaso como un medio de estimular mi incipiente afición por la lectura, algunos episodios de la vida de Bertoldo, Bertoldino y Cacaseno, y tuve ganas de conocer la historia completa de tan extraños personajes. Así, la primera vez que dispuse de algunos pesos, compré la obra. Era el segundo libro de mi naciente biblioteca y hube de leerlo en la misma forma que el anterior, pero no me produjo el mismo efecto y más bien experimenté una impresión de desengaño. La narración no correspondía a lo que yo imaginara.

Hay después un largo interregno en mis recuerdos literarios. Mi padre había publicado, en sus mocedades, un tomo de poesías, precedido de un prólogo entusiasta de don Benjamín Vicuña Mackenna, con quien estaba emparentado muy próximamente, y su hermano, mi tío Fermín Solar Avaria—ambos eran inseparables—había hecho otro tanto. Estos dos volúme-

nes poéticos me interesaban vivamente y era mi grande aspiración llegar alguna vez a ser autor de un tomo de poesías. Los versos de mi padre, nacidos en una época de pleno romanticismo de salón, tenían, sin embargo, un acento severo y cierto corte clásico. Los de mi tío Fermín eran, por lo contrario, más ligeros y juguetones y a menudo apuntaba en ellos una nota satírica. No he olvidado cierto epigrama que me sabía de memoria y que tal vez no estaría mal entre los buenos epigramas castellanos:

Frisaba don Teodoro en los cien años
cuando me dió temblando este consejo:
—«No lo olvides—me dijo—el tiempo es oro».
Y yo pensé: ¿por qué, siendo tan viejo,
está entonces tan pobre don Teodoro?

La afición poética venía, empero, desde más lejos. Mi abuelo, don Bernardo Solar Vicuña, solía alternar las faenas agrícolas y mineras a que consagró su vida, con el cultivo de las Musas. Entre viejos recuerdos de familia guardo con veneración una tarjeta amarillenta que lleva su nombre y en la cual se leen estos versos, escritos de su puño y letra:

A enriquecer de dulces emociones
el alma de un anciano entristecido
viniste al mundo hoy, ángel querido,
¡Que Dios derrame en ti sus bendiciones!

La fecha que hay escrita al pie corresponde al día en que yo nací. Yo era, pues, aquel ángel...

(Evoca más adelante Solar Correa sus recuerdos estudiantiles, pinta el ambiente del colegio de los Padres Franceses y traza un retrato cariñoso e irónico de un condiscípulo inolvidable, triste desde entonces y poeta, enamorado y generoso: Angel Cruchaga Santa María. Cita los versos que se cambiaban, alegres y estimulantes los del futuro crítico e historiador, melancólicos los del autor de «Job» y «Las Manos Juntas». Concluye con estas reflexiones):

Cuando releo, ahora, estos versos y los míos, y a través de ellos descubro el concepto que ambos nos formábamos entonces de la existencia—concepto que, indudablemente, no ha variado con los años—me afirmo en la idea de que la filosofía en cada cual es más que todo cuestión de temperamento y, por ende, la relativa felicidad o infortunio que en el mundo nos toca. Yo nací así, con esa especie particular de optimismo, y la vida, hasta hoy, no me ha demostrado que mi actitud frente a ella esté equivocada.

NOTA.—Una gentileza de la señora Julia Amunátegui de Solar nos permite reproducir aquí fragmentos de las memorias inéditas que dejó Eduardo Solar Correa.—La Dirección.

Jorge Herrera Silva

La musa en el país de las maravillas

(Visión de la poesía chilena nueva)

... porque lo que aquí sucede es todo extraordinario.—LEWIS CARROL.



ESTAMOS con quienes estiman que la producción poética de estos últimos años constituye, en Chile, el más interesante y valioso exponente de nuestra literatura. La poesía de vanguardia, en efecto—depuesta ya su transitoria y necesaria actitud de combate—aparece, en sus entregas más recientes, limpia de estridencias y de recursos extrapoéticos, en plena etapa de revalorización y ajuste de sus cuadros. A la desorbitada gesticulación inicial sucede un lógico proceso de depuración constructiva que la hace volar a través de elevadas zonas de denso clima poético.

La novela, en cambio—y en general la prosa—permanece estacionaria en nuestro país. Constante en su plano de mediocridad—mediocridad temática, de técnica, de personajes—carece de esa virtud esencial en la

que reside, precisamente, la vitalidad de todo arte: la capacidad de renovarse. No responden nuestros escritores a los llamados de la época y es así que, aparte de la preocupación por el idioma y de la honradez literaria que evidencian, bien poco tiene que agradecerles la generación joven. El propio d'Halmar—tal vez el más diestro prosista de Hispanoamérica—mantiene su gastada condición de insuperable artista de los paisajes desdibujados a través del recuerdo, sin que logre remozar su voz, a pesar de la evidente juventud de su espíritu.

La inquietud del tiempo, que ha abierto en otros estadios de la cultura un vasto arsenal de posibilidades al género narrativo, no encuentra resonancias en la novela nacional. Sólo cuando auténticos poetas visitan la prosa, ésta enciende sus colores de novedad y sugerencia. El idioma adquiere en sus manos una extraordinaria riqueza verbal e irrumpen a través de la atmósfera apretada de las palabras, candentes imágenes e inesperados relámpagos de belleza. El advenimiento de una nueva sensibilidad y de una manera diferente de acercarse a la realidad circundante, crea en Chile las páginas de «Anillos» de Pablo Neruda y Tomás Lago; «El Habitante y su Esperanza» de Neruda; de «La Mano de Sebastián Gainza» de Lago; de «País Blanco y Negro» de Rosamel del Valle; de «Más de una Mujer» de Jacobo Nazaré, novela injustamente olvidada; de algunos cuentos de Salvador Reyes y de Luis Enrique Délano y de algunas obras en prosa de Vicente Huidobro, como «Cagliostro», novela de corte cinematográfico, poblada

de luminosos aciertos en una novedosa concepción de la técnica novelesca. Pero esta inmigración de los poetas en la prosa no es lo frecuente. Y así, mientras al otro lado del Atlántico, escritores como Rainer María Rilke, James Joyce, Pierre Girard, Blaise Cendrars, Benjamín Jarnés, etc.—por citar nombres, sin concierto y al acaso—extraen de lo hondo de los días en que viven su más rico resultado de arte, nosotros escribimos demasiado preocupados de «interpretar fielmente el paisaje», de que haya «colorido local» en nuestros diálogos y de otros elementos que evidencian una pobreza de matices y de ideas, lenta y fatigosa. ¡Vano disfraz con que se pretende disimular la falta de imaginación y de «sentido de lo nuevo» de buena parte de nuestros escritores!

Anotemos pues—así ligeramente como lo requiere la rapidez de esta visión—el retraso de la novela nacional en relación con la poesía y reservemos a los estudiosos el análisis de sus causas, problema que ya ha sido entrevisto por más de un crítico. A nosotros sólo nos interesa consignar el hecho para afirmar la premisa inicial de estas anotaciones: la poesía chilena joven significa el fenómeno de mayor trascendencia del momento artístico que vivimos.

Ahora bien, la nueva sensibilidad—estado de gracia de un nuevo credo de belleza—se anuncia en nuestros poetas como el consecuente de profundas conmociones en el orden político y social del país. Puede destacarse el año 1920 como la palabra clave, a cuyo conjuro se

abren las «torres de marfil»—imperantes todavía—a las corrientes de renovación.

La juventud de la época entrega los mejores impulsos de su sangre a la causa de la libertad en lo social y los más ricos aportes de su sensibilidad a la causa de la libertad en el arte. Domingo Gómez Rojas, el emocionado autor de «Miserere», quiebra para siempre sus anhelos reivindicacionistas en las cárceles del régimen imperante. Corresponde a Alberto Rojas Jiménez—el poeta que más tarde, en sus andanzas de ultramar, iba a aprender del propio don Miguel de Unamuno el arte sutil de fabricar pajaritas de papel, cuyos secretos divulgaba en medio del turbio frenesí de los bares de la calle San Pablo, en Santiago—el papel de auriga de las flamantes tendencias artísticas. En compañía de Martín Bunster, lanza desde las páginas de la revista «Claridad», el primer campanazo de alerta con el «Manifiesto Agú», escrito a imitación del «Manifiesto Dadá» que firman en Francia, Tzara, Picabia y demás compañeros de escuela. Las infernales baterías nihilistas de Dadá llegan pues hasta nuestras playas cuando apenas se apagaba el resplandor de sus hogueras. Se inicia así un corto período de febriles búsquedas en la caja de sorpresas que tiende la mano siempre dispuesta de Europa.

Los diversos sistemas o accidentes líricos que genera la gran guerra o que se originan después, influidos por ella—cubismo, dadaísmo, ultraísmo, surrealismo, etc.—son recibidos en Chile con ávida curiosidad simpati-

zante. (Las escuelas poéticas no son sino técnicas «a priori» para confeccionar poemas. Importan desde luego una arbitraria limitación en un arte que, precisamente, no reconoce ninguna. ¿Los caminos de la poesía sometidos al plan de señalización de cada escuela? Las escuelas desaparecen. Los poetas permanecen. Sucede lo que con la historia: la poesía la construyen unos pocos hombres que, en su caso, son como las antenas supersensibles del momento social en que actúan. Nuestra poesía de vanguardia, levantada por brazos jóvenes, no logra caer en el vicio de la escolástica, clara demostración de la decadencia que en el Viejo Continente responde a crisis de la economía y de la inteligencia capitalista que selló la guerra mundial.

Un mundo de posibilidades se entreabre, entonces, ante cientos de ojos teñidos de desconcierto. Se experimenta el cansancio definitivo de las viejas formas. Se empieza a «sentir» de una manera diferente. La batalla se inicia y con ella este amargo ejercicio que ha llegado a ser la poesía nueva.

Nestali Ricardo Reyes, más conocido por su nombre literario Pablo Neruda, baraja como un malabar el encendido ritmo de un puñado de versos que si fueron de ayer son también de siempre. Sus 19 años, engastados en las exuberantes tierras del sur, están cargados de sensualidad, recorridos por vientos de libre música de pasión. El poeta publica «Crepusculario», el libro de mayor trascendencia de la lírica chilena.

Hoy que danza en mi cuerpo la pasión de Paolo
y ebrio de un sueño alegre mi corazón se agita,
hoy que sé la alegría de ser libre y ser sólo
como el pistilo de una margarita infinita;

oh, mujer—carne y sueño—ven a encantarme un poco
ven a vaciar tus copas de sol en mi camino.

Que en mi barco amarillo tiemblen tus senos locos
y ebrios de juventud, que es el más bello vino.

Dejemos momentáneamente a Neruda para seguir,
cronológicamente, el desarrollo de esta primera etapa de
nuestra poesía joven. «Crepusculario» de este poeta y
«Barco Ebrio» de Salvador Reyes, ambos aparecidos
en 1923, son los primeros libros que rompen el fuego
contra el pasado e importan un decisivo cambio de
frente. Reyes aporta a nuestra literatura su exotismo
brumoso e indolente. La vida sólo tiene sentido por su
posibilidad de viajes y de partidas sin rumbo preciso.
El se encarga de presentarse en versos desteñidos, de
simple construcción:

Dentro de mí hay un viejo lobo de mar;
el buen piloto de un bergantín negrero. . .

¿Acaso el del divino
Tristán Corbiére?

Acaso.

Lo que puede decir seguramente
es que durante muchos años
he vagado por todos los puertos del mundo
con una humosa pipa entre los dientes.

En 1930, Salvador Reyes confirma los derroteros iniciales de su poesía con «Mareas del Sur», obra ya más depurada y definitiva, en la que se encuentran páginas como «El tesoro» y «Límite» de gran poder de sugerencia y profunda vibración emocional. El cuento y la novela corta cuentan también con su pluma elegante y ágil. Ultimamente preocupan por entero su atención. Su labor — que encuentra sus antecedentes en Kiplin, Stevenson, Farrere, etc. — es el pilar necesario de la literatura imaginista en nuestro país.

«Crepusculario» «Barco Ebrio» evidencian indudablemente una nueva modalidad poética. Pero en realidad, son aun débiles tentativas. Hay en ellos riqueza de expresión, gran cantidad de música, imágenes y metáforas desconocidas hasta entonces. El lenguaje aparece renovado y sobre todo, se respira en sus estrofas — que en «Crepusculario» revisten todavía la forma clásica — un aire seguro de libertad.

Sin embargo, ¡qué distantes nos parecen estos primeros ensayos desde esta latitud maravillosa en que la poesía clava hoy sus banderas de arbitrarios colores angustiosamente en soledad!

* * *

Hernán Díaz Arrieta (Alone), en su ágil y certero «Panorama de la Literatura Chilena en el Siglo XX», divide en tres períodos los treinta años que comprende su estudio y al frente de cada uno de ellos coloca los

nombres de algunos escritores que en su concepto tienen el mérito de representarlos más genuinamente. La década que se inicia en 1920—señal de partida, como decíamos, de la nueva sensibilidad—aparece rotulada según el más sutil de nuestros críticos, por los signos cabalísticos de Pablo Neruda y el Caos.

Veremos luego lo que hay de efectivo en el caos de que nos habla Alone. Por de pronto, anotemos que en realidad la voz de Neruda recorre como por un oscuro sortilegio, la labor de la mayor parte de los poetas de su generación. Llegó un momento en que con justicia pudo decirse que la poesía chilena joven «venía de Neruda o iba hacia él». Y ello sin que el poeta buscara sus turiferarios ni pretendiera hacer escuela entre esa juventud que agitaba su nombre como una bandera de renovación. Bastaba el ritmo torturante y subterráneo de sus versos para pregonar su calidad de legítimo innovador de nuestros moldes líricos. Una visión de la poesía nueva ha de ir forzosamente encabezada en nuestro país por el autor de «Crepusculario».

Entre los años 1923 y 1924, el poeta escribe los poemas de sangre y llamas que forman «El Hondero Entusiasta» y que permanecen inéditos hasta 1933 debido a cierta influencia que el autor descubre en ellos de Sabat Ercasty, el gran lírico uruguayo. Asentada ya la altura de la poesía, Neruda los publica después de diez años como el «documento de una juventud excesiva y ardiente, válido para quienes han seguido la evolución de su canto. En «El Hondero Entusiasta» se

encuentra ya en el romántico desorden todo ese material de sólida substancia humana que luego ha de sublimizarse en voces más altas y mágicas. «Veinte poemas de amor y una canción desesperada», aparecido en 1924, constituyen otras tantas variaciones sobre el eterno motivo amoroso a través de cauces luminosamente renovados. En 1925 el poeta da un salto heroico con su «Tentativa del Hombre Infinito», obra que alienta el deseo de alcanzar un idioma particular, subjetivo, profundo, justa expresión de un plano lírico en que el autor se mueve impulsado por brillantes fuerzas de honda raigambre anímica. (¿No profetizaba Alberto Hidalgo que la poesía del porvenir estaría destinada, debido a su invasión creciente en el yo profundo del poeta, a valerse de fórmulas y símbolos inaccesibles como medios de expresión?) La producción poética de Neruda acentúa a partir de esta obra su consonancia con la definición de poesía que dictara Paul Valéry, ya tan divulgada: «La poesía es una vacilación entre el sentido y el sonido».

Dos libros en prosa vienen después en 1926: «Anillos», en colaboración con Tomás Lagos y «El Habitante y su Esperanza», obras que señalan nuevos derroteros a la prosa, constituyendo la segunda un seguro intento de fusión entre la novela y el poema.

El poeta cumple así el primer ciclo de su labor. En 1927 un cargo consular motiva su alejamiento de Santiago con rumbo a Oriente. La magnitud de su poesía se acrecienta a la distancia y las mejores revistas de

España y de América reciben sus cálidos mensajes desde la tierra de los brahmanes. De regreso a su patria, en 1932, expone a los aficionados valiosas colecciones de arte oriental y entrega su «Residencia en la Tierra» que pretende ser, desde su aspecto exterior, la obra de su madurez artística. El último libro de Neruda aparece como la Biblia de una extraña religión de poesía, ensombrecida de misterio, recorrida de lamentos espesos, trémula de pasión y de instinto, permanentemente incendiada por las llamas de una realidad que responde al capricho de las sensaciones del poeta. En el poema «Sonata y Destrucciones», dice:

Después de mucho, después de vagar leguas,
confuso de dominios, incierto de territorios,
acompañado de pobres esperanzas,
y compañías infieles y desconfiados sueños,
amo lo tenaz que aun sobrevive en mis ojos,
oigo con mi corazón mis pasos de jinete,
muerdo el fuego dormido y la sal arruinada,
y de noche, de atmósfera obscura y de luto prófugo,
aquél que vela a la orilla de los campamentos,
el viajero armado de estériles resistencias,
detenido entre sombras que crecen y alas que tiemblan,
me siento ser, y mi brazo de piedra me defiende.

Los versos de «Residencia en la Tierra» están cargados de la humedad de un largo viaje a través de un país crepuscular de difícil ubicación en la geografía del

conocimiento. «En su orden de esfuerzo y dolor, Neruda realiza el obscuro despliegue de fórmulas desgarradas de espanto, de cifras sonoras y llameantes que van decorando su extraña liturgia poética. Su acento arbitrario y cósmico, suena inundado de vaticinios y catástrofes, endurecido por lentas excursiones en el tiempo, atormentado por las estaciones, carcomido por la soledad o los vientos hostiles», escribíamos en otra oportunidad sobre el poeta.

Pablo Neruda desaparece nuevamente de Chile, ahora con rumbo a España, donde reside en la actualidad. Su obra—discutida aún en nuestros días, lo que prueba precisamente su importancia—es tal vez el resultado más definitivo de la nueva conciencia lírica chilena y americana.

* * *

La nueva sensibilidad agrupa a la juventud literaria que se lanza a la búsqueda de su personal expresión a través de las flamantes tendencias de la poesía. Numerosas revistas de vanguardia aparecen a lo largo del país. Se trabaja con entusiasmo y fe en renovar los viejos cánones. Aun a riesgo de atentar contra el carácter esquemático a que aspira esta visión, es preciso decir dos palabras acerca de nuestra poesía joven, en cuanto a su fondo y orientación general.

Ante todo, ella se hace cada día más profundamente subjetiva. (Importa con esto un fenómeno bien

característico en América donde la poesía tiende generalmente hacia el exterior es más objetiva). El poeta de hoy escribe con la substancia más íntima de las palabras, que se relacionan como obedeciendo a cierta magia particular. Los dominios de su canto no son ya las emociones y sensaciones de su realidad consciente, no actúa ya en su plano efectivo sino más bien en medio de su turbulencia psíquica o subconsciente. Una definición de poesía de Georges Duhamel—«el arte de comunicar esa parte de nuestra vida que parece incomunicable»—encontraría aquí su verdad. Se evidencia el deseo de alcanzar zonas de pura poesía intelectual o de iluminar el poema con súbitos relámpagos venidos de las profundidades húmedas del ser. «La nueva sensibilidad va de Freud a Einstein y viceversa», puede decir Rosamel del Valle, el más definido de nuestros líricos jóvenes, en nuestro concepto.

El poema es hoy el fruto de una laboriosa disciplina intelectual y de un riguroso control de la sensibilidad. La idea romántica de que «el poeta nace y no se hace» y su consecuente, la inspiración brotada espontáneamente, no rigen la obra de vanguardia. (De ahí que no esté en lo justo el crítico de «La Nación» cuando habla de «caos» al referirse a este período de nuestra poesía que informa la nueva sensibilidad. Caos es sinónimo de desorden, de confusión. Y el arte poético actual está sujeto a regulación armónica, a unidad de fondo y de forma, a síntesis, a ordenación clásica, en una palabra). En este sentido, el arte nuevo es clásico

como lo es todo arte auténtico (De Rokha). La herencia de Paul Valéry, el gran teórico de la poesía pura, impone esta interpretación. Clásico era para el autor de «Charmes», el escritor que lleva un crítico dentro de sí, actuando en el proceso creador. De ahí su conocida admiración por Carlos Baudelaire, el «poeta maldito» que en sus «Fleurs du Mal» realiza a pesar de su filiación romántica, el milagro de una oculta ordenación clásica. Valéry enseñó con su ejemplo la verdad de este aspecto de lo clásico. De ahí su obra que da la idea de angustiosas vigili­as tras la estupenda arquitectura musical que la suspende.

De otra parte, la poesía actual se nutre de obscuras substancias recogidas a través del sueño, del éxtasis, de la creación pura o de lo humano capaz de florecer en maravilla. Descubre así una realidad superior inaccesible a quienes nunca lograron vibrar «fuera del tiempo y del espacio», como decía ese loco trágico y celestial que se llamó Edgard A. Poe, el iluminado precursor de cierta zona de nuestra poesía nueva.

* * *

La labor de nuestros líricos actuales no había sido hasta hace poco, objeto de una seria recopilación. La Antología que publicara Rubén Azócar en 1931, si bien la incluía en su mayor parte, no daba una idea exacta del momento poético de vanguardia. Esta obra —que se hacía cada vez más necesaria— es la que aca-

ban de realizar Eduardo Anguita y Volodia Teintelboim con su «Antología de Poesía Chilena Nueva», libro suficientemente conocido ya, a pesar de su reciente publicación y que ha sido para nosotros el motivo que nos indujera a escribir estas anotaciones.

A más de los autores—dos poetas de excesiva juventud, altamente promisoros—figuran en esta Antología, Vicente Huidobro, Angel Cruchaga, Pablo de Rokha, Rosamel del Valle, Pablo Neruda, Juvencio Valle, Humberto Díaz Casanueva y Omar Cáceres. Se encuentran representadas pues, en esta obra las voces más sobresalientes de nuestra lírica actual. El estricto criterio de selección—resultado de una posición arbitraria y de combate, según lo estampan los autores—contribuye a la justa valoración de los poetas que en el momento que vivimos significan en Chile un fenómeno trascendente dentro de las nuevas corrientes estéticas. Creemos, sin embargo, que poetas como Jacobo Danke tenían sobrado derecho para figurar en sus páginas.

Cada antologado aparece en este libro suscribiendo su personal programa estético, sus opiniones sobre poesía y arte en general. Es ésta una novedad de gran interés en este género de publicaciones, ya que más de una vez hemos tenido que sufrir las más antojadizas interpretaciones respecto al plano lírico de nuestros poetas. Baste recordar la Antología que publicara hace algunos años don Samuel A. Lillo, llena de juicios tan injustos como equivocados. De ahí que sea preferible dejarles a ellos mismos el trabajo de presentar sus credenciales al lec-

tor. Así lo comprendió Gerardo Diego en su magnífica selección de poetas españoles, que seguramente Anguita y Teintelboim han tenido a la vista al acometer su empresa.

Pero lo que aparece chocante en esta labor es el homenaje excesivo que se rinde a uno de los antologados, a Vicente Huidobro, con cuyas teorías artísticas comulgan los autores. En el fondo se advierte el propósito de iluminar la personalidad de Huidobro, poeta del cual sus satélites hacen datar la poesía nueva en Chile.

* * *

Vicente Huidobro es el caso de un poeta de vuelo originalísimo en nuestras letras. Pertenece junto con Pablo de Rokha y Angel Cruchaga, a la generación anterior a la actual. La mayor parte de su vida literaria se desenvuelve en Europa. Su nombre es conocido tanto en Francia, donde actuó al lado de las grandes figuras de la vanguardia poética como en España, donde la juventud aclamó su alta condición de maestro y donde también fué víctima, sin embargo, de recios ataques, como los de Guillermo de Torre, que en su «Literaturas Europeas de Vanguardia» le niega su calidad de padre del Creacionismo, escuela que alienta el tono de sus cantos.

De regreso a Chile, Huidobro se afirma, como siempre, en la juventud, que admira su rango de poeta dinámico y de lucha. El escritor, que acaba de trasponer

los cuarenta años, abre las puertas de su casa a jóvenes de veinte; frecuenta las reuniones universitarias; patrocina sus exposiciones de arte y presta toda su colección de ricos conocimientos literarios y su ágil dialéctica al servicio de cierto sector de poetas jóvenes de Santiago. Convertido al credo marxista, salta a la tribuna a rebatir a don Enrique Molina, en una conferencia sobre Rusia que dió en la Universidad de Chile, a fines de 1933, ante la aclamación de los grupos de izquierda. Asienta con este repertorio de gestos y actitudes —a través de las cuales se afina su personalidad— su categoría de poeta independiente y siempre joven.

La obra de Huidobro alcanza casi a una treintena de volúmenes de méritos no siempre parejos. Ha escrito en verso y en prosa, en francés y en castellano. Sus libros más conocidos son: «Horizon Carré», «Tour Eiffel», «Ecuatorial», «Poemas Articos», «Altazor», «Automne régulier», etc. Gran teorizante de sus versos, escribe: «Un poema es una partida de ajedrez con el infinito». En realidad, la labor de Huidobro tiene la agilidad de un liviano juego. Y de ajedrez, en el sentido de cerebral. El mismo se califica en un verso de «Altazor», de «antipoeta y mago». No hay calor humano, no hay pasión ni sentimiento en sus juegos poéticos. Hay magia. Magia de luces de colores, de sutiles «trucos» imaginativos, de metáforas juglarescas, de risueños ilusionismos verbales. Y todo este soplo mágico revistiendo contornos ágiles, brillantes, ligeros. Un poema de Huidobro es un luminoso despliegue de pedrerías deslumbrantes,

primorosamente decoradas, pero faltas de contenido vital. «Una obra de arte—escribe Max Jacob—vale por sí misma y no por las contrastaciones que de ella puedan hacerse con la realidad». Y Huidobro subraya en sus «Manifestes»: «El poeta no debe ser más instrumento de la naturaleza, sino hacer de la naturaleza su instrumento».

Desde su órbita creacionista el poeta mueve las piezas de su tablero de ajedrez, alcanzando resultados como éste:

La herida de la luna de la pobre loca
 La pobre loca de la luna herida
 Tenía luz en la celeste boca
 Boca celeste que la luz tenía
 El mar de flor para esperanza ciega
 Ciega esperanza para flor de mar
 Cantar para el ruisñor que al cielo pega
 Pega el cielo al ruisñor para cantar.

Pero si bien la poesía de Huidobro corre generalmente tras lo prodigioso y desconcertante a través de sus artificios imaginativos, logrando así efectos de pura música asociativa, esta máquina repartidora de maravillas se desmorona a ratos para dar paso a una voz más cálida y emocionante. Tal ocurre por ejemplo, en su «Elegía a la muerte de Lenín», en que dice:

Todos oyen
el latir de tu corazón más allá de la muerte.
El hombre que piensa, el hombre que canta,
el hombre solitario como la campanada de la una,
las muchedumbres que se mueren lentamente,
todos oyen, todos oyen tu corazón más allá de la muerte,
tu corazón repicando adentro del sepulcro.

Nuestra poesía joven debe agradecer a Huidobro el gran respiro de libertad que alienta su obra, su agilidad conceptiva y el propio ejemplo de su vida de poeta culto, activo y siempre novedoso.

Si Huidobro es el artista de las filigranas de la fantasía, su compañero de generación y de luchas literarias, Pablo de Rokha, es el hosco cantor de las realidades brutales y de las visiones torturantes. De Rokha ha conseguido a través de su obra una personalidad bien diferenciada en nuestras letras. Su voz atrabiliaria, grandilocuente, recorrida de cataclismos y tempestades emotivas es inconfundiblemente suya, de Pablo de Rokha, el inadaptado, el eterno fustigador de todo y contra todos, que grita y que gime su angustia en un lenguaje de ásperos contornos lleno de accidentes verbales, impulsado por un permanente flujo ególatra y un torrente emocional que se desborda y salta como a latigazos. De Rokha inicia su canto con «Los Gemidos», obra que exhibe por primera vez las categorías de su labor de siempre, desorbitada, cósmica, tensa de matices violentos y definitivamente viril. «U», «Satanás», «Suramé-

rica», libro de curiosa factura, «Escritura de Raimundo Contreras», etc., son sus obras principales. Cuando se lee a Pablo de Rokha difícil es no pensar en San Juan de Patmos que a través de los siglos parece señalar al poeta el camino de un nuevo Apocalipsis. O bien en el Conde de Lautréamont, aquel blasfemo melancólico que escribió los «Cantos de Maldoror».

Últimamente De Rokha—militante como Huidobro en el partido comunista—deriva su poesía hacia el arte social, etapa que el poeta signa con algunos poemas aun inéditos, revestidos de un frío impresionismo marxista. Con ambos poetas se abre en Chile el ciclo de la poesía social, que había tenido ya sus románticos cultores y que actualmente encuentra adeptos decididos entre jóvenes figuras de vanguardia, como Carlos Poblete, autor de «Paisaje del Sexo», aparecido en 1934 y cuya más reciente producción aparece informada por la causa proletaria.

Angel Cruchaga Santa María pertenece también a este grupo de poetas que si bien inician su labor antes del advenimiento de la nueva sensibilidad, logran situarse entre sus más altos personeros. Después de una honrada etapa lírica, representativa de su tiempo, que atestiguan sus libros «Las Manos Juntas», «Job», «Los Mástiles de Oro», etc. Cruchaga tuerce los rumbos de su poesía y sin violentarse, recorre hoy los caminos de la nueva estética con «La Ciudad Invisible», aparecido en 1929 y «Afán del Corazón», en 1933. «Hermano de todo lo que vuela, pájaro, nube o llama, el artista

está obligado a agonizar en cada momento» escribe Angel Cruchaga en la Antología de Anguita y Teintelboim. Su poesía responde a ese sentido de la labor artística. Es en nuestra lírica, el caso de un místico laico y profundamente emocionado, que se nutre de perfumes bíblicos, que siente en su alma el despertar de un luminoso día nacido de Dios, que llora sus lamentos siempre en tono menor, que canta a mujeres desaparecidas, que huye de lo terrestre y material y que hasta en el amor sabe encontrar motivo para ascender a los cielos aterciopelados en que triunfa su voz.

Tú que estás inundada de cielo y eres clara
como si eternamente el Cristo te mirara.

En medio del avance desconcertante de las corrientes estéticas en que el problema sexual enciende sus fuegos de hondas raíces humanas, tiñiendo la poesía de oscuros resplandores, Angel Cruchaga puede decir todavía:

Eres la casa azul donde mis ojos esperan el tiempo
asomados como los niños a los senderos que no concluyen.

Sobre tus brazos cantan conmovidos los pájaros
y la muerte detiene el afán de su mariposa.

* * *

Preciso es citar en esta visión de nuestra poesía joven, los nombres de algunos de los poetas más destacados que ya en el despertar de la nueva sensibilidad entregan los frutos de su inquietud artística y que hacen de estos últimos tiempos el período más rico en valores y en vitalidad de nuestra literatura. Ellos son Gerardo Seguel, que con sus dos obras «El Hombre de Otoño» y «Dos Campanarios a la Orilla del Cielo», logra fijar su nombre en la vanguardia de los primeros años; Rubén Azócar, de vuelo indiferenciado y escaso; Manuel Letelier Maturana, versos de agilidad imaginista; Fernando Binvignat, que pone su voz amable y cordial al pie de la nueva estética; María Rosa González, que si bien no puede incluirse entre los poetas de vanguardia, sobresale en el pobre panorama de nuestra poesía femenina; Arturo Troncoso, que después de «Solveig», se entrega a su labor de crítico literario en la revista «Atenea»; Luis Enrique Délano, que publica en 1925 su libro de poemas «El pescador de estrellas» en colaboración con Alejandro Gutiérrez y que ahora dedica como Salvador Reyes, lo mejor de su talento imaginista al cuento y a la novela corta; Manuel Rojas, que en «La Tonada del Transeúnte» señala su cambio de frente hacia la poesía nueva; Juan Marín, que en «Looping», exhibe un sentido acrobático y deportivo del poema; Rosamel del Valle

y Humberto Díaz Casanueva. Los dos últimos exigen —dada su alta calidad— una consideración especial.

Para seguir a Rosamel del Valle a través de la brillante obscuridad de sus laberintos poéticos, es preciso olvidar las experiencias de una realidad que esconde sus más ricos matices al corazón incapaz de conquistarlos por sí mismo. Del Valle aporta a nuestra lírica los mensajes de su andar un poco sonámbulo y un poco alucinado por entre las sombrías alamedas de su mundo interior. Su poesía corre siempre tras la búsqueda de sus maravillosos minerales internos, de profundo brillo primario y sólida substancia poética, llegando hasta el poema con la noticia de una voz que se va como desprendiendo de sus raíces emocionales para surgir—ya depurada de toda relación humana profunda—en medio de una limpia claridad. Porque este poeta, a pesar de sumergirse en las turbias aguas del subconsciente, aparece empleando en sus poemas, palabras desprovistas de todo contenido mágico, esforzándose por conseguir una claridad de expresión que es el resultado de su lucha angustiosa entre la labor creadora y la labor de expresar lo creado. En «País Blanco y Negro», poemas en prosa, aparecido en 1929 que junto con su libro de versos «Mirador», 1926, es lo único que ha publicado del Valle, aun cuando es dueño de una vasta obra inédita, encontramos toda una interpretación de su poética: «Son cosas simples, dice, cosas de hombres de soledad y de poemas, por ejemplo, que no sienten nin-

gún asombro por las almas aparecidas, la luz que parece leche y el trueno de miel».

Rosamel del Valle se asoma a la realidad circundante con el ojo transformador y un poco mágico de lo inverosímil, sin el cual—él lo subraya—ni siquiera es posible una poesía, ni por el otro lado la razón de una existencia. De lo inverosímil cotidiano, se entiende, pero de lo puramente artístico y altamente humano en poesía. «No puedo permitir que la realidad permanezca frente a mí con su rostro de prisionera o de ahogada». Y de ahí sus categorías poéticas que surgen iluminando de transformaciones súbitas y sucesivas desapariciones, el mundo exterior. La lírica de Rosamel del Valle se alimenta de luces subconscientes, de maravilla y sueño, de sutiles fantasmas que emergen del fondo de las cosas y de las penetrantes visiones de su corazón, siempre dispuesto a hacer bailar lo extraordinario, allí donde aparentemente sólo duerme la inmóvil permanencia de lo vulgar. Del Valle sigue en su poesía los caminos bordeados de misterio y maravilla que abriera Edgard A. Poe, y que recorren, también, dentro de su plano personalísimo, Rainer María Rilke, Jules Supervielle y Manuel Antolaguirre, poeta este último de la nueva generación española.

Humberto Díaz Casanueva levanta su acento regido por una evidente disciplina intelectual, que sirve de armazón a todas sus construcciones poéticas. Los versos de Díaz Casanueva aparecen a menudo impulsados por cierto soplo filosófico, metafísico. «El Aventurero de

Saba», su primera obra aparecida en 1926, exhibe un rico despliegue de imágenes vestidas de sensualidad, de fino colorido musical. «Vigilia por dentro», publicado en 1931, abandona ya estos aspectos y da cuenta de constantes y angustiosas vacilaciones del poeta entre lo puramente artístico y su raigambre filosófica, o psicológica. Esta característica tiñe su labor de cierto rigorismo frío, preceptivo, aun cuando las cifras de su poesía se encuentran recorridas por el sombrío resplandor que nace de las profundidades del ser. El poeta reside actualmente en Alemania, donde cultiva su espíritu ágil y novísimo, en los problemas de la pedagogía científica.

En su poema «Tabla de las vacilaciones», dice:

El sombrío color de mis cabellos cubre al mundo,
reprime mi corazón hasta que las luces son atadas,
golpeándome las sienas, lo que moraba en ellas,
he arrancado desamparándome hasta una pureza sin más.

Cernido el pecho por una claridad sin límite,
ávido de una fría forma, un número inexorable,
me corre un aceite fresco de sentido en sentido,
cuando la raíz del día se mueve en las sienas vanas.

«Trataré siempre de dar a mi obra la mayor intensidad posible, rigor y entraña, no asustándome del sonido dramático que a veces pueda tomar, ya que su apoyo está entre peligros y enigmas», escribe Díaz Casanueva en la Antología a que nos referíamos.

* * *

En 1928 surge en Chile el fenómeno «runrunista», que es preciso consignar aquí como la novedosa actitud de un grupo de muchachos de inquieta juventud y buen humor que proclaman su gracia y desenfado ante los problemas artísticos. La tentativa runrunista se levanta contra el sopor letal de la Academia, contra la Poesía Oficial, contra la melena y el levitón raído de la bohemia literaria, contra los poetas instantáneamente «en trance», ante un crepúsculo decadente.

La poesía runrunista es la poesía graciosa del volantín y de las cartas a la novia, que llena de sueños su bolsón escolar, del viento bailarín de la plaza de juegos infantiles, del amor deportivo y cinematográfico. Así pueden registrarse versos como éstos:

Juguemos al ping-pong
con nuestros besos de carey.

Militan en las filas runrunistas poetas como Clemente Andrade, con su libro «Un montón de pájaros de humo»; Benjamín Morgado, que entrega «Esquinas», y «Aldeas de Vidrio»; Pérez Santana, cuya voz alegre se quebrara para siempre; Reyes Messa, que confecciona sus «Doce poemas en un sobre»; y Raúl Lara, autor de «S. O. S.», «El poeta automático» y de «La humanización del paisaje», que aparece en 1932

cuando el grupo—destino fatal de una poesía sin arraigo profundo—es sólo un recuerdo de antología. Raúl Lara, en su última obra evidencia una manera original y emocionante de cantar, con voz frescamente joven, a pequeñas cosas intrascendentes. En su poema «Angelus N.º 2», dice:

Era en un pueblo
lejano . . .
Por la espalda
llegaba la noche en puntillas
y le tapaba los ojos
al campanario.
Luego,
en dulce voz de viento
le decía:
—¿Quién soy?

* * *

Detengamos nuevamente esta visión en dos poetas que inician su vuelo en estos últimos años. Ellos son Juvencio Valle y Jacobo Danke, que a nuestro juicio forman con Rosamel del Valle y Humberto Díaz Casanueva, el cuarteto más interesante de la nueva lírica chilena.

La voz de Juvencio Valle aparece aromada de campos y de soles, florecida entre verdes follajes y aguas de leyenda. El poeta escribe sus versos siempre lumi-

nosos, animado por un sentimiento festivo de la vida. La fábula le atrae con imán poderoso y basta el trampolín de un motivo cualquiera para que se lance a través de sus dominios, donde la palabra alegría aparece escrita con letras de polen dorado. «Un suceso inesperado, el súbito crecer del árbol viejo, la niña que se volvía princesa, son para mí como el silabario donde aprendo a conocer las cosas del otro mundo», dice en la Antología que conocemos.

Juvencio Valle es un mágico panteísta que hace obedecer la naturaleza a una arbitraria razón de poesía antes que al ritmo de su aparente realidad. Su primera obra «La Flauta del Hombre Pan», aparece en 1929. Le sigue en 1932 su «Tratado del Bosque», obra en que el poeta delicado y rico en colores y sedas de liviana consistencia de harinas maravillosas, dice las palabras rituales para que todo el escondido mundo de la floresta se ilumine danzando ante sus ojos deslumbrados.

Jacobo Danke no aparece, como decíamos, en la Antología de Poesía Chilena Nueva de Anguita y Teintelboim. Sin embargo, es uno de nuestros líricos actuales más definidos. Se puede decir de este poeta, —como decía Miomandre de Lubicz Milosz— que escribe con el alma de las palabras. Danke se da a conocer con «Poemario», escrito en 1929 en colaboración con Oreste Plath. Publica en 1931 su «Lámpara en el mar», en cuyo prólogo exponía Angel Cruchaga: «En la poesía nueva de Chile, Jacobo Danke

aparece como un lírico de visión delicada y armoniosa. En sus poesías solloza una nostalgia perseverante y ya cantando la soledad del mar a los ojos de una mujer, siempre la melancolía lo lleva asido del corazón». La crítica señala en «Lámpara en el Mar» la influencia del gran poeta lituano Oscar de Lubicz Milosz, cuyos tesoros poéticos ha dado a conocer en Chile, Augusto d'Halmar. Sin embargo, la persistencia en el propio temperamento salva a Danke de toda sospecha. Publica a continuación algunas obras en prosa que nada agregan a su categoría de poeta de alto lirismo. Encuentra su más justa expresión en «Las Barcarolas de Ulises», aparecido en 1934, libro recorrido por el eco salobre de un mar que entrega el capricho de sus olas al corazón romántico y siempre en fuga del poeta.

Oreste Plath, que publica «Poemario»; Luis Omar Cáceres, autor de «Defensa del ídolo»; Augusto Santelices, que guarda silencio desde «El Agua en Sombra»; Julio Barrenechea, que en 1930 auspicia «El Mitin de las Mariposas», vestido de claridad; Eduardo Ugarte, cuya labor corre en algunas revistas literarias; Andrés Sabella Gálvez, que como su obra, presenta «Rumbo Indeciso»; Aldo Torres Púa, amable en sus «Imágenes Silvestres»; Eduardo Anguita y Volodia Teintelboim, conocidos por su reciente «Antología de Poesía Chilena Nueva»; y Hernán Cañas, son los nombres de algunos de los poetas más jóvenes de la nueva generación. Cañas, desconocido todavía, tiene en preparación un volumen de versos, «Las Batallas So-

litarias» que ha de descubrir su poesía de suave vuelo y gran limpieza conceptiva. Recordamos unos versos suyos premiados el año recién pasado, en unos Juegos Florales de la Universidad de Chile:

Pongo el oído fino:
Llega del sur el tren del viento.
¡Qué maravillas te ha traído!
Un quitasol de tamarindos
una bandeja de jacintos
y un arcoiris para el dedo.

Concepción, mayo del 35.

Domingo Melfi D.

Proceso de las generaciones jóvenes de Chile (1)

I

Escepticismo y descontento

Ha coincidido el escepticismo de que se acusa a la juventud, su desorientación y su desencanto, con la transformación violenta o pacífica de los regímenes políticos universales. No puede libertarse aunque se intente, de la noción puramente política de la vida pública, el concepto de la juventud para apreciar los problemas que son comunes, tanto al hombre encanecido en las luchas como al joven, que se decide a tomar su puesto de observación en el panorama general del país.

Es probable que en años anteriores a 1918, la política no lograra hacer volver la cabeza al hombre cuya edad oscilaba entre los veinte y los treinta años. Por entonces había menos motivos para desconfiar, menos

(1) Conferencia leída en la Universidad de Concepción.

elementos de juicio, menor el número de los que se interesaban por las llamadas contiendas electorales y no se habían producido ninguno de los fenómenos sociales que más tarde sacudieron la conciencia del mundo. La opinión pública era más pasiva o más indiferente, a pesar de que la prensa gozaba de una libertad ilimitada. No existía como hoy, salvo en mentalidades aisladas, el examen arbitrario e implacable de la crítica y los hombres públicos, los escritores, los hombres de pensamiento y de ciencia que forman entre los grupos selectos de una sociedad aun no habían sido sometidos al reactivo violento del análisis exasperado. La vida tenía un ritmo más lento, puesto que las angustias económicas eran menos apretadas. La riqueza envolvía con su beneficio a la sociedad casi entera, aunque de esa riqueza nunca se hiciera un beneficio general. Todos gozaban de un bienestar que se parecía mucho a la atmósfera de enervamiento que se produce después de los grandes placeres físicos.

Aisladamente se producían algunos conflictos obreros, pero ellos no lograban conmover la medula de la sociedad. Los escándalos financieros eran rápidamente silenciados. Los abusos políticos morían entre las recámaras del parlamento y aun los desbordes naturales de algunos elementos de la plutocracia o de la oligarquía gobernante, no lograban agitar sino algunas capas de la sociedad. El resto vivía en el célebre «dejar hacer», en el inconmensurable «dejar pasar», que parecían ser los símbolos de la comunidad. Había un ambiente de

silencio, un poco patriarcal; una soñolienta monotonía, que tenía algo de la siesta, algo del reposo que sucede a los trabajos duros y sacrificados del campo. El enojo y la protesta no eran como hoy, productos de largas e impresionantes penurias económicas o de profundas injusticias de carácter social, sino expresiones agriadas de la lucha electoral que buscaba siempre la postura del mando o de la supremacía, a costa de los grupos adversarios. Políticamente el país tenía un parlamento en el cual se condensaba toda la violencia de esa crítica. Allí se oían voces de condenación contra los procedimientos de los partidos, contra la maniobra de algunos hombres duchos en el arte de manejar las banderías, contra los ministros que se sobrepasaban en sus atribuciones o que se habían hecho ya pesados en el ejercicio de sus funciones. Pero la grito se producía por los cambios de hombres, por el apetito de otros que pugaban desde la sombra por alcanzar el sitio que los otros ocupaban. El organismo parlamentario seguía su ruta entre los tumbos de una mar airada que empezaba a ensombrecerse con los primeros signos de la tempestad próxima. Sólo que nadie sospechaba que la crisis se acercaba a pasos agigantados y nadie hubiera imaginado, salvo algunos espíritus avizores que no eran escuchados o que eran tenidos por pesimistas o locos, que el país se acercaba a formidables sacudidas.

Si se examinan hoy las memorias políticas de algunos de los hombres que actuaron en ese período de comienzos del siglo, se advierte en todas ellas, el mismo

signo de descontento ante la acción superficial de la política y el mismo minucioso empeño de mostrar las intrigas y las maniobras de los conductores de grupos. Son páginas desconsoladoras, llenas de menudencias, de acusaciones a hombres que entonces parecían ser los ejes de la situación y que en los libros aparecen desmembrados, en promiscuidad con intereses de poca importancia, entregados casi por entero a la tarea esterilizadora de subir y bajar hombres por las escaleras de los ministerios. No hay otra preocupación, no hay otro destino que el de burlar o no dejarse burlar. «La política, dice uno de esos memorialistas, (1) es cada día más sucia y enredada. Todos los partidos son iguales. El país está profundamente corrompido. La gente se ríe cuando se habla de patriotismo, de desinterés, de amor a la tierra. No se piensa sino en ganar dinero sin trabajar, en especular con los cargos legislativos con prescindencia de la honradez y del país».

El memorialista escribía esto en marzo de 1915.

Nadie fiscalizaba fuera del sector parlamentario. Se había convenido en que todo aquello era inviolable y como obedeciendo a la pasividad o al respeto, la opinión pública se había retirado gruñendo, de toda manifestación clara de existencia, la danza continuaba en medio del olvido de las provincias que eran, como siempre, las únicas que trabajaban e incorporaban al patrimonio central la riqueza ingente de sus tierras. Norte

(1) Abraham Konig, Memorias.

y Sur eran extensiones pacíficas. Habían dejado de ser regiones turbulentas y revolucionarias. El centro vibraba en la ebullición del parlamento y de un ejecutivo que hacía equilibrios entre los grupos hostiles para dar una sensación de continuidad al Gobierno. Parecía que el país se administraba con mayordomos que cumplían rutinariamente sus labores y cada cierto tiempo, luego de entregar el fruto de las cosechas, eran cambiados por otros. Los problemas más hondos que planteaba la realidad de esta tierra de la que se reían cuando la nombraban, según la expresión del político que acabamos de citar, eran sistemáticamente eludidos. Para lo único que en verdad había un consenso general, era para los debates doctrinarios o religiosos o para la provisión de empleos públicos. Estas drogas habían anestesiado la opinión y no le dejaban ver los otros fenómenos que ya empezaban a mostrarse en el inmenso organismo administrativo. Para dar una muestra de la preocupación ambiente un hombre desengañado de aquellos días había aconsejado colocar en la puerta del palacio de Gobierno, un cartel con esta inscripción: «Se ofrecen empleos». Porque el ejecutivo de acuerdo con las Cámaras había comenzado ya esa tarea de abultar la burocracia, esterilizando con ella, la vital fuerza del hombre que debe por sí mismo ganarse la vida o vencer sobre las contingencias más ásperas. El país vivía con la sugestión potente de la riqueza mineral del norte, de donde entraba al centro una corriente poderosa y al parecer inagotable de dinero. La capital aprovechaba

gran parte de esta riqueza y la convertía en construcciones suntuosas, en saraos, en festines, en embajadas o en opíparas comisiones que salían al extranjero. Pero el pueblo vivía en pocilgas, los barrios apartados de todas las ciudades eran resumideros de la muerte, los campos tenían chozas, que avergozaban a los observadores y lentamente las enfermedades se filtraban en el organismo de la raza, mataban en flor a los niños, consumían a los adolescentes, agrietaban a los hombres ya maduros y las cruces de los anónimos llenaban los prados verdes de los cementerios con sus abiertos brazos pintados de blanco o de negro. Cárceles y hospitales parecían antesalas del infierno. A nadie le interesaba la vida de los anónimos, porque esas vidas carecían de expresión como cifras bancarias. Eran sólo manadas electorales.

Una voz en el desierto

Hace un cuarto de siglo, una voz resonó en medio de los festines con que el país celebraba el centenario de su emancipación. Nótese la fecha: 1910. Esta fecha es como la iniciación de un nuevo período en la estructura moral del país. Corta o divide no sólo la etapa de una generación que ya empieza a madurar y abre la perspectiva de otra que está en plena adolescencia, sino dos mundos históricos. La generación que va a pedir cuenta más tarde, la misma generación descontenta de hoy, todavía gatea en las casas o aun no se ha puesto pantalones largos. Juega en las alamedas, en las plazas,

ríe alegremente, está impregnada de amor a la vida. Es la generación de los niños, la generación de la retaguardia, que vive detrás del frente en donde los hombres mayores se despedazan. Oye sus gritos sin comprender nada; asiste a sus persecuciones sin saber por qué pasan talcs cosas y olvida pronto las palabras agrias o triunfales que oye en el seno de las reuniones familiares.

Pero por encima de todos ha resonado una voz. ¿Quién era ese hombre osado, ese libertario sin limitación en su franqueza que se dirigía a la juventud, para mostrarle la lepra que consumía, en lo oculto, las raíces más sanas de la nacionalidad, en la apariencia cubierta de oropeles y de alegría, de bienestar y de grandeza? Un maestro. Volvemos, pues, a encontrar en Chile, en un maestro, la noción angustiosa y positiva de la existencia. Cuando todos callan, es la suya la voz que desentona o condena. Cuando el silencio se espesa para encubrir los errores o los vicios, es su voz la que se eleva por encima de la complicidad. Ya en etapas anteriores, en el siglo XIX, son maestros los que infunden una vitalización al panorama de la vida chilena. Son maestros: Bello, Lastarria, Barros Arana, Amunátegui. Por ellos se siente en Chile el pulso de la nación y por ellos puede advertirse que la fibra humana reserva sorpresas a la colectividad, estancada en sus placeres o en sus devaneos. Resumen la ansiedad de grandes porciones olvidadas o recogen el pensamiento, la inquietud, dispersos de tantos espíritus, que sienten o son incapaces de hacerse entender. Son a su vez grandes laboriosos.

Viven en la atmósfera del sacrificio personal. Olvidan que son hombres con necesidades y deseos y se entregan a la pasión del estudio. El lucro está desterrado de sus naturalezas. La ostentación les parece un crimen, puesto que saben que el país que están tratando de entender y orientar, no puede ser estremecido sino por el estímulo que es en sí mismo, la santidad del ejemplo. No especulan sobre una población desvalida o pasiva usándola como un trampolín de éxito. La vigilan para que sea cada vez más consciente, para que pueda algún día entender qué es y qué debe hacer. Son motejados de locos o de rebeldes, de egoístas o de orgullosos. Unos viven en la soledad y en el aislamiento. Otros sucumben agobiados por la injusticia, víctimas de la complicidad obscura del ambiente, que no tolera las voluntades enérgicas, los espíritus independientes, los exaltadores del carácter. En general son escritores y ponen su pluma al servicio de las ideas generosas. Combaten sin descanso contra la obscuridad premeditada con que se intenta tapiar los caminos que llevan a la liberación de la personalidad. Se baten por la cultura tan despreciada siempre en esta beocia de mercaderes. No descansan cuando se trata de elevar la concepción del destino humano al pínaculo de su verdadera liberación. Tienen fe en el pueblo, y no lo engañan, precisamente porque saben que se trata de un pueblo niño al que es preciso guiar, levantándolo de la postración, de la pasividad para llevarlo a cumplir sus fines. Son almas espléndidas y gallardas, valerosas y capaces de afrontar sin temor las conse-

cuencias. Son, pues, creadores en el mejor sentido de la palabra.

Alejandro Venegas

El caso de 1910 y del maestro es singularmente típico, porque envuelve la negación absoluta de la libertad y de la justicia. Dos tópicos sobre los cuales se ha edificado pacientemente una armazón a menudo sobresaltada y desquiciada por los traficantes. Pero el dolor proviene asimismo de la sordera del ambiente para responder a la voz que clama, esta vez con toda propiedad en el desierto. No responden sino algunos elementos aislados que comprenden el sacrificio del hombre que está jugándose su carrera y su porvenir. Aquel maestro pertenecía a la madera de los héroes. Hemos pensado en esa heroicidad civil con la misma emoción con que lo haríamos respecto del hombre de ciencia o del santo que abandonan todas sus comodidades para correr a vivir una vida de sacrificio o de verdadera penitencia. Y ahora experimentamos una emoción honda, hacia ese corazón generoso que dejó de latir en la soledad, en el aislamiento a que lo condenó una organización entera, tal que si se tratara de un ser peligroso, dañado por alguna dolencia contagiosa. Para él no hubo sino vituperios en la atmósfera nebulosa del oficialismo gubernativo y educacional. Había levantado el velo que ocultaba los vicios y errores de la administración, los profundos yerros de la enseñanza, la descomposición de los servicios públicos, de la administración de justi-

cia, y la profundidad de la crisis que agobiaba la moral del país y eso, por supuesto, no tenía perdón. Por aquellos años no había sino preocupación política en el ambiente. Nadie quería ser molestado, a nadie le agradaba que las voces libertarias sacudieran el marasmo en que todos navegaban muy a su placer y se mostraran las llagas que rojeaban en el organismo social. La complicidad los unía a todos en un mismo destino.

Eligió para lanzar su catilinaria el instante en que todavía humeaban los fuegos de artificio, cuando las embajadas extranjeras aun no desaparecían del todo en la frontera, cuando los millones derrochados en las fiestas aun hacían tintinear por calles y bares o en los sitios de placer sus discos brillantes. Y su voz tenía un acento amargo. Era voz de tristeza y de esperanza a un tiempo, porque creía que otras voces iban a responder a la suya, cargada de presagios y de inminencias. Algo había en la cabeza de ese maestro que recordaba a la de Sócrates. En Grecia los alfareros copiaban en el vientre de las ánforas las líneas abruptas del inquietante rostro del filósofo. Acá hubiera servido también esta cabeza, de extraña expresión mongólica, en la cual ardían sus pequeños ojos vivaces y escrutadores, limpios, sin embargo, de todo mal, para asustar a los inocentes. Y cosa extraordinaria, hablaba para los inocentes, es decir, para las almas que todavía no habían sido agostadas «por la racha helada que ha petrificado tantos corazones», según él mismo expresaba en su lenguaje mixto de maestro y de profeta.

«No he podido resignarme—escribía en el prólogo de su libro, en su llamado a la juventud a la que había dedicado esas páginas aceradas y tristes, cruzadas por la voz desesperada de su verdad—a autorizar con mi silencio esta infamante comedia y vengo a turbar los cantos de regocijo con mi voz lúgubre, como la de un ave siniestra que grazna sobre las ruinas . . . Yo no puedo cantar, porque he buscado la verdad de nuestras glorias presentes y por mi mal la he hallado. He visto hasta el fondo el cieno y la podredumbre de nuestra historia en los últimos treinta años. Hubiera querido apartar mi vista horrorizada de ese cuadro pavoroso, reconcentrarme en mí mismo y como hacen muchos, sentarme a la ribera a contemplar los estragos de la inundación. Pero esto hubiera sido egoísta, cobarde. Y aunque es muy triste tener que romper los cristales que hacen ver todo de color de rosa, aunque es muy doloroso tener como Blanca de Castelo, que desgarrar la nivea vestidura para mostrar el pecho carcomido por el cáncer, me he resuelto a estampar la verdad desnuda en este libro, en que bajo la forma de cartas dirigidas al que dentro de poco será el primer magistrado de la República, estudio las causas, el desarrollo y las consecuencias de la ruina económica y moral de nuestro país. Pero no vayáis a creer, ¡oh, jóvenes que mi libro es la elegía del desaliento. ¡No! Tengo fe en las fuerzas vitales de nuestra raza joven, tengo fe en que hay muchos elementos dañados que pueden regenerarse y más que todo, tengo fe en vosotros, que todavía no estáis corrompidos».

Tenía fe, pero su profecía vibraba sobre el porvenir con una larga y sombría veracidad, hundiendo su nervio en la tiniebla, en la cual debería actuar solitaria e incomprensida. Todo lo había visto. Todo lo había sentido, en profundidad; los vicios, los errores, las injusticias. Había desenmascarado nombres e instituciones; la falacia de los recursos con que se engañaba al pueblo, el desorden y la retórica estéril de la enseñanza, la miseria moral de los jefes. Negociados escandalosos, prevaricaciones, sometimiento de la justicia que debía ser inviolable y austera, a los caciques prepotentes de las provincias; la indescriptible condición de desamparo en que vivía el pueblo, arrojado al abandono y a los crímenes, a las enfermedades y a los azotes del alcoholismo, de la sífilis y de la tuberculosis—la siniestra trilogía de la raza—los complicados hilos con que se tejían en las alturas, las grandes aventuras financieras que la gran masa nunca podrá descubrir. Había viajado por todo el país, disfrazándose unas veces de campesino, otras de mercader, en otras de viajero despreocupado. Así pudo vibrar con todas las miserias, pudo acercar su oído a todos los dolores y reclamos, pudo darse cuenta de lo que era este pueblo, de lo que anhelaba y sufría, no sólo en las capas más bajas, sino en esas capas intermedias que callaban también su desesperanza y su abandono. Todo en su libro es implacable. Todo en él es duro y temerario. Pero también alumbra la luz de la creación, porque no se limitó a lamentarse sobre las ruinas, sino que trazó los caminos nuevos de la liberación

y del decoro. Probó con datos escuetos, con cifras claras y severas, la verdad de lo que afirmaba. Todo en él es realidad, todo es dolor; pero todo es exacto y rígido.

Sin embargo, no prosperó. No tuvo imitadores. Cayó sobre él, el silencio, pesado, espeso, un silencio de estupor y de expectación, como si dentro de él se preparara la zarpa que debía caer ruda hasta aniquilarlo en el aislamiento.

Fué perseguido en la forma tan sutil que estas sociedades emplean para destruir los caracteres: confabulación sorda del silencio, para hacerle irrespirable la atmósfera, envolviéndolo, como por descuido, en sospechas y reticencias. Igual que siempre la insidia tejió los hilos pérfidos de una promiscuidad de elementos mediocres que lo envidiaban acaso y que le hicieron insoportable la vida en comunidad. Como había creado sospechas, se las hicieron pagar con usura. Como había desembarazado el camino de piedras, mostrando la indigencia de los que se ocultaban, los desnudos se confabularon para encubrir sus miserias y lo acorralaron por su osadía. Como había revelado la descomposición, todos los afectados se sintieron solidarios en el mal y siempre en el mal hay más solidaridad que en el bien, y fué mutilado en su carrera de maestro y hubo de abandonar como si lo hiciera voluntariamente, su cátedra de castellano.

Después cayó el pesado silencio. Quizá el olvido. Sólo algunos discípulos, algunos maestros amigos que le

comprendieron y alentaron con su calor de amistad y de afectos, fueron a mitigar un poco la tristeza de su soledad, en el rincón adonde se había recluso, con un negocio pequeño, para no morir de necesidad. Después la muerte. La muerte sin sacudidas y por fin el olvido irremediable.

Requiescat

Jamás se ha citado a Alejandro Venegas, autor de «Sinceridad», del cual hemos dicho todas estas palabras, en los textos de estudio. Jamás en los textos literarios, entre los memorialistas o entre los críticos de nuestra realidad o en algunas de esas clasificaciones cómodas con que los autores de textos disimulan su ignorancia, su falta de curiosidad, su absoluto desdén hacia lo que no tiene consagración en la beocia o en los círculos oficiales, se ha mencionado el nombre de Alejandro Venegas. Olvidado. Tal vez porque adivinó los días tormentosos que vendrían, fué olvidado. Acaso porque años más tarde, la juventud no pudo vivir la plenitud de su potencia creadora—Venegas condenó una enseñanza retorizante que no miraba los secretos de su tierra o la realidad de su tierra—y sólo aspiraba, una vez egresada de las escuelas, en ir a golpear los puertas de la burocracia fiscal que el parlamento y la política hinchaban hasta un límite inconcebible; acaso por eso Alejandro Venegas fué olvidado. Y también porque presintió que el desborde político y su irresponsabilidad ante la nacionalidad, arrastraban al país a un abismo, dando la

voz de alerta mucho antes que los fenómenos mundiales golpearan nuestro flanco y nos hicieran despertar del marasmo.

El olvido caído sobre el maestro es una demostración práctica de cómo se ha entendido entre nosotros el sacrificio personal y qué poca importancia se ha concedido siempre, como elemento de estímulo en el crecimiento vigoroso de una generación, a la verdad dicha, como se afirma en Chile, contra viento y marea. Años atrás los hombres que se atrevieron a encararse con los errores aceptados o tolerados, advirtieron que el premio único era el aislamiento en vida. Es verdad que el sacrificio parece no tener otra compensación y sólo la muerte viene a realzar méritos y virtudes tardías, que nunca antes se reconocieron. No es una conclusión halagadora. Pero los hechos, la historia de nuestra vida política o literaria, lo confirman a cada paso. De esta suerte, aunque la observación parezca simple, las generaciones jóvenes formaron su consistencia espiritual en el temor. Los vicios señalados por Venegas eran los vicios que roían el fondo mismo de la organización social. Pero era de tal espesor la red de intereses creados al amparo de la burocracia o de las tribus que mantenían el poder, que nada parecía sobrado fuerte para romperla. Y en efecto no pudo romperse. No hubo fuerza humana que pudiera concretar esa arremetida de los conjuntos en la cual se siente el heroísmo civil de una juventud en trance de batirse por lo que justamente constituye el galardón de sus más bellos actos: la justicia.

La generación joven de esos días no tenía capacidad de indignación. Vivía al día con sus deberes elementales sometida a la presión de otra generación, que había combatido antes y que no tenía más aspiración que la lucha política o la burocracia. Una y otra se fundieron en el mismo propósito y juntas continuaron esa ruta que el país seguía sin sobresaltos, en medio de las protestas de algunos espíritus aislados que no lograban hacerse oír, o de antemano, vencidos por el cómodo «dejar hacer» y «dejar pasar» que tantos males ha causado a la moral del país.

La generación del 91

Sería, sin embargo, una injusticia evidente desentenderse del esfuerzo que esas generaciones cumplieron antes, en la medida de sus posibilidades, para dar a nuestra nacionalidad un vitalismo que ellas seguramente creyeron encontrar por el camino exclusivo de la política. La generación que se estrelló violentamente con la revolución del 91, tuvo una noción más potencial de sus deberes para con el país. Es verdad que venía arrastrando una herencia de heroísmo, la guerra del Pacífico en que gran parte de esa generación había intervenido y la herencia de la riqueza que esta misma guerra victoriosa había determinado en la economía pública. Además, había recibido las últimas influencias de la generación anterior que era la de los constructores de la República. El vaho de 1840 aun circulaba sobre las mentalidades. Por ella había sabido—por los

datos directos de los sobrevivientes—cómo se habían batido esas generaciones por la libertad en asonadas y revoluciones, y cómo se habían impregnado de esta atmósfera de romanticismo que proyectó por muchos años hacia adelante, su sombra imborrable. Las batallas doctrinarias del último cuarto del siglo XIX fueron cruentas y difíciles. Después de la guerra del 79 había ya una concepción prepotente de la vida, un sentido excesivamente sensual y realista de la política, no con el fin de elevar la personalidad humana a un rango superior, sino para aprovechar de la riqueza que la guerra victoriosa había traído como abundosa consecuencia. Aquella misma corriente espesa de oro que empezó a bajar hasta la capital, desde el desierto blanco y trágico de la pampa, debería provocar terribles conflictos morales en el seno de las familias gobernantes o no gobernantes, sacudiéndolas por el vértigo del lujo y del placer y esto porque paralelamente a esa riqueza no se había creado el resorte moral o educacional, austero e incommovible, que sirviera de broquel a las ambiciones desorbitadas de los nuevos núcleos políticos o a las nuevas tribus de familias enriquecidas, que sucesivamente aparecían en nuestro escenario.

Con todo, la generación que se batió en la revolución del 91 fué, en el fondo, una generación romántica, entregada casi por entero al culto de la libertad y de la justicia, principios abstractos que hoy se intenta destruir y que entonces constituyeron el motor que llevó a esa generación al desinterés completo de la vida, arro-

jándola en el vórtice de la guerra civil. Miles de muertos subrayaron con su heroísmo, la condición metafísica de esos caracteres que pensaban que las ideas debían ser bautizadas con sangre, entregando como tributo el supremo bien de la vida. Fué una generación consecuente consigo misma y mantuvo una línea de decoro civil hasta el instante en que con la victoria del parlamento, comenzó la orgía loca de los repartos de puestos. Los vencidos como los vencedores, olvidaron las lecciones trágicas de la guerra civil y sus consecuencias en el sentimiento de la opinión, y desdeñando unos la razón por la que habían combatido y volviendo los otros la espalda a las vidas sacrificadas, comenzaron todos, mezclados en un mismo propósito la más desenfrenada batalla por el mando, que era en última instancia, la batalla por la supremacía burocrática. Para vengar derrotas pasadas, unos se dieron a derribar gabinetes y para vengar los olvidos en el reparto, los otros, a su vez, apuntaron sus fuegos contra las combinaciones ministeriales que no les agradaban.

En cuanto a su posición intelectual, esa generación no produjo ninguna obra fundamental para el conocimiento de las inquietudes que indudablemente desgarraron a los hombres de aquel tiempo. Nada surgió fuera de la obra de estirpe literaria, calcada de los modelos franceses que estaban por entonces de moda. Ideas y sentimientos se encubrían bajo apariencias europeizantes. Habría que exceptuar una novela de Luis Orrego Luco, «La Tempestad», que pinta escenas de la

revolución, pero que no contiene una articulación general para la valorización moral de aquel período. En épocas anteriores, los hombres de letras entregaron algo de su pasión política a la lucha por la emancipación moral y económica del pueblo. Atormentaron a los grupos que gobernaban, llamándolos al sentido de las realidades inmediatas aun dentro de la teorización de que hacían gala. Se empeñaron en horadar el destino para saber qué reservaba al país y en la historia agregaron al documento frío, sin vida, la llama palpitante de la interpretación. Así procedieron hombres como Lastarria, como Bilbao, en medio de sus nieblas místicas, Vicuña Mackenna, los hermanos Amunátegui, Isidoro Errázuriz a pesar de su estirpe aristocrática, Barros Arana en su frialdad histórica y otros.

Pero la generación que desembocó en la revolución del 91, pasó luego entera a formar en la vida estrechamente política, desentendiéndose del drama que había vivido y sin extraer de él nada que pudiera servir a las generaciones nuevas. No hay sino testimonios esquemáticos, fragmentarios, teñidos de pasión momentánea; notas volanderas, páginas o diarios que no alcanzan a arrojar gran golpe de luz sobre los secretos de esa tragedia con la que se inició el más turbulento y doloroso período de la vida chilena, y que quebrantó hasta sus raíces la vieja estructura de la vida social. Grandes oradores en el parlamento, figuras de relieve en la política, maestros y juristas, caracteres duchos en el arte del bizantinismo, fueron todos personajes aislados. Ninguno

de ellos recogió como pensador o como sociólogo, las degarraduras o la filosofía de ese acontecimiento fundamental de nuestra vida. La política menuda fué el aluvión que la arrastró implacable.

La generación literaria de 1900

La generación de que hablamos y la que inició su andar responsable poco después de 1900—fijamos la fecha como un dato—fueron simplemente generaciones políticas. Sólo en esta última es posible hallar un punto de vista de novedoso nacionalismo. Una parte de esta generación, la literaria, se encontró de pronto con el campo. La tierra chilena puede decirse que fué descubierta artísticamente por esta generación. La tierra y el campesino. El campesino y el paisaje. Las obras que compusieron están todas impregnadas de amor a la vida humilde. Por cansancio de los temas franceses en que la generación anterior buscó inspiración, ésta comprendió que había un gran sector de la vida chilena que debía ser incorporado al arte. Fué en cierto modo una generación de estetas. Pero aunque literaria, tuvo la preocupación por la suerte de los personajes campesinos.

Esta generación devoró los libros anarquizantes o los libros de los grandes buceadores de la vida humilde o aventurera que empezaban a verse en las librerías. Escritores y universitarios leen a Kropotkine, a Stirner, a Tolstoy, a Zola, a Dostoiewsky, a Grave, a Nietzsche, a Gorky, a Ibsen, es decir, a los exaltadores de

una forma humana desconocida, buzos de la hondura, animadores del drama profundo de las existencias desgarradas por brutales reacciones sociales, o por injusticias sordas que la tradición arrastra como un aluvión. Surge la figura simbólica del mujik, que personifica el fatalismo y la pasividad en la explotación capitalista, y este mujik es identificado con el campesino chileno. La prostituta, el bandido de los campos, el peón agobiado por la dura faena inacabable, el minero que horada los cerros o se sumerge en el fondo de la mina, son expresiones típicas de estas nuevas formas de creación artística; elementos humanos que parecen vistos por primera vez y que son elevados al rango de personajes fundamentales. Esta generación alborozada que ha hecho tal descubrimiento es todavía romántica. Se desprende de una generación que no ha concebido aún con fuerza el dolor de una gran porción social abandonada. Por eso en muchos de estos escritores la actitud es la del hombre de la ciudad que va al campo a pasar una temporada, y aprovecha las observaciones que el campo o los pobladores le sugieren. Sos más estetas que hombres de penetración inquietante. Algunos de ellos construyen una realidad campesina a su modo, colocando entre los paisajes, figuras compuestas en las que se adivinan proyecciones de otras figuras literarias extranjeras.

La tragedia del minero o la del calichero que simbolizan grandes expresiones de la raza aventurera que es

nuestro pueblo, sólo aparecen fragmentariamente, en aproximaciones superficiales.

Pero son los precursores de un vasto movimiento de interpretación americana, que en el nuestro como en otros países del continente hispano, se produce con los mismos o parecidos elementos. Inician la verdadera literatura criolla, fuerte y articulada en un motivo central. Al hastío de las formas románticas europeizantes del siglo anterior sucede una comprensión más ceñida del drama autóctono. Es la primera vuelta de cabeza que hace el escritor americano a la cultura literaria europea, de donde procede. No la abandona por entero, ni la desdeña. Encuentra que la naturaleza va a servirle para crear una expresión o una humanidad literaria diversa a la que formó la sensibilidad de sus antepasados criollos. Es tan vasto y profundo el escenario descubierto; tan poderosa la sugestión que la naturaleza ejerce sobre las mentalidades, que ella sola basta para llenar el volumen específico de los libros. La literatura descriptiva es, en cierto modo, la primera fase del proceso iniciado por los escritores de la generación llamada del 900.

Una nota común modela, sin embargo, esta nueva postura del escritor americano: la sensación de la desesperanza; el derrotismo. A medida que esta creación se descine de la fuerte presión de la naturaleza, para incorporar a la literatura el elemento humano como eje de la narración, este parece condenado a ser siempre un personaje vencido o un ser errante o un nihilista. Todos los

héroes son derrotados por la naturaleza o por los hombres que se han identificado con la barbarie de la naturaleza primitiva. Las vastas soledades; la espesa y aplastante arrogancia de las selvas impenetrables, pobladas de leyendas y de peligros; los ríos anchos y fangosos, de hondo caudal; los desiertos absorbentes y alucinantes sin horizonte abarcable, las frías regiones heladas en las cuales el hombre es apenas como una brizna endurecida, la conciencia informe y no por eso menos impresionante de que ningún esfuerzo logrará emancipar al hombre de la tenaza de la servidumbre económica, imponen al observador la permanencia eterna de la naturaleza sobre la fugacidad y la debilidad de la naturaleza humana. No vencen. Son vencidos. No perseveran. Huyen. Desaparecen. Los liquida la grandeza o la confabulación de fuerzas ancestrales contra las cuales el hombre sólo puede oponer un fatalismo enfermizo y debilitado. Por eso alguien ha observado que los héroes de casi todas las novelas americanas son personajes siempre en evasión, siempre en trance de huir o siempre condenados a ser disueltos en el torbellino de la revolución que los malogra, en la soledad que los destruye o en la naturaleza que hace de ellos seres desarticulados o acobardados. Pueden iniciar su andar literario en medio de fulgurantes hazañas, con recia entonación heroica; pero luego se doblan como si un viento de fatalidad soplara sobre ellos.

Parecen en verdad casi todos esos libros, historias de vencidos. Estéticamente puede ser esto el cumplimiento

de un programa. Pueden ser obras perfectas, bien logradas, técnicamente. Acaso muestras originales de una psicología americana auténtica. Pero no puede discutirse la influencia honda que a la larga, la literatura de creación, determina sobre la psicología general de un país. Tómese por ejemplo, y salvadas las distancias, las literaturas europeas. La voluntad está siempre presente en los héroes. Son naturalezas que forcejean, que imprimen a todos sus actos un andar de potencia. Aun los héroes amorosos o románticos tienen prestancia de hombres, de vencedores. Desde Robinson Crusoe, para citar el caso de Inglaterra, que se maneja solo y vence en la isla desierta, hasta los modernos héroes de Kipling, una línea de vigor, de seguridad y de confianza en el propio destino, pondera y condiciona los elementos de composición en la creación artística. De suerte que la sensación de estabilidad de la nacionalidad; su dominio seguro, su voluntad insobornable, se nutren en forma sensible e invisible con la misma energía con que los hombres de gobierno se han nutrido en la escuela, en las concepciones históricas de sus grandes hombres ejemplares y en la vida que es emanación del concepto educacional de seguridad en sí mismos. Sus héroes no caminan al azar, bajo cielos amenazantes. Saben a donde van. Saben lo que quieren. Actúan lejos y solos, distantes de todo apoyo, pero comprenden que deben vencer por encima de todo contratiempo, porque en la lucha o en el trabajo, debe emplearse a fondo la energía.

La generación política

La otra parte de la generación del 900 que no fué literaria, procedió en la vida activa casi con la misma actitud un poco nihilista, o con ese encogerse de hombros de el chileno que es el signo histórico de una fatalidad igualmente histórica. La literatura anarquizante, la literatura de exégesis social o libertaria impuso a esa generación política o universitaria, el modelo de nuevas concepciones de interpretación de la realidad nacional. Los libros más leídos eran los libros de los escritores rusos rebeldes: Kropotkine, Bakounine, Tolstoy, Dostoyewsky, Gorky, o bien Stirner, Nietsche, Grave, Faure, Schopenhauer, Ibsen. En las pequeñas bibliotecas de los estudiantes o de los maestros se veían libros como los siguientes: «La propiedad es un robo», «El único y su propiedad», «El dolor universal», «Palabras de un rebelde», «La lucha por el pan», «Conflictos entre la religión y la ciencia», «Sindicalismo y Anarquismo», «La gran huelga», etc.

Fué el despertar de un sentimiento de piedad hacia los humildes. Todavía no era la actitud definida y franca de protesta, la postura social de hoy que no se decide a esperar sino que aspira a tomar con violencia. El fenómeno literario era idéntico si se considera que se había descubierto el campo y la dolorosa realidad del campesino, un poco en la oblicuidad de la observación estética. Los primeros signos del divorcio de la juventud con la política o con los políticos al uso, se iniciaron en esos cenáculos y corrillos en los que comen-

zaba a entenderse que la tierra que se pisaba, el pedazo de patria, era algo más que una merienda electoral. Había comenzado ya la descomposición política del parlamento. Una red formidable de intereses creados hacía estrellarse en ella los mejores idealismos. Los escándalos caían en la superficie blanda de la complicidad. La sanción empezaba a debilitarse; un materialismo sórdido acompasaba todos los actos de esa política de intrigas que convirtió el parlamento en una orgía. La juventud que observaba sin tomar gran parte en estas aventuras sentía en su generosidad espiritual, los principios de ese desengaño que debía más tarde, con la lectura de los teóricos de la revolución, alcanzar la densidad de una postura permanente. Parece que el mundo era igual en todas partes, juzgado de acuerdo con las páginas de los escritores revolucionarios. Aun en las naciones más civilizadas, las injusticias eran la nota más abundante y en casi todos los países se explotaba a los débiles, se perdonaba a los poderosos que habían cometido abusos o depredaciones y se formaban núcleos que se repartía alegremente el poder y la riqueza.

Los hombres de esa generación eran tan románticos como los de la generación anterior.

Aun se batían, aunque teóricamente, por la libertad. Muchos se dejaban crecer las melenas o la barba. Usaban corbatas flotantes. Arengaban al pueblo vencido en todas las huelgas, en los comicios o iban a las asambleas estudiantiles a proclamar el reinado próximo

de la justicia sobre los abusos de la organización capitalista. Pero nadie se alarmaba. Este país frío, en el cual vive una sociedad fría y un poco irónica para las efusiones románticas, concedía a la juventud el derecho de indignarse, precisamente porque los partidos políticos de avanzada coincidían en sus programas con las nuevas ideas libertarias que ya estaban de moda. Pero entre tanto, las figuras políticas descendían paulatinamente. Cambiaban de sitio doctrinario sin escrúpulo alguno y la única preocupación clara y concreta, era continuar derribando gabinetes y subiendo otros más de acuerdo con sus intereses. Gobierno y parlamento daban al país la impresión de un duelo entre un hombre y una agrupación de hombres díscolos que le arrojaban piedras, que le colocaban petardos debajo de su silla y que lo llamaban desde un sitio en el cual nadie le recibía, para llevarlo luego a otro lugar incómodo en el que se encontraba rodeado por personas desagradables. Así transcurrían los días, los meses, los años. Los agoreros como Venegas, morían en la soledad y el abandono; los estudiantes salían de la Universidad con su cartón profesional, sin volver nunca más la cabeza al sitio de donde habían salido casi huyendo, y sólo dispuestos a ganar dinero lo más pronto posible. Los que no podían obtener su título o los que habiéndolo obtenido no querían sacrificarse, iban a solicitar un puesto en la burocracia fiscal abultada ya enormemente. Se había olvidado el antiguo romanticismo de la rebeldía, la compasión por los humildes y los explotados, y muchos de

esos rebeldes habían ido a engrosar las filas de los partidos contra los cuales antes dispararon más de una catapulta. El recinto universitario se llenaba con otros elementos que, a su vez, emprenderían las mismas luchas teóricas, hasta el instante de obtener el título ambicionado. No volverían a acordarse de un lugar en el cual la enseñanza seguía el curso rutinario y burocrático que parecía un reflejo de la política o del ambiente.

Muda, indiferente para las inquietudes que ya asomaban en el horizonte, la Universidad continuaba echando profesionales al mercado, sin conmoverse ante la existencia turbulenta de esa juventud que necesitaba ser orientada en su desesperación de saber, en su imperioso anhelo de entender qué era el suelo que pisaba, qué posibilidades encerraba para el porvenir y qué se sentía sola ante el gran drama que ella intuía al devorar las páginas de los escritores revolucionarios de Europa.

No puede precisarse, con absoluta seguridad en qué fecha comienza una generación o termina su cometido. La de 1900 estaba formada en gran parte, por una juventud cuyos componentes habían nacido muchos de ellos, en el último cuarto del siglo XIX. Al aproximarse al año 20, año de sacudidas y de explosiones de fuerzas nuevas en lo social y político, o año de ruptura con la tradición colonial de la política, podía decirse que ya eran hombres de treinta o cuarenta años, la mayoría. Otros tenían menos edad, pero todos empalmaban con la generación que cumplía la edad

justa del año famoso en nuestra historia política. Es decir, veinte años. Unos y otros se fundieron en el mismo anhelo y en la misma preocupación del porvenir. Hemos visto que los componentes de ambas generaciones habían bebido en una misma fuente literaria o sociológica y por tanto, se encontraban animados con la misma ambición de transformar el orden social en Chile. Las revoluciones que se iniciaron en el año 24, mezclaron todos estos espíritus, maduros y juveniles, en otros propósitos. Ya no era la teoría pura de la revolución. Surgía ahora el estado de violencia como condición de la lucha y nuevas agrupaciones sociales, nuevos núcleos o corporaciones de trabajadores se incorporaron al barco, en cuyo fondo se preparaba el fermento de una generación distinta de todas, que parecía alimentada con el descontento de unos y el desencanto de otros, con la desilusión y el choque brutal de las ideas de la postguerra, con la realidad económica, dura y angustiosa, que había comenzado a extenderse sobre el mundo entero. Este conglomerado tenía rebeldías líricas. Gustaba de lo anárquico. Se había impregnado con todo los «ismos», tanto estéticos como sociológicos. Quería descomponer la realidad, sumando el pueblo a la gran corriente revolucionaria que había destruido no sólo los valores literarios del siglo XIX, sino los valores políticos y filosóficos. Había empezado ya a enjuiciar con acritud el pasado y lo pisoteaba cada mañana, en sus formas políticas y en sus hombres... Estaba presente ya el gran drama de la crisis económica.

La generación de los nuevos

La generación actual, la de los nuevos, la que ha sido o es tan duramente motejada y acusada de pesimista y destructora, es lo que se denomina en jerga sociológica, una «generación espontánea». Se ha desligado de todo pasado y no reconoce maestros ni guías. Como no tiene a quien seguir y no se encuentra atada, por lo menos en la apariencia, a ningún hombre antiguo, se siente dueña de su propio destino. No se trata de juzgarla, puesto que no ha terminado su cometido, y dista mucho de terminarlo. Sería ilógico intentar un balance definitivo de su actuación y lo que pretendemos es examinar su posición, las características más salientes a nuestro juicio y los motivos que han influido para hacer de ella una generación iconoclasta y en cierto modo desenfadada.

Es una generación que se desarrolla en medio de los retumbos de la tempestad guerrera de Europa, retumbos que tan hondamente sacudieron el espíritu universal. Se forma y crece asistiendo no sólo a la bancarrota de una civilización, sino al desastre mismo de las instituciones jurídicas creadas por la democracia liberal. Y a pesar de que la guerra europea no la envuelve entre sus horrores materiales, se siente impregnada más tarde con los horrores morales de la postguerra. Recibe un legado terrible de disolución social. Adivina la formación de un orden nuevo y de una cultura nueva, y quiere participar en la lucha sin haber tenido tiempo de cultivarse ni de entender la realidad

desolada de su propia tierra. Aplica las consecuencias o los métodos demoledores del examen que la juventud europea imprime el ritmo integral de la vida, a las realidades políticas y sociales de América. Y decimos de América, porque su postura de negación y de crítica, de rompimiento con el pasado, es en todos estos países como una consigna uniforme de la juventud.

Es, en cierto modo, una generación solitaria. Su indecisión, su oscilación es dramática, por más que se piense que no hay drama alguno en esta postura indiferente y desdeñosa con que se refiere a los sucesos y hombres del pasado. Oscila entre el orden antiguo y la violencia nueva. Va de un escrúpulo jurídico, a una negación rotunda y categórica de la ley. No entiende la ley a la manera de la democracia liberal. La entiende al modo de los fascismos, comunismos y nacionalismos exasperados. Sin sentirse aliada a ninguno de los «ismos» actuales, piensa que es la hora de intervenir en la función política, pero no se decide ni tiene fuerzas para ello. Su exaltación un poco lírica, la substraer de la atmósfera de los conjuntos disciplinados y a ratos se vuelve ferozmente individualista. Es una generación desengañada, escéptica, sin haber creído en nada y llena de desconfianza para todo lo que sea un retorno a las prácticas políticas liberales. ¿De dónde proviene este desengaño? De un fenómeno que ya hemos apuntado como denominador común de todas las generaciones que se han sucedido desde el 91: la falencia política. Una generación se exalta por el ejemplo de gran-

des virtudes. Las vidas heroicas o las vidas austeras que se mueven en un plano de alto decoro, son los más bellos atributos que una generación recibe de la precedente. Hemos visto cómo la línea política se quebrantó a cada paso y los hombres que la representaban pasaron a ser simples cifras de un juego inacabable de intereses materiales. Muchos de los hombres que hubieran podido ser figuras señeras, huían o se alejaban de toda competencia. Temían la liviandad de los juicios, la frivolidad del ambiente, la irresponsabilidad en las funciones delicadas. La juventud, que parecía no dar importancia a esos juegos, vaciló siempre frente a los hombres que aparecían como jefes. Iba de un punto a otro, de una doctrina a otra, sin resolverse a actuar en ningún instante como entidad. Se desengañaba, porque en la juventud hay más impresión que razonamiento, y porque sólo la conmueve la heroicidad y el valor para afrontar los sacrificios. Y este desengaño se produce por la falta de constancia en la acción o en el mantenimiento del decoro civil. Es decir, por la ausencia de eso que se ha llamado un estilo, o lo que es lo mismo la continuidad gallarda y limpia en la acción, manteniéndola por encima de las miserias del ambiente.

Pero otros fenómenos de carácter universal complicaron esta postura, ya de antemano signada por la exasperación de crítica, del hombre chileno. Esta postura de negación y de análisis sistemático e implacable, en ocasiones justo y en la mayoría de los casos cruel e injusto, se irritó con las nuevas modalidades literarias o sociológicas o de simple examen que la postguerra arrojó

sobre estos países. Hay que referirse de algún modo a ellas para entender mejor la formación intelectual y moral de la llamada generación joven.

Un rápido balance

Durante los años trágicos de la guerra de 1914 y en los años que siguieron, se desencadenaron sobre el mundo sucesos inauditos. El mundo cambió brutalmente de curso. Se vaciaron los cofres en los cuales una civilización había acumulado las miserias de la política y de la diplomacia. Al caer violentamente los regímenes políticos, quedaron al descubierto las raíces leprosas. Los archivos secretos que nadie había osado tocar y que eran sólo patrimonio de algunos curiosos o afortunados, se vaciaron sobre la calle. La calle comenzó a vivir con una existencia brutal e impresionante. Todas las calles europeas fueron muestras de la descomposición interna que había tolerado la gigantesca explotación de vidas que fué la guerra. Las grandes especulaciones fueron fruto de la guerra y una generación de potentados, de hombres enriquecidos con la sangre de la juventud ametrallada en las trincheras, irguió su prepotencia audaz sobre los escombros dejados por la hecatombe. Las calles bullían con las voces de condenación. Ejércitos de mutilados recorrían los pueblos rumorosos. Los puños crispados mostraban la fiera amenaza de la revancha. El balance de la guerra arrojaba cifras fantásticas de oro derrochado, en perjuicio de la tranquilidad de los hombres y en perjuicio de los hogares que habían entregado sus hijos, sus hermanos y sus padres al ho-

locausto inútil. La cifra de muertos y mutilados causaba espanto.

Por una vez, en el mundo, la calle iba a tener el sentido de una conciencia acusadora. Y si alguna vez la calle pudo ser como en la antigüedad, el lecho de un torrente humano que condena, esta vez el viejo mundo lo sintió con toda la grandeza sombría de un símbolo. Por eso surgió con tal valentía la decisión del hombre de la calle, es decir, de ese ser que acusa o aplaude, que está siempre presente, que es fugaz y es eterno, que forma las grandes corrientes implacables y que asume de improviso actitudes frías, sarcásticas o condenatorias. Justamente Europa se sintió estremecida en sus grandes ciudades con el hombre de la calle. Y este símbolo continuó actuando lo mismo contra la política que contra el arte, la educación o las costumbres. Mezclados con los periódicos que voceaban los crímenes de la guerra o los escándalos de los financieros, con los libros que desde todos los escaparates agitaban sus carátulas de inquietud y de peligro, los escuadrones de hombres pasaban agitando el fantasma de la revolución. Muchedumbres sin aliento, desesperadas, agriadas y entristecidas gritaban su desprecio a los que habían permitido y tolerado la explotación de la guerra. La trinchera había sido el infierno, pero también la promiscuidad y la fraternidad para el dolor y la esperanza. Y con esta esperanza a costas destruían el pasado para tratar de edificar un mundo mejor y más humano.

Libros de destrucción

El libro de exégesis de la guerra y de sus secretos, surgió del archivo o de la desesperación del hombre, enteramente desnudo de piedad. Ese libro documentado fué el verdadero juez que condenó en última instancia a una civilización que de tal manera había hecho tabla rasa de la personalidad humana. En medio de los placeres que se desencadenaron después de la guerra, en medio del vértigo sensual que hizo enloquecer a la humanidad, destruyendo todos los resortes morales y aniquilando toda concepción de los deberes y del sacrificio, el libro como la calle, adquirió una existencia igualmente brutal e impresionante. El libro se impregnó de todos los jugos de la derrota y de todos los gérmenes envenenados que la guerra maceró entre el lodo y la sangre. Ese libro era la venganza, la acusación, el martirio para los déspotas. Con el libro se podían revivir los terrores pasados y para aplacarlos o para despedazarlos, todos se entregaban a vivir una vida de locura y desenfreno. Nació una literatura agriada y enconada en muchas partes. Una literatura de demolición, de crítica, de condenación del pasado, de rompimiento con toda tradición. Europa había visto en medio del trágico desorden surgir autoritarismos soberbios, dictaduras de hierro, violencias y conmociones sociales. Las jerarquías estaban rotas. Las antiguas jerarquías con las cuales nada quería saber la juventud desengañada, crecida en medio de los horrores de la guerra. Fascismos, comunismos y nacionalismos se apoderaban de los desocupados por la

grave crisis económica, de los descontentos, de los que habían perdido toda esperanza, de los mutilados y los sumaban al inmenso ejército de la revancha. Estudiantes, industriales, pequeños comerciantes, agricultores, hombres solitarios de la calle, sin tienda ni doctrinas en el naufragio colosal de todas las doctrinas que la guerra había liquidado, se unían con avidez de náufragos al nuevo llamado que los reunía para arrasar con todos los viejos ídolos de la antigua organización liberal. A la atmósfera de la guerra, había sucedido la atmósfera de la revolución y en ella se alimentaba la nueva generación europea, deseosa de encontrar al fin esa conciencia de responsabilidad o de decoro que se había despedazado en la formidable quiebra de valores, de la postguerra.

Rusia arrojó también lentas y envolventes oleadas sobre el mundo. Había sido el primer país en romper con el orden antiguo, con el pasado, barriendo toda tradición y con esa realidad nueva erigida sobre una aristocracia decrepita iban a construirse, o intentar construirse a lo largo del mundo pequeñas realidades imposibles. Los estados defendieron su postura tradicional, erigiendo a su vez porfiados nacionalismos. Pero la sed devoradora de renovación que padecía el universo, hizo posible que grandes núcleos sociales de todos los países aplaudieran esa forma social en que se sentía o se creía sentir la formación de un mundo nuevo.

América recibió todo el legado disolvente de la postguerra y nuestra generación preparada por el desen-

gaño de la política se sumó también al vasto cuadro de la violencia universal. La democracia liberal había hecho crisis y el parlamento chileno, como el de otras naciones europeas había rodado en escombros. Sus raíces mostraban la ruina de la descomposición y lo mismo que en los países viejos, la juventud se aprestaba para exigir estrecha cuenta a los que habían tolerado o burlado la buena fe de la opinión. Esta generación joven que había pasado por alternativas inciertas, sintiendo el estrépito del derrumbe de un organismo que era uno de los instrumentos más sólidos del régimen liberal, que había visto caer y quedar en triste evidencia las mentalidades más fuertes, los hombres que parecían más enteros, en el torbellino de la complicidad y de la irresponsabilidad, se sintió sola y abandonada, y lo que es más triste sin vinculación alguna con esos hombres. Por eso es preciso considerar que la alegría secreta de la juventud no fué como se creyó, inconsciencia ante el peligro, sino la esperanza ardiente en que una nueva organización social y política, podía nacer del fondo ruinoso de la vieja. Esta caída del parlamento que conmovió a la nación entera, simbolizaba para estas mentalidades nuevas algo semejante a la guerra o algo parecido al comienzo de una revolución social.

El sentido de la calle

Las costumbres habían cambiado fundamentalmente y lo mismo que en el viejo mundo comenzó a repudiarse el pasado. Ese pasado había, en el pensamiento de

la juventud, erigido en sistema la volubilidad, el desenfreno, la ambición desorbitada, la irresponsabilidad para todos los actos de la vida. No se había castigado ni se había sancionado las depredaciones políticas; jamás los poderosos habían recibido amonestación alguna, y las clases populares continuaban sufriendo en el abandono y en medio del azote de las enfermedades. Las leyes que favorecían al pueblo, eran leyes burguesas. No concebía la juventud, la legislación del antiguo régimen, sino como una concesión de última hora, para aplacar el rencor de las masas que ya empezaba a manifestarse. La educación no había sido capaz de construir, por encima del bizantinismo de la atmósfera, una conciencia de responsabilidad, de fuerza en los caracteres. Se había entregado también al juego entorpecedor de la política menuda y había cumplido su misión con el mismo instinto rutinario con qué funcionaba la burocracia administrativa.

Como en las grandes ciudades de Europa, la calle entre nosotros adquirió una vida igualmente impresionante. La calle era el sitio de todo descontento, de toda crítica. En la calle se despedazaban las honras, se liquidaban las instituciones, se hacía mofa de los hombres que habían servido, mezclándolos en la misma condenación, con los traficantes que habían reaparecido después de pasadas las primeras convulsiones revolucionarias. Las voces rebotaban de un lado a otro y cada cual las tomaba para abultarlas con nuevas facetas de odio o de ironía. Ningún hombre público era sobrado fuerte para

resistir sin quebrantarse a esta demolición airada. Se decabezaban las estatuas de los próceres. Se negaba la patria, porque en su negación se afirmaba al mismo tiempo, un nuevo estado fraternal. La mujer que en la transformación de las costumbres había salido también a la calle, descendía lentamente de su antiguo nivel y se incorporaba, sin ella comprenderlo, a esta danza loca en la cual naufragaban todas las antiguas virtudes. Se empezaba a considerarla como un objeto, como una camarada, lo mismo para las horas de placer, que para el nuevo estado que se acercaba rápidamente. La familia que había sido un puntal sólido en el sostenimiento de la tradición, sentía agrietarse sus fundamentos. Había comenzado el gran drama, el verdadero gran drama de la generación: dominada por el instinto de la destrucción, haciendo mofa de todo, se sentía al propio tiempo invadida por un deseo frenético de vivir.

Es preciso no olvidar que la literatura rusa hizo en las mentalidades nuevas un camino profundo. ¿Cómo pudo llegar a tener esta sugestión tan honda sobre el espíritu de la generación? Se produjo en realidad un fenómeno parecido, aunque con menor intensidad, al que había padecido la generación de 1900, con los escritores rusos que a su vez, la generación rusa de la revolución comunista había desdeñado.

Esta literatura coincidía en la interpretación del hombre explotado y de los estados sociales nuevos, con la aspiración a cambiarlo todo, que sufría la generación joven de estos países. Los escritores de la revolución

hablaban un lenguaje de visionarios, encendían el fervor de una mística desconocida, con la cual era posible alcanzar la cúspide de la liberación humana. Esa literatura condenaba los sentimientos burgueses, los ídolos burgueses de la creación artística, los antiguos moldes de la estética. El amor había sido repudiado y se exaltaba la forma biológica del amor. Es decir, el amor era ya sólo biología, puesto que el romanticismo era o había sido el veneno de las sociedades burguesas, o, en último término, de la democracia liberal. Lo romántico constituía la debilidad, del mismo modo que la religión era el opio de los pueblos.

La juventud continuaba sintiéndose sola, abandonada, bebiendo la inspiración en doctrinas extrañas. Por lo mismo que la Universidad central había callado antes, siguiendo la línea de su función burocrática, calló más tarde ante los problemas nuevos que planteaba la transformación incesante de las ideas y de las costumbres. La juventud buscaba un guía sin encontrarlo. Un conductor, un héroe capaz de levantarla de la confusión y del desorden. Por eso se volvía hacia los héroes de otros países extranjeros, antípodas y mesiánicos. Creía encontrar en ellos la respuesta a las preguntas que se formulaba a sí misma o las interrogaciones, aun confusas que surgían de su propia tierra.

A los desengaños de la política se habían sumado los desengaños de la revolución, que sólo había cambiado unos hombres por otros. Pero subsistía en ella como una concepción ya fortalecida por la corta expe-

riencia de los últimos años, su desdén por las formas antiguas de la política. Tan pronto se volvía partidaria de los autoritarismos fuertes, como mudaba de pensamiento para exaltar las formas menos rudas de gobernar. Desorientada y vacilante en el panorama de las comunes irresponsabilidades, no sabía que partido tomar. Estaba en el borde de la desesperación, perpleja ante los acontecimientos, perpleja ante los restos de la destrucción a que ella misma había contribuido y sin saber cómo aprovechar los frutos nuevos, que se brindaban. Pero uno de esos frutos era ciertamente el más amargo: habían sido abatidas las jerarquías, no existían los hombres para la aventura salvadora y al no encontrarlos, volvía su espalda, desdeñosa, al pasado. Ningún hombre público resistía la presión ácida del análisis. Todos, en el concepto de la generación nueva, eran traficantes o mediocres. La política misma se había cuidado de establecer diferencias profundas entre los que adherían su entusiasmo a la revolución, signándolos de gregarios, y los que permanecían fieles al concepto de la libertad civil y por el cual las generaciones pasadas se habían batido en los campos de batalla. Pero las agrupaciones políticas, a su vez, habían olvidado que una vida civil, una ejemplar vida civil, sólo es digna de ese nombre cuando ha rubricado con sus actos la línea firme de su postura ante la vida y ante los acontecimientos. Se olvidaba que la responsabilidad moral que cada hombre público asume ante la generación que le vigila, no se pisotea en homenaje a situaciones pasajeras.

* * *

Afirmación y heroísmo

Ha faltado a esta generación el amor acendrado al estudio, a la investigación laboriosa. Es cierto que las generaciones anteriores no fueron tampoco muy pródigas en este sentido. Había menos responsabilidades, menos complejidad en la lucha por la vida, y no se habían descubierto tantas formas de competencia, como hoy. La generación actual sufre la atracción irresistible de la burocracia. El impetuoso destino económico la lleva a obtener un título que luego es abandonado para ir a solicitar un puesto en el mecanismo administrativo, en las nuevas organizaciones creadas, primero por la política de los bandos que pagaban con puestos a sus afiliados, y por las revoluciones después, que asimismo acrecentaban los puestos para pagar a los que las apoyaban. El funcionarismo inescrupuloso convertido en costumbre en estas democracias, ha malogrado y continúa malogrando las mejores energías de la juventud. El ascenso a puestos de importancia de individualidades mediocres, ha hecho nacer con fuerza la indignación y el abandono de las prácticas supremas de la cultura. No se estudia ni se investiga. Nadie quiere especializarse, porque nadie quiere perder su tiempo en una actividad que no rinde pronto los beneficios que la burocracia franquea rápidamente. Si ha existido siempre, y ahora con más fuerza, el dolor que nace de una tierra desco-

nocida, que nadie quiere estudiar en sus posibilidades, en su capacidad de riqueza, es porque este vicio de la inconstancia para el esfuerzo, ha permitido que otras razas más potentes y más sobrias, aprovechen de los frutos autóctonos.

Un día un embajador de los Estados Unidos en París, evocaba ante un auditorio de jóvenes, uno de los más vivaces recuerdos de su juventud. Enseñaba— cuenta— en una escuela de aldea. Cierta día un desconocido entró en la clase, y dirigiéndose a los alumnos, les dijo estas breves palabras: «Hagais lo que hagais más tarde, en la vida, hacedlo lo más enérgicamente posible». Y el desconocido se retiró en la misma forma como había llegado. Era la lección de la perseverancia, de la seguridad en el propio esfuerzo, de la dignidad profesional que franquea, por el estudio incesante, por el sacrificio, por la entrega generosa del espíritu, las posibilidades únicas de acrecentar el patrimonio de la cultura o el patrimonio del trabajo material, cumplido con la energía y la decisión que aconsejaba el desconocido.

Ha faltado igualmente la afirmación y el orgullo nacionalista, ante la tierra que es necesario estudiar para entender. Las injusticias que la juventud ha condenado en todos los tiempos, las prácticas viciadas de la política, el desdén hacia la creación personal, la falta de veracidad, la deslealtad, el pesimismo, ¿qué son si no los frutos de una postura negativa para juzgar el resultado de una educación estéril, retorizante, vacía de

contenido humano o del empeño minúsculo e irritado para herir las reputaciones sin examinarlas, empequeñeciendo lo propio a fin de exaltar valores ajenos, como si todo ello fuera el producto de un fatal complejo de inferioridad?

Contra esta red de factores negativos es preciso reaccionar. No se puede apoyar toda la actitud humana de una nacionalidad en el afán desmedido de obtener satisfacciones materiales. Mientras no se logre saber qué es lo que hay que hacer en esta tierra desconocida para tantos y menospreciada por el snobismo de los socializantes, no se podrá erigir un sistema político nuevo o una organización social distinta. Entretanto no hay sino una postura en la juventud: la negación.

Las generaciones nuevas han condenado el pasado a fardo cerrado. ¿Es el pasado, aunque modesto, tan despreciable? ¿No existieron mentalidades superiores, esfuerzos heroicos, sacrificios individuales tenaces? No está la tierra abonada con la sangre y las lágrimas de los que en ella batallaron por abrir sendas de luz en el obscurantismo que intentaba eternizarse, por ampliar la vida intelectual, por hacer hombres antes que esclavos de la ignorancia? Si se ha condenado la concepción histórica que sólo se preocupó de acumular documentos muertos, por lo menos sirvan ellos para que esta generación los aproveche, infundiéndoles la vitalidad de la sangre moza. Si se ha condenado a las generaciones políticas que sólo se preocuparon de sus propios intereses particulares, sirva ese error, que tan caro ha costado,

para enderezar el rumbo, desviándolo hacia una exaltación serena del espíritu, sin lirismos desorbitados, sin caer en la declamación teorizante que lleva siempre a la confusión y la servidumbre ideológica. Si se ha censurado el afán estetizante en que han incurrido también los nuevos de la literatura, debe ello servir para dar vida a una literatura que eleve la creación al rango de una fuerza humana, en la cual pueda el hombre nuevo encontrar el fondo de sus aspiraciones, de sus inquietudes y el hondo bregar de voluntades que forcejean para abrirse paso o para demostrar que han sido consecuentes con su propia naturaleza de hombres. Una literatura, en fin, en la que el héroe tenga el sitio que le asigna la lucha social en la competencia humana y que algunos escritores, sólo algunos, de la generación de 1900 insinuaron, adelantándose a las formas de hoy. Pesimismo, negación y enfermizo anhelo de analizarse para empequeñecer los personajes, deben a nuestro juicio ser desterrados de la literatura de estos países, agobiados por tantas influencias desmoralizadoras.

La tierra en que se vive es algo más que un lugar de disputas estériles, de bizantinismos corruptores o un amplio estadio para combatir por canonjías burocráticas. Mucho menos un lugar para ponerse a contemplar la corriente del tiempo que se lleva inexorablemente las energías de los que la contemplan. Es ante todo un lugar de sacrificio, de vencimiento de los obstáculos, de capacidad para combatir el mal allí donde se encuentre. La culpa de las generaciones jóvenes es haber dejado

fluir como un espectáculo ese caudal en el que se iban arrojando como por turno, hombres, ideas, sensaciones, virtudes y tradiciones. Puestos a mirar en la orilla, desmenuzaban por un placer enfermizo, tanto a los que habían sabido ser fieles a la verdad o al honor, como a los que, desgraciadamente, siendo mayoría, habían burlado la fe y la esperanza traficando con intereses superiores. Para la crítica criolla todo era igual. Y la generación actual carga también sobre sus hombros esa misma culpa. Con la agravante de que ha despertado más temprano que las otras a las duras realidades y su deber es sobreponerse a ellas, elevando por encima de toda otra consideración, el concepto de la justicia, que es en definitiva el concepto de la grandeza moral.

Carlos Préndez Saldías

Romances de Río Blanco

EMILIO CORTES

*Perfil de águila en acecho.
Hombre que vale por tres,
hasta tres hembras tenía
su aparejo montañés.
Hay por todo Río Blanco
hijos de Emilio Cortés.*

*Leños son los brazos cortos,
y cada mano una red
que va recogiendo sustos
de los mozos que lo ven.
Cara que tuvo su puño
no pinta barba después.*

*¡Ay, los siete forasteros
hechos difuntos por él!
¡Ay, las tripas que juntaba
para trenzar un cordel!
Tiemblan los viejos de ogaño
al evocar su niñez,
y cuentan cómo venía
el huracán de Cortés.*

*Sus setenta años de historia
no le pesan una nuez.*

*En la taberna del puente,
con voz de vino y de hiel,
a labriegos temerosos
ya lo dijo alguna vez:
cuando se extingan los pumas,
y se acabe lo que es,
y no haya en las serranías
bestia dañina que ver,
estarán vivos los hijos
de los hijos de Cortés.*

*Perfil de águila en acecho.
Hombre de toda mujer,
en tierras de Río Blanco,
así es Emilio Cortés.*

BENJAMIN POLANCO

*De cuatro niñas que tiene
no hay doncella entre las cuatro,
que maldice amor tardío
este Benjamín Polanco,
y en los matorrales tuvo
yernos de fácil hallazgo.*

*Del maíz de cordillera
no alcanzaban el tamaño,
y ya las cuatro dijeron
el grito que suena largo.
Cuando las supo mujeres,
¡regocijo de Polanco!*

*Las cuatro niñas livianas,
haciendo nudos de brazos,
dan a las noches del padre
su aguardiente y su tabaco.*

*Romance que todos dicen
en tierras de Río Blanco.*

CIRILO

*Flacuras de álamo nuevo,
rostro de viento y cuchillo,
en tierras de Río Blanco
es una estampa Cirilo.*

*La voz y el eco se juntan
en su hablar descolorido,
y da nombres a las cosas
en ninguna parte oídos:
la neblina, polvareda;
clavo de aire, el remolino;
y dice: despertó Dios,
por el campo amanecido.
El viento es el andariego.
Llama rosa del espino
a la moza enamorada
que perdió cuerpo y sentido.*

*Hace la siembra y la leña;
quita salmones al río,
y con trabajos de invierno
planta cada otoño un niño.*

*Flacura de álamo nuevo
hechas con viento y cuchillo,
tu cara de estampa vieja
aquí la dejo, Cirilo.*

De la libertad ⁽¹⁾



L tema de la libertad es más apasionante aun que el del espíritu. El concepto de libertad no tiene la vastedad y misterio del de espíritu, pero es más humano; entra con mayor hondura en los anhelos y necesidades de los hombres y suele presentarse como el remedio ideal para todo lo que nos falta y para lo que sentimos de inexpressado en nuestra personalidad.

Sabemos que se llama determinismo a la concepción de un orden que establece encadenamientos de causalidad entre los antecedentes y las consecuencias de los hechos y de las cosas. No faltan quienes nieguen el imperio de un determinismo completo, aun en el mundo físico. Entre ellos se cuentan los que afirman la indeterminación de los movimientos de los átomos. Son muchos los que lo niegan en el mundo psíquico, o sea, que oponen a aquella doctrina la del libre albedrío de la voluntad y de la conciencia. Pero nos parece que a la

(1) Capítulo de un libro sobre la filosofía bergsoniana que está imprimiendo la Universidad de Chile.

libertad no es dado entenderla como algo incondicionado, que no obedece ni a razones ni a motivos de ninguna especie. Del examen que vamos a hacer del problema, creemos poder inferir que no se justifican posiciones absolutas en la materia y que es posible encontrar alguna conciliación, algún eje de unión entre esos polos extremos que se llaman libertad y determinismo.

* * *

Bergson, el filósofo del impulso vital, de la duración y del espíritu entendidos como cambios continuos y como fuerzas productoras de algo siempre nuevo e imprevisible, sostendrá la tesis de una libertad indeterminada (1). Pero la considerará únicamente como fenómeno de conciencia y no en cuanto a hecho de la vida social, jurídica, política y religiosa.

Nuestro filósofo cree que los más elementales acaeceres del alma significan ya un anuncio de libertad. Así en la sensación debemos ver, según él, un comienzo de decisión libre o, al no aceptar una interpretación de esta clase, estaríamos obligados a convenir en que la sensación no tiene razón de ser. La sensación es como una interrupción del simple reflejo, suspende nuestra atención y, haciéndonos experimentar dolor o placer, nos invita a evitar una cosa o a buscar otra.

Al respecto, digamos desde luego, para volver más

(1) *Essai sur les données immédiates de la conscience.*

tarde sobre lo mismo, que la conciencia misma se puede entender como una suspensión momentánea del determinismo psíquico.

Cuanto afirma Bergson de la sensación es seguramente muy cierto, pero no se halla reñido con el determinismo. Al contrario, es la obra de un sabio determinismo. Para que el placer y el dolor puedan servir de guías no engañosos a la vida, es menester que sean indicios suscitados en un mundo consecuente, de manera que una sensación atractiva indique algo favorable a nuestro ser y la repulsión que otra provoca sea señal de algo que lo amenaza, lo que es dejar establecida la constancia de procesos deterministas. Sin perjuicio de que en naturalezas degeneradas por el vicio la satisfacción de la sensación de placer que se desea signifique sólo un mayor aniquilamiento del organismo fatalmente dominado por estímulos de disolución.

Bergson distingue en el alma un yo superficial y un yo profundo. Por este último los hombres y las manifestaciones de su vida espiritual se diferencian netamente los unos de los otros. Ese yo profundo no es más que fluencia continua. Aunque las sensaciones lleven el mismo nombre no hay dos sensaciones iguales y lo propio ocurre con los sentimientos. Todo sentimiento es algo vivo que se desarrolla, crece o disminuye y cambia sin cesar.

Estas circunstancias y los demás principios propios de su doctrina, hacen que Bergson mire al acto humano como imprevisible. Para que un observador

de fuera pudiera preverlo, sería menester que se identificara con el sujeto que obra, lo que es imposible. Para el propio sujeto sería imprevisible porque vive en perpetuo cambio y nunca puede conocer todos los antecedentes del acto que va a ejecutar. El último antecedente casi se confunde con el acto mismo.

Por nuestra parte diremos que en verdad un hecho humano no se puede prever con la precisión que acompaña al anuncio de un eclipse, formulado por los astrónomos. La contingencia propia de los sucesos humanos no permite reconocer en su esfera un determinismo absoluto. Esa contingencia y la ignorancia de los fenómenos subconscientes, figuran entre los motivos que alimentan el sentimiento de la libertad en el hombre. Pero es dado llevar a cabo previsiones aproximadas en los sucesos del alma.

Acentuando su tesis afirma Bergson que los hechos de conciencia se sustraen a la ley de casualidad. «Los hechos psíquicos profundos, dice, se presentan a la conciencia una vez y no reaparecen nunca». Sin embargo, la verdad es que si estos hechos no se repiten ni se reproducen con el cortejo íntegro de sus detalles, se reproducen por profundos que sean con sus contornos esenciales. No podremos escuchar la marcha fúnebre de Chopin en dos ocasiones absolutamente iguales; pero siempre nos producirá más o menos una impresión de laxitud y de tristeza. Tampoco escucharemos nuestra Canción Nacional en dos momentos enteramente idénticos; pero cada vez que la oigamos nos sacudirá con

una emoción de entusiasmo más o menos semejante. Y nunca ocurrirá que la bella marcha de Chopin nos haga sentir los efectos de la Canción Nacional, y viceversa.

Pero el lenguaje y la vida social recubren con una capa de formas comunes nuestro yo profundo, sofocan lo que tenemos de individual y personal y en el escenario del mundo no aparece más que el yo superficial.

Vastísimo asunto previo es el que plantea nuestro filósofo para llegar a su comprensión de la libertad.

Aceptemos su distinción de los dos yo como otra manera de expresar el hecho de tener individualidad o no tenerla. Digamos también que son excepcionales los hombres en los cuales se pueda reconocer la vibración de un yo profundo. La mayor parte no son más que adocenados productos de las circunstancias sociales, buenas o malas, sin individualidad alguna.

Reconociendo como algo de lo mejor de nosotros el surtidor de espontaneidad (ideas nuevas, inspiraciones, iniciativas de la voluntad) que solemos encontrar en la raíz de nuestras almas, aceptemos como una fecunda y sabia orientación la de buscar nuestro yo profundo. En este sentido la tesis de Bergson aporta un estímulo para el desarrollo de la personalidad, para la libertad de pensamiento y para la independencia que reclaman el hombre de ciencia, el artista y los que quieren hacer su vida no temiéndole a los riesgos. Desde estas perspectivas podríamos decir que se aspira a la libertad en

cuanto posibilidad plena de alcanzar la completa expresión de la personalidad.

Pero al revés de lo que piensa Bergson no vemos cómo se puede lograr esta meta fuera de la sociedad y sin la ayuda del lenguaje. La atmósfera social y el instrumento del lenguaje, que suelen adocenar a muchos individuos, son indispensables para el desenvolvimiento de todos.

Siguiendo por la misma cuerda, dice nuestro filósofo, que el acto libre consiste en que emane del propio yo únicamente. Seríamos libres cuando nuestros actos vieran cargados con la efusión de nuestra personalidad entera.

Parece que se podría definir entonces la libertad como la facultad de determinarse por sí mismo, definición que, sin querer hacer el menor juego con la palabra «determinarse» no estaría reñida con la existencia de motivos y razones determinantes.

Pero hay que formularle un reparo más grave todavía a la libertad entendida como mera expresión de la personalidad y consiste en el de excluir la austera comprensión de la libertad en cuanto dominio de sí mismo. Durante el imperio de una pasión avasalladora, acto expresivo de la personalidad sería el inspirado en los reclamos de la pasión. Así el individuo que en este estado se determina por sí mismo y ejecuta actos que emanan de su propio yo, únicamente puede en verdad sentirse libre de coerción exterior, pero no de la tiranía de sus pasiones y de sus vicios.

* * *

Termina Bergson su disertación diciendo que la libertad es un sentimiento, un hecho, uno de los hechos más claros que se ofrecen a nuestra experiencia, . . . lo que no impide que los actos libres sean muy raros. «Si somos libres, agrega, siempre que queremos recogernos en nosotros mismos, la verdad es que muy pocas veces lo queremos».

La libertad es un estado que se siente, pero que no se puede definir, según Bergson. Desde que se trata de definirla se cae en el determinismo. Tal vez por esta razón nuestro filósofo no se detiene a considerar los aspectos históricos, sociológicos y socialmente prácticos del problema de la libertad, que son los que sobre todo interesan a los hombres.

Vamos a hacer una ligera excursión por estos campos antes de dar la última mano a nuestro análisis de la teoría bergsoniana y en ella tal vez encontraremos que la libertad no es incompatible con cierto determinismo.

* * *

En sentido empírico se dice que un hombre consagrado a una profesión liberal es libre y que un empleado no lo es. Así, frecuente caso es considerar la falta de libertad sólo desde el punto de vista de la sujeción a otro hombre y no tomar en cuenta que es quimérico vivir en sociedad y no someterse, cualquiera que sea

la situación o posición que se tenga, a cierta disciplina dentro de la solidaridad social. De acuerdo con esa manera incompleta de entender la libertad se habla de las cadenas del matrimonio y de la independencia de los hombres solteros. A veces la aspiración a la libertad se enfoca en un solo punto y el cuitado cree que lo único que le falta para ser libre es sacudir el yugo de una mujer que lo abrumba, substraerse a las garras de un mal patrón, salir de la cárcel.

El conferir al Estado mayor o menor suma de atribuciones, la fijación de los derechos y de las relaciones de los individuos, las luchas entre socialistas e individualistas giran alrededor de la libertad empírica; es decir, se trata en estos problemas de fijar lo que los individuos o grupos de individuos tengan el derecho de hacer o no hacer. En este mismo sentido se habla de los pueblos que combaten por su independencia o que son celosos de ella, de los héroes de las libertades cívicas y, en una palabra, de todos los casos en que hay lucha por el derecho.

La libertad de que hablamos comprende en primer lugar el dominio sobre nuestro cuerpo y nuestro espíritu. Moverse, viajar y poner el sello de las fuerzas personales en un objeto exterior; sentir la conciencia sin imposiciones extrañas a la propia personalidad y pensar según inspiraciones íntimas, son atributos de la libertad empírica. Simel ⁽¹⁾ agrega a estos atributos la

(1) Einleitung in die Moral Wissenschaft, II, Die Freiheit.

propiedad y la soberanía sobre otros hombres. Es claro que si mi libertad consiste en hacer lo que quiero respecto de los objetos exteriores, puedo hacer más mientras mayor número de objetos o bienes posea. «Así es la posesión de objetos exteriores un simple aumento o extensión de la propia libertad personal». Pero agrega nuestro autor, «la libertad aumenta con la propiedad sólo hasta ciertos límites; después más bien disminuye». Hay cierta cantidad de bienes más allá de los cuales la voluntad, por decirlo así; no deja sentir su acción sobre ellos, que es en lo que consiste la libertad.

«El deseo y la codicia pueden, naturalmente, seguir adelante, pero estos evidencian su falta de finalidad en el descontento que sigue al logro de su ambición. En tanto que una exorbitante cantidad de riquezas se acumulan en una mano, otros carecen de lo necesario para su libertad. El principio del *máximum* de libertad exige que el *máximum* de la propiedad se coloque donde el hombre pueda poner a los objetos exteriores el sello de su voluntad». Para mayor claridad, yo agregaría que el propietario hiciera sentir sobre los objetos de su propiedad la acción de su trabajo.

En consonancia con las ideas insinuadas se habla fundadamente de la base económica que necesita la libertad de los individuos, la de los grupos sociales y la de los pueblos.

En los ejemplos que hemos venido poniendo de libertad empírica nos hemos colocado cerca del que obra y aunque se deja ver que al hacer uso de ella no se

subtrae el sujeto a las influencias de un cierto determinismo, la verdad es que siempre cabe reconocer el ejercicio de alguna libertad.

Otro cuadro se nos presenta si cambiamos de punto de observación. Mirada la humanidad entera en las perspectivas que nos ofrecen la etnografía, la historia, la sociología y la estadística, la libertad individual desaparece y se esfuma en las grandes corrientes de un determinismo histórico-social al parecer ineluctable.

El destino de los pueblos antiguos: egipcios, caldeos, indios, fenicios, griegos, romanos, se nos presenta como escrito con claridad en la posición geográfica de sus países, en las líneas de sus valles, de sus montañas y de sus costas y con las aguas de sus ríos y de sus litorales. La fuerza misteriosa de la raza y la más aparente de las instituciones, que obran sujetas a las condiciones anteriores, parecen dominar todos los resortes del tablado en que se agitan las almas individuales. Es difícil imaginarse que un indio de antes de la época de Buda no fuera bramanista, que un romano de los siete primeros siglos no fuera pagano, ni que un árabe del califato de Bagdad no fuera musulmán. En las épocas de plenitud de la vida del Estado o de la sociedad el ambiente espiritual que se respira es incontrastable para el individuo. Y lo más probable es que cada uno de esos creyentes haya tenido por cierto que ha aceptado libremente sus creencias como ser pensante y razonable.

Pero que el individuo resulte una cantidad *i n c o n s i d e r a b l e*, casi un autómatas dentro de las grandes

corrientes históricas no quiere decir que en realidad sea así en todos los círculos de su actividad. Formular tal afirmación sin distingos equivaldría a estimar el valor de la humanidad por lo que ella representa cuando se estudia la Tierra desde un punto de vista exclusivamente astronómico. En este caso la humanidad aparece también como una cantidad inconsiderable.

La Tierra efectúa sus movimientos y cruza los espacios sin que le importe un ardite la vida de nuestra especie, sus planes y pretensiones, sus alegrías y dolores. Y no obstante, la humanidad se ha enseñoreado del planeta. Decir de los desiertos y pantanos que ha convertido en vergeles y campos salubres y laborables, de cómo ha puesto en cintura por medio de canales y de diques a los mares y a los ríos, de cómo ha afianzado la vida humana extirpando en regiones enteras todo bicho contrario a ella, de cómo ha sabido aferrarse a los lomos del planeta y resistir sus corcovos haciendo sus casas, por gigantescas que sean, a prueba de terremotos, sería entrar a detallar parte de la historia de la cultura. Todo ello afirma, sí, que el hombre no es un simple producto del medio ambiente, sino que se ha mostrado capaz de transformar su medio. En esta obra específicamente humana, que desmiente el imperio de designios fatalistas en el desarrollo social, el hombre ha tenido que llevar sin embargo como guía y consejero indispensable, el determinismo científico.

Proporcionalmente, el individuo, aunque arrastrado en forma inevitable por las grandes corrientes sociales

de su tiempo, goza dentro de un círculo inmediato a su persona de la posibilidad de obrar de diversas maneras. Dentro de un mismo instituto de educación hay profesores que por su competencia y rectitud, por su valor moral y su espíritu comprensivo se elevan a la categoría de modelos para sus alumnos y son respetados y amados por ellos, mientras que otros no pasan de ser ganapanes incapaces que los provocan a risa. De varios padres de familia de una misma sociedad y condición, unos tienen comprensión clara de sus deberes y carácter e ideas sólidas para dirigir la educación de sus hijos, mientras que otros, o son unos corrompidos, víctimas de sus vicios, o unos calzonazos, juguetes de sus mujeres. En toda sociedad es dado encontrar al lado de la inconsciencia moral, el sentido moral; junto al negligente, al activo y escrupuloso; frente al farsante audaz, el valor honrado y sólido. De manera que los historiadores y moralistas aficionados a los grandes cuadros globales, representativos de épocas y países, y a tronar contra la corrupción general, son siempre injustos respecto de muchos méritos y virtudes que pasan para ellos inadvertidos, como para el visitante apresurado pequeñas piedras preciosas en un gran museo.

En la escala de la personalidad el peldaño más alto lo ocupa el héroe que puede ser pensador, hombre de acción, artista, fundador de religiones, reformador moral, santo. En muchos de ellos se ofrece de común una de las formas más ricas de la vida espiritual, la aparición de ideas nuevas que abarcan desde mejores

aplicaciones técnicas hasta verdades que traen progresos para las ciencias y la filosofía, y normas innovadoras encaminadas a hacer más justas y perfectas las relaciones entre los hombres. En estos casos el ejercicio de la libertad viene a confundirse con el ejercicio de la originalidad creadora.

En líneas anteriores hemos dicho que no concebimos el desarrollo del yo profundo fuera de la vida social y del aprovechamiento del lenguaje. Esta no es más que una incidencia del determinismo social al que no puede substraerse la formación de la personalidad. El genio, por original y poderoso que sea, es una fuerza que obra en inevitable relación con la cultura de su época y cuyo desarrollo se halla condicionado por la educación que recibe.

En ambas se afirma, como en trampolines, para dar su salto de superación. Calcúlese lo que habría sido de Goethe o de cualquier otro espíritu superior, si por una mala jugada de la suerte hubiera caído en su infancia en medio de una tribu de caníbales y ahí hubiera permanecido. No habría sido más que un caníbal.

* * *

En este problema de la libertad ocurren coincidencias e incongruencias muy curiosas. Los que atacan al determinismo se sirven de él para hacerlo. El que escribe perora o da lecciones en contra del determinismo, confía para el éxito de su propaganda en el estableci-

miento de una relación convincente entre su palabra y sus oyentes o lectores, relación causal que es una confirmación del determinismo.

A primera vista los partidarios del libre albedrío se presentan como defensores de una mayor expansión espiritual y los deterministas como sostenedores de una limitación. Sin embargo, aquéllos que son por lo general afectos a la tradición y éstos figuran entre los progresistas e innovadores. Parejamente—colmo de las incongruencias—los sostenedores del libre albedrío combaten casi siempre la libertad de pensar, mientras los deterministas la defienden.

* * *

Forma obvia de la libertad es disponer de posibilidades de obrar en diferentes sentidos. Mal se le puede hablar de libertad a quien se le deja un solo camino para salir de un paso bueno o malo. A lo más se le podrá hablar de resignación. También pone muy poco a prueba su espíritu y su voluntad el que no hace otra cosa que seguir una rutina de todos los días. Hay que reconocer, sí, que un hombre de esta laya puede reclamar la libertad de continuar en su rutina. De todas maneras es recomendable para los jóvenes que no tomen las ocupaciones rutinarias, como son los empleos oficinales, que atraen por de pronto con sus remuneraciones aseguradas y fáciles, y luego empobrecen la vida y el alma porque junto con apartar los riesgos de aquélla

han quitado posibilidades de acción y de éxito a ésta. Lo que a la larga trae monotonía en el vivir, apocamiento del carácter, y, no pocas veces, envidias y amarguras.

No olvidemos, sin embargo, que la aplicación de un espíritu activo a unos mismos trabajos no rutina y se designa con los bellos nombres de constancia y perseverancia, condiciones indispensables para lograr fructo de valor en todo orden de estudios y actividades.

Las posibilidades de una vida son más numerosas cuando ella comienza. El destino de un niño se halla menos determinado que el de un joven, y el de éste, menos que el de un hombre maduro. Un niño parece un libro en blanco lleno de promesas. Un hombre de edad proveya puede haber correspondido a las esperanzas que se cifraron en él, pero ya ha agotado casi la totalidad de sus posibilidades. Estas con el correr de la vida se van estrechando, disminuyendo. El surco de los hábitos tórnase cada vez más hondo y los pasos de la existencia se van dando por canales más o menos rutinarios. El recorrido de la vida se hace así como sobre un abanico. Al empezar, en el vértice, se ofrecen todos los caminos que señalan las varillas. En los primeros años y hasta la época de la juventud, las varillas se mantienen muy juntas y no cuesta saltar de una a otra. Por último, la profesión u ocupación definida y definitiva significa la marcha por una sola varilla. Expresado en otros términos, cabe decir que el determinismo de una vida se va acentuando a medida que ella avanza,

o que la previsión de un acto se halla en razón inversa del tiempo que falta para ejecutarlo.

* * *

Se ha defendido el libre albedrío como necesario para fundar la responsabilidad de cada individuo, lo que a su vez sería un elemento muy esencial del orden moral y social. Es claro que no cabe responsabilidad si se obra bajo una presión externa irresistible, que convierte al sujeto en mero instrumento de una fuerza mayor. No es cómplice el que bajo amenaza de muerte entrega las llaves con que se practica un robo.

Pero la libertad de que ha de gozar un individuo para ser responsable no es indeterminada. Al contrario, si lo fuera sería irresponsable, como en el caso del loco, ejemplo típico de libertad indeterminada, por lo menos racionalmente indeterminada.

La responsabilidad de que hablamos es la que podríamos llamar moral y jurídica; pero hay otra más honda, que tiene algo de instintiva y descansa en una necesidad social. La sociedad no se detiene a considerar la mayor o menor libertad del que obra para defenderse de los actos antisociales y malos que puedan dañarla. Una sociedad toma o debe tomar medidas contra los alcohólicos, los locos y los criminales, no porque sean propiamente responsables, sino porque son nocivos o peligrosos.

Dentro de cierta similitud con los ejemplos anterior-

res, la vida está llena de casos trágicos de responsabilidades reales y no morales. Unos y otros nada tienen que ver con la libertad. En verdad cada uno carga con la responsabilidad de ser como es, con la responsabilidad de su naturaleza y de la educación que la ha recibido, cosas que no han dependido de él. Cada uno lleva su destino a cuestras. ¿Qué culpa tienen el mentalmente atrasado, el deforme, el degenerado de haber venido al mundo con sus defectos? Y cuánto sufren por ello.

Es claro que dentro del mismo destino adverso cabe que se halle contenida la facultad de reaccionar contra tendencias desfavorables.

La responsabilidad es, pues, relativa a la vida social y se desprende de la convivencia de los hombres y de la reciprocidad que debe reinar entre ellos.

Con lo dicho no se pretende restarle importancia al sentimiento de responsabilidad y a su cultivación.

Muy lejos de esto.

Dentro de la conciencia de la reciprocidad y solidaridad humanas, reclamada por la condición esencialmente social del hombre, va la idea, como elemento también del sentimiento de responsabilidad, de las consecuencias que han de derivarse de los hechos de que uno mismo es causa. Estos hechos pueden referirse muchas veces, principalmente, a nosotros mismos y ser factores de la mayor integración o desintegración de nuestra propia personalidad. No cabe exagerar la importancia que tienen nuestros actos para nuestro enrique-

cimiento o empobrecimiento espiritual. Según como procedamos, bien o mal, nos hacemos o nos deshacemos interiormente a cada momento. Así como libertad significa posibilidades de acción, el sentimiento de responsabilidad implica mayor capacidad de previsión, sinceridad íntima y acuerdo con lo que vamos hallando de mejor en nosotros mismos. Gran tarea de la educación es el cultivo del sentimiento de responsabilidad en los jóvenes. A este fin concurren lecciones adecuadas y sobre todo de una manera más activa, los ejemplos vivos que se les presenten, las observaciones directas que ellos hagan y las experiencias y sanciones que deban recoger de sus propios actos.

* * *

Después de esta rápida digresión por la vastedad del tema volvamos, para terminar, a nuestro filósofo.

Ya sabemos que para él la libertad se siente y no se puede definir y que los actos de conciencia son indeterminados e imprevisibles. Recordemos que al tratar del espíritu, Bergson ha llamado al cerebro órgano de atención a la vida, agregando que tanto éste como el cuerpo no son más que instrumentos de acción que impiden al espíritu diluirse en forma inconveniente para nuestra existencia. ¿Cómo conciliar esta finalidad del cerebro con una indeterminación del acto que se mantuviera hasta el fin? Me parece que semejante indeterminación equivaldría a la insensatez, a la locura. Es

verdad que, en contradicción con la señalada finalidad del cerebro, Bergson a dicho en otra ocasión ⁽¹⁾ que todo indica que la naturaleza o el impulso vital, al llegar a la realización del sistema cerebro-espinal humano, hubiera querido construir aparatos de indeterminación. ¿No sería más acertado llamar al cerebro, dejando aparte sus funciones intelectuales especulativas, órgano de busca de posibilidades?

Dentro de esta manera de entenderlo, el cerebro empezaría por ser instrumento de indeterminación, pasaría en seguida a ser buscador de posibilidades para concluir por decidirse en favor de lo que más conviniere a la vida. Sólo así sería órgano de atención a nuestros intereses vitales y de dirección de nuestras actividades.

La incógnita del último momento anterior al acto, esa *x* psíquica que se confunde con el acto mismo según Bergson, la entenderíamos como una fuerza que determina la resolución de la voluntad en el sentido que parece convenir más a la vida del individuo.

La conciencia viene a consistir, desde el punto de vista de la libertad, en una suspensión momentánea del encadenamiento determinista, suspensión que dura tanto como la lucha de los móviles que se disputan el triunfo. Una vez ejecutado el acto la cadena de los antecedentes aparece sin interrupción alguna y el acto, contemplado en el pasado, se presenta claramente sometido al pro-

(1) *L'Evolution creatrice.*

ceso de los motivos que lo determinaron. El sentimiento de nuestra libertad viene a ser la luz retrospectiva que ilumina el itinerario de nuestros actos conscientes.

Por lo demás la libertad no es siempre un valor moral. Únicamente lo es aquélla que reclamamos, no para hacer lo que se nos antoja, sino para hacer lo que debemos. Parejamente las más grandes personalidades en todo orden de cosas, desde las especulativas y artísticas hasta las de la acción, han sido aquéllas que rechazando la coerción exterior, aspirando a determinarse por sí mismas, se han mostrado a la vez como las más disciplinadas interiormente y han querido el régimen de libertad para realizar bien su misión creadora y cumplir con su deber.

Antonio Zamorano Baier

El globo azul

I



uando el tío Julián llegaba, un chorro de alegría penetraba por la puerta de calle de la casa.

Llegaba el tío Julián con una sonrisa muy ancha detrás de su barbaza negra y poblada. Era lástima que tuviese que llevar esos lentes negros para ocultar un defecto visual. Con todo se adivinaba en sus ojos la satisfacción que le producía la algazara que nosotros, sus sobrinos, armábamos.

—¡El tío Julián, el tío Julián!—nos anunciaba nuestra hermana desde el otro extremo del patio. Y nos precipitábamos todos, a cuál más ligero, hacia el pasadizo en donde el tío esperaba el diluvio con su sonrisa, su barbaza y su manta que, aunque corta y delgada, era el signo de su procedencia y profesión.

Alto, macizo, no tenía el tío Julián la rudeza en el aspecto y en los modales que es característica en el hacendado. Era distinguido en sus maneras, en el lengua-

je y en el vestir. Hacía la impresión de un caballero que ocasionalmente se ve obligado a trabajar en las rudas faenas del campo. Lo que a nosotros nos agradaba era su buen humor, su dulzura y su indulgencia que contrastaban con la seriedad y severidad de nuestro padre siempre ceñudo y hosco para con nosotros. Nunca oímos al tío Julián que alzara la voz. Ninguno de nosotros lo vió fruncir el ceño, sino sonreír, sonreír siempre imperceptiblemente.

Era porque el buen tío tenía un alma de niño. Aunque nunca vino a jugar con nosotros, todos intuíamos en él este oculto deseo por la sonrisa con que nos miraba y las insinuaciones cariñosas que nos hacía.

O tal vez el tío Julián soñaba con una parvada así vocinglera como la nuestra en la soledad de su pequeña finca lejana. Y como la tía no se la diera, venía hacia nosotros a abrirnos su ternura de padre desesperanzado.

Para los chiquillos de nuestra casa la condensación de su afecto consistía en una «chaucha», enorme para nuestras manos, que nos daba al despedirse. Por eso, cuando el grito anunciador del tío Julián resonaba en el patio, nos imaginábamos una moneda de veinte centavos enorme como el tío Julián, buena como el tío Julián, de cristalino son como la risa abierta y franca del tío Julián. Tío Julián y «chaucha» eran dos cosas que necesariamente debían seguirse como el día a la noche. ¿Cómo no habíamos de correr y precipitarnos a su llegada si esa moneda de plata había de franquearnos muchos deseos reprimidos y alegrías insospechadas?

En la ventana de la librería vi un trencito verde al volver hoy de la escuela,—nos decía Rodolfo, el mayor de nuestros hermanos.

—Y, ¿cuánto vale?— inquiríamos casi a coro pensando ya en la próxima visita del tío Julián.

—Una chaucha nada más.

Por una sola chaucha podíamos ser poseedores de todo un tren verde.

—Y no sólo eso,—continuaba Rodolfo,—hay muchas otras cosas: hay coches y bolitas, y unos gallitos de todos colores que cantan soplándoles por la cola... Y cada una de estas cosas pueden comprarse con una chaucha. Gallitos dan dos.

Aquello era un cuento de hadas. La severidad paterna no nos permitía salir a la calle. A veces en su ausencia nos aventurábamos hasta el almacén de la esquina. Pero la librería nos parecía muy lejana, inaccesible a nuestros pasos, a nuestros miradas, a nuestros deseos.

No sólo galletas y dulces se podían comprar en el almacén de la esquina con esos veinte centavos sino un mundo de tesoros desconocidos. Y nosotros no lo sabíamos. Pero, ¿cómo habíamos de saberlo si no íbamos al Liceo como Rodolfo?

¿Unos gallitos que cantan soplándolos por la cola? Podíamos encargarle la compra a Rodolfo. Pero el tío no venía. Con tantas ilusiones ¿cómo no habíamos de esperarlo con ansiedad?

II

—¡Al agua, pato!

—Coñico, sal de ahí, sucio!

Siesta. Calor.

—¡Al agua, pato!

Después el llanto de Coñico que había sido castigado por nuestra hermana mayor por haber introducido los pies en el agua sucia de la cocina que se escurría por una acequia de cemento hasta la alcantarilla.

Tras la tempestad el sol, tras las lágrimas la risa.

—Chiquillos, el tío Julián!

Carreras precipitadas. El tren verde, las bolitas, los gallitos nos bailaban con igual precipitación dentro de la cabeza.

Ahí estaba el tío Julián, alto y macizo, sonríe que te sonríe. ¿Habíamos de esperar que se marchase dentro de un día o dos para que saltase la chaucha?

Coñico esperó un claro en las concebidas conversaciones y palabras iniciales de nuestra madre a cerca de la salud de la tía, la marcha de la cosecha, etc., y extendiendo la mano con infantil coquetería le dijo:

—Que ponga la gallina...

El tío levantó su gran barba al cielo celebrando la ocurrencia con una risotada, al mismo tiempo que se llevaba la mano al bolsillo del chaleco en donde acostumbraba guardar su dinero sencillo. Fueron inútiles las protestas de su hermana, que era a la vez nuestra ma-

dre. Primero sacó aquel gran reloj de plata que le servía, tanto para ver la hora como arma de defensa, y luego las grandes monedas blancas brillaron en su mano ruda y endurecida por el trabajo campesino.

En el patio, a la sombra de los árboles, nos disputábamos el cariño del tío por la hermosura de la chaucha en las manos de cada uno de nosotros, mientras Rodolfo regresaba del colegio por la tarde.

Aunque a cada uno nos hubiera gustado comprar de todas las maravillas de que se nos había hablado, hubimos de convencernos de que aquello no era posible sino con la ayuda de varias chauchas.

Nuestra imaginación se excitaba:

—Oye, cuando muera mi papá, voy a sacarle todas las chauchas del chaleco.

—Y yo el reloj de oro.

—Y yo la cadena.

Tan severo era el padre que no concebíamos acercarnos a él sino muerto.

III

Poco nos duró la alegría de los descubrimientos que Rodolfo había hecho.

Pero cuando el padre murió nunca supimos ni de las chauchas, ni del reloj y la cadena de oro.

Sólo que la casa fué despoblándose de ruidos, de llantos y de risas infantiles. Debido a la imprevisión

del padre cada uno de nosotros hubo de ser distribuído entre los parientes, pues la pequeña industria doméstica sostenida por nuestra madre y nuestra hermana, no bastaba para alimentar tantas como éramos . . .

Yo fui el único que quedé en casa para ayudar a la venta de los frutos de los pocos árboles del patio y de las labores femeninas que ellas elaboraban.

Ignoro la causa de esta determinación de mi madre. No sé por qué había de elegirme precisamente a mí, que soy cojo, para estos quehaceres que cualquiera de mis robustos y sanos hermanos podía desempeñar muchísimo mejor que yo. Trato de explicarme ahora, por razonamientos de carácter biológico, la predilección de las madres para con los hijos enfermizos o defectuosos. En casa ponía especial empeño en que mi cojera, tan ostensible, (tengo el pie derecho doblado hacia adentro) pasara desapercibida ante los ojos de mis demás hermanos. Al efecto, les había prohibido terminantemente llamarme «cojo» hiciese lo que hiciese. Esto me ha convertido en un voluntarioso y osado.

Por otra parte, me dolía en lo más íntimo cuando uno de ellos, exasperado por mis caprichos, me espetaba aquel insulto, para mí, el más oprobioso: «cojo». El corazón comenzaba a desmoronárseme a influjos de las lágrimas que indicaban mi aniquilamiento. Y no iba a acusarlo ante el tribunal de mi madre sólo para que, después de recibir su castigo el impostor, no me cantasen todos ellos en ronda:

Acusete,
carecuete,
cinco panes
y un bonete.

Todo esto me iba formando un fondo de timidez y de fina sensibilidad que unido a mi osadía me hacía aparecer contradictorio.

Despedidos todos los sirvientes fuí el mandadero obligado para las provisiones diarias en los almacenes cercanos a casa.

El almacén de los italianos Seppi fué mi preferido, porque cada vez me daban de llapa un higo seco que hacía las delicias de mi paladar.

Donde los Seppi descubrí preciosos tesoros que si no estaban al alcance de mi bolsillo lo estaban al de mi mano, y, en cada ocasión que el viejo italiano daba vuelta las espaldas para despacharme azúcar o arroz yo sacaba con todo sigilo y rapidez una bolita del frasco salero que ostentaba sus riquezas sobre el mostrador.

Una bolita no significaba, a pesar de que ya había acumulado más de diez y podía jugar con ellas sin que mi madre ni mi hermana se diesen cuenta.

Pero una vez mi atrevimiento llegó al extremo de robar un gallito de la ventana. Era un gallito encarnado de esos que cantaban soplándole por la cola. No podía hacerlo cantar, sin embargo, sin que ellas lo supiesen. El obstáculo me pareció fácil vencerlo contando lo sucedido a mi hermana.

—Eso está muy mal hecho—, fué lo primero que me dijo y se encaminó hacia mi madre.

—Así se empieza: por poco. Esto no puede ser,— comentó la señora.

Y me llamó diciéndome que debía ir a devolverlo.

Conferenciaron ambas y mi hermana fué al almacén antes que yo.

A su regreso me obligaron terminantemente, sin importarles las lágrimas de mi vergüenza, a restituir el gallito en manos de los almaceneros mientras ella me vigilaba a cierta distancia.

Seppi joven me recibió con aire de muda dignidad.

La mentira se me atravesó como un zarpazo en la cabeza:

—Le traigo este gallito que encontré ahí,— le dije lagrimeando y señalándole un lugar impreciso cercano a la puerta.

—Muy bien.

Tomó el juguete y felizmente no habló más.

IV

Y el tío Julián no venía. Ni siquiera había asistido a los funerales de mi padre, pues pocos días antes de la muerte del último— habiendo el tío vendido su fundo— se fué en busca de mejor suerte a una «chacra» cercana a la capital.

¡Oh, si el tío Julián hubiese venido, yo no hubiera

tenido que sufrir estos tormentos! Todas las chucherías del almacén de los Seppi pudieron haberme hecho feliz.

Para los estrechos centavos de mi madre todos los juguetes estaban ahora para mí, colocados en un punto inaccesible en el espacio y en el tiempo, adquirirían sabor de lejanía. Lejanía que incitaba a soñar.

Y yo soñaba hasta la alucinación. Una mañana vi a Rodolfo volver de la escuela con su gorra, su ropa y su bolsón de colegial. Fué un instante solamente y desapareció en seguida.

—Es que quieres mucho a tu hermano,—comentó mi madre fingiendo no darle importancia al asunto.

Mi niñez trascurría en una soledad triste sin mis hermanos y sin las chauchas del tío Julián que eran como las llaves del cielo.

No: el tío no venía; ni vendría tan pronto, pues la distancia a que se encontraba no le permitía visitarnos.

Mi continuo ir y venir por las calles me hizo tropezar con una maravilla desconocida para mí hasta entonces. Fueron los globitos de todos colores que otros niños llevaban atados a un hilo o al extremo de una varilla.

Nunca eché más de menos al tío Julián que después de haber visto aquellos globos.

Me obsesionaban, pero jamás me hubiera atrevido a confesar esta debilidad mía después del robo del gallito y de las bolitas, por lo demás, intuía que me serían negados con las palabras más amables.

En los atardeceres humosos devaneaba. Si me encontrase una moneda en la calle me compraría un globo

rojo, lo ataría a un hilo y lo dejaría elevarse, elevarse hasta que se convirtiese en un punto apenas perceptible. Soltaría la hebra y haría como que se me escapaba para dar esa alegría a otros muchachos que lo divisarían con envidia por encima de los muros de mi casa. Pero, ¿no sería también robo apoderarse de una moneda en la calle? Debía entregársela a mi madre o preguntarle qué debía hacer con ella? No, de seguro se la guardaría para sus gastos de fideo o de azúcar. Pensé al fin que lo mejor sería conservarla para cuando hubiese en casa más holgura y poder así disponer a mi antojo de esa chaucha imaginaria para adquirir aquel globo rojo que ansiaba.

De tanto mirar al suelo por esa chaucha que nunca encontré mi espina dorsal ha llegado a desviarse. No parece sino que hubiese quedado en actitud de búsqueda de una belleza perdida en la faz de la tierra.

¿Quién lo hubiera pensado? Ese caballero de ropa negra, de barba abundante y, de lentes ahumados ¿es el tío Julián? ¿No sería un sueño como aquella vez que vi a Rodolfo en su traje de colegial? Es él—me digo— porque habla.

Era efectivamente el tío Julián. Viene sin manta y ha entrado sin golpear. La alegría me abre los ojos y el corazón de par en par. El globo rojo, el globo rojo.

El día estaba como de propósito para este recibimiento sin griterío ni carreras. El cielo sureño, siempre hostil, estaba cubierto de una gasa plúmbea. Jirones

de bruma mañanera deambulaban aún camino del firmamento.

Escucho lo que dice. Nos trae noticias de Rodolfo, a quien él ha tomado a su cargo y que asiste a un Liceo de Santiago.

Aprovecho una salida del tío hacia el patio para acercarme formulándole mi pedido escuetamente, porque ni siquiera tuve la graciosa ocurrencia de Coñico. Sonriendo muy apenas introdujo su manaza peluda en el bolsillo del chaleco para sacarme la chaucha.

Mi intención era adquirir cuanto antes el globo. Pero yo no sabía en dónde podrían obtenerse y, de nuevo, me asaltaron pensamientos pesimistas respecto de la actitud de mi madre. Mi culpa relacionada con el gallito no me hacían acreedor, a mi entender, a esta expansión.

En resguardo de posibles reprimendas me hice la idea de obtener otra moneda cuando el tío se despidiese.

Así lo hice, en efecto, al día siguiente cuando al salir le di alcance en el pasadizo. Ya no sonrió el tío Julián. Pero me dió otra chaucha.

Y tan pronto como me fué posible me escapé a la calle sin pedir permiso. Recorrí los almacenes cercanos a casa, como no hallase en ellos el tesoro me aventuré más lejos por calles y tiendas que nunca había frecuentado antes.

Era como una cueva un poco obscura aquel estableci-

miento de trapos. En lo alto de la puerta principal alcancé a divisar una Santa Filomena que chorreaba por los flancos, gotitas de neblina convertidas en agua.

Un empleado me señaló un lugar frente al mostrador:

—Allí en la caja hay globos.

Pedí uno rojo; pero se habían agotado ya. Entre los amarillos, los verdes y los azules que me mostraba amablemente la cajera preferí uno de los últimos. Pagué mi chaucha y regresé a casa inflándolo y desinflándolo.

V

El día estaba frío. Mi madre y mi hermana tejían alrededor de un brasero.

—¿Dónde has estado?

En vez de contestar saqué mi globo azul y me puse a inflarlo en presencia de ellas. Mi hermana sonrió y miró a mi madre que también sonrió con reticencias y comenzó a averiguarme sobre el origen del globito.

Le expliqué. Cuando hube terminado se alzó mi madre diciéndome:

—Ernesto, ahora voy a enseñarte a gastar mejor tu dinero.

La buena señora parece que reconocía aquel pasaje de la autobiografía de Franklin y el pito.

Me llevó al establo, en donde se albergaban los ca-

ballos del tío Julián. Tomó una varilla. Entonces, ¿iba a castigarme y con aquella sonrisa bonachona?

—Mamá, tengo otra chaucha, tengo otra chaucha... — grité cuando sentí la azotaina sobre mis piernas desnudas

Me quedé largo rato en el establo, más que adolorido, profundamente triste. Sollozaba, sollozaba interminablemente.

Mi hermana vino a verme.

—Si al menos hubieses comprado un globo rojo, me dijo;— son más bonitos.

—Sí. Pero no había.

Le pedí un hilo y me dió unos cuatro metros de los que empleaba para tejer.

Até mi inflado globo azul a un extremo y comencé a hacer esfuerzos por elevarlo dándole puñadas con el dorso de mi mano mientras sujetaba el hilo con la otra.

Un viento arremolinado principió a levantarse y mi globo se debatía que era un contento.

La azotaina materna obraba aun sus efectos. Me dolían las piernas y no me atrevía a correr mucho cuando soltaba el hilo fingiendo que se me escapaba para producir la envidiosa alegría de otros muchachos que me imaginaba atisbando mi tesoro.

En un momento, sin que el viento me diese tiempo para coger el extremo del hilo, mi globo azul comenzó a tomar vuelo. Se elevó. Se elevó. Se elevó más alto que los muros, que el tejado de la casa, que los árbo-

les del patio . . . Y tomó rumbo del viento que llora en lluvias.

Corrí precipitadamente. Inútil. Una angustia, un dolor infinito más agudo que el producido por la azotaina de mi madre, me acuchilló la mirada, la carne, el corazón.

Y quedé mirándolo, mirándolo por toda la vida.

Mari Yan

Una gran escritora inglesa

HE leído hace poco la obra casi completa de Katherine Mansfield, y la viva impresión que ha producido en mí, me induce a escribir sobre ella y a señalarla al público como una de las figuras más interesantes de la literatura contemporánea.

Por el espíritu y la estructura de sus creaciones, esta escritora inglesa, nacida en Nueva Zelandia en la última veintena del siglo pasado y muerta muy joven, se adelantó a su época.

La concepción de sus novelas y cuentos es muy moderna. Y muy moderno también el estudio psicológico que hace de sus personajes. Al igual de Virginia Woolf y de Huxley, da gran importancia a los choques que producen en la sensibilidad humana, pequeñas visiones e incidentes de la vida diaria. En pinceladas cortas y netas, analiza y desmenuza estados de alma e impresiones íntimas producidas por hechos al parecer insignificantes. Es una maga de los detalles: saca partido de un vaso con flores, de la expresión de un rostro,

del rayo de sol que se posa sobre una ventana. Y de ese modo, ahondando y penetrando a la raíz de las cosas y al resorte que mueve las humanas vibraciones, nos da, en cada uno de sus cuentos, la sensación de la vida misma con todas sus complejidades y su realidad. Nunca se coloca en actitud literaria: derrama en sus cuentos la preciosa virginidad de sus emociones auténticas, sin falsificarlas con reminiscencias de otros autores ni con el inútil ropaje de la hermosa frase hueca.

Sin contar a Proust que fué el creador de este nuevo concepto en literatura, los modernos escritores ingleses son los que con mayor arte hacen la psicología de los seres ante los detalles, la psicología que no selecciona, que coge todo de la vida, lo vulgar y lo grande. Antes de Proust, el escritor, al hacer psicología, eliminaba lo que consideraba nimio y escogía aquellos hechos que a su parecer tenían importancia. Y al escoger, falseaba la vida que es grande y vulgar a la vez, falseaba a los seres cuya sensibilidad vibra a veces intensamente ante un hecho sin trascendencia y cuya personalidad, como un mosaico complicado, se va formando del choque de mil pequeñas impresiones.

En Katherine Mansfield encontramos ese arte de profunda observación psicológica, sin el cual no hay verdadero novelista. No es la fría y maravillosa intelectualidad de Huxley que en su psicología, verdadera disección de los seres, se asemeja al químico que hace un experimento, o al médico que realiza una autopsia.

No. En Katherine es su sensibilidad más que su inteligencia la que habla.

A través de toda su obra conserva su feminidad; lo que ella observa, un hombre no lo habría visto; lo que ella siente, un hombre no lo habría sentido; lo que ella dice, un hombre no lo habría expresado del mismo modo. Es una supersensible que se encuentra siempre mal entre sus semejantes, que arrastra consigo una eterna insatisfacción, un desencanto de todo, seres y cosas, y que lleva por doquier «esa corona de melancolía que lucen algunas frentes, como el indicio de un tesoro oculto».

En sus cuentos casi no hay trama; sólo sentimientos y lágrimas. Pero pone en ellos toda la emoción de su alma nostálgica y su imaginación la hace narrar con caracteres vivos, aquello que habría deseado vivir y que no vive.

Ama de corazón a los humildes y los desfigura para idealizarlos. Sus solteronas (Las hijas del difunto coronel y Miss Brill), son conmovedoras en su timidez, su desamparo, su emotividad exasperada. Dentro de su temperamento melancólico, se esconde un pequeño demonio de ironía y de gracia, y en algunos de sus cuentos, por ejemplo, en «Y don't speak french», encontramos deliciosos destellos de «humour».

Su novela corta «A German Boarding House», fué la primera de sus obras que la dió a conocer. Algunos años más tarde, «Prelude» y «Bliss» consagraron su celebridad. Pero, ya gloriosa, Katherine Mansfield no pudo, como era su anhelo, dedicarse toda entera a su

trabajo que constituía la pasión de su vida, porque una tuberculosis incurable minaba su salud.

Su diario íntimo, publicado después de su muerte por su esposo, John Middleton Murry, es bastante obscuro y encierra un lamento continuado. Nos muestra la línea de su monótona existencia, cadena de días idénticos que sólo difieren unos de otros por el matiz del cielo o por las vibraciones de su vida interior.

Escribir es su razón de vivir y tiembla ante la muerte sólo porque sufre de dejar su obra inconclusa. Dice, por ejemplo, en su diario: «No pido sino el tiempo necesario para escribir mis libros. Después, morir me será igual. Vivo para escribir. Siento la impresión de que tengo un deber que cumplir, de que alguien me ha fijado una tarea que debo llevar a cabo. Que me dejen concluir, sin prisa, dándole toda la belleza posible».

Y en otra parte: «¿Seré capaz de expresar mi amor al trabajo, a mi arte? Ha llegado a ser mi religión, porque no profeso otra; mi compañía, porque yo misma voy creando mis compañeros; mi vida, porque escribir es la vida. Me siento tentada de arrodillarme ante mi trabajo, de prosternarme, de permanecer en éxtasis ante la idea de la creación».

Aspiraba a vivir bajo un astro más ardiente que el sol británico. La gris y húmeda naturaleza inglesa no la atraía. «No deseo la Inglaterra, escribe. La Inglaterra me es inútil. Quiero decir que jamás habrá entre ella y yo un acercamiento. Detesto la ausencia en su

paisaje de todo aquello que conmueve; aún en el florecimiento de su naturaleza, no despierta en mí sino un profundo antagonismo. Si supiera que nunca iba a volver a ver el campo inglés, no sentiría pesar alguno».

Pero lejos de Inglaterra suspiraba por su patria lejana y sobre todo por los recuerdos de su infancia y de su adolescencia ligados al suelo británico.

Sus últimos días transcurren en Francia, en una casa teosófica de Fontainebleau, a donde la condujo su exaltación espiritual. Allí, en plena juventud, en plena producción intelectual, consagrada de lleno a la vida del alma, fué la muerte a encontrarla.

Y Francia, tierra de su predilección, guarda los restos de esta escritora cuyos cuentos, como joyas de valor, enriquecen la literatura moderna.

E. Rodríguez Mendoza

Objeciones a la apología de extensión

I. EL ENSAYO EN LITERATURA. «PORTALES»

Melfi—autor de «*Pacífico-Atlántico*»—, se siente tenazmente atraído por la síntesis total (ensayo en literatura y *maquette* en lo plástico) y la trata en todos los planos y todas las luces de la parte artística. Y aquí anoto una impresión al pasar de un acápite a otro: el ensayo es frecuente en los viejos países en que la abundancia oceánica de su historia predispone a las condensaciones, y es extremadamente raro, donde habiendo sólo un pasado local, es costumbre asidua amplificar el hecho sin plasticidad ni hondura y, por consiguiente, desprovisto de todo poder sugeridor.

El ensayo—decía—, es algo esquemático; pero total como conjunto armonioso de líneas e indicaciones generales.

No es una contribución a la historia ni a la sociología. Es arte y crítica. Surge de una materia definitivamente estudiada o documentada y si en el ensayo falta algún rasgo esencial, habrá huecos y vacíos que deforman la visión, dejándola en trozos inarticulados.

El autor de «*Pacífico-Atlántico*»—, el título de «Paraná-Guasú» era más de ambiente y esquivaba mejor la denominación ferroviaria—, hace algún tiempo tomó a Portales y exploró acertadamente alrededor de él. ¿Hay realmente un hombre-época bajo esa capa pelucona?

Sin duda. El comerciante, prematuramente baqueteado por la vida, se había hecho catador de hombres y desde luego sabía mandar, porque conocía bien el material humano que tenía entre sus manos de encomendero.

Venía de la Colonia como régimen y de España como sangre y se metía arrogantemente en medio del redoble aturdidor de la anarquía inicial.

Melfi lo enfocó sin hiperbolizarlo. El pelucón máximo, en efecto, no necesita empinarse porque lo que hace verticalmente grandes los monumentos no es la gradería ni las superposiciones, sino la figura misma.

De la historia y sus actores centrales, al ser cogidos por la hondura del tiempo, a veces no queda, prevaleciendo sobre los años, más que una obra o un acierto. Y basta. Es el caso del inspirador de la Carta política en que se cimentó la organización, basada en el pequeño grupo racial—los dueños y cultivadores del suelo— superpuesto a la masa agrupada en forma de montón vegetal.

Portales contó y filió certeramente los recursos, el número, los intereses primordiales de ese grupo: no había más con qué contar, salvo la multitud, soltada por la encomienda para ser pesadamente cogida por el inquilinaje.

Tras de diez años de desorbitación y edificaciones ideológicas estrafalarias, como el federalismo de Infante, don Diego cogió la jáquima usada por los domadores y se puso al frente de una necesidad fundamental: el orden, que, al consolidarse, alcanzó los resultados sorprendentes patentizados en el largo período orgánico que terminaría con la deplorable revolución parlamentarista de 1891.

Melfi, insisto, enfocó bien al pelucón que le torció el pescuezo a la anarquía y su «Portales» resultó un verdadero ensayo, vale decir una síntesis antológica en que está bosquejado lo más esencial del vidente destacada sobre el claroscuro post-colonial.

II. DE UNA BANDA A OTRA DEL CONTINENTE

El ensayista salió no hace mucho de la ciudad hacia cuya plaza capitolina avanzan a espilonazos las últimas estribaciones de los Andes, demostrando objetivamente que se trata de un país encajado a barquinazos «entre el mar y la montaña».

En efecto, basta subir a los cerros de Santiago del Nuevo Extremo para descubrir la impresionante peculiaridad geográfica de la región y del país: montes, valles de paisaje; ríos sin la amplitud mayestática de la anchura, y, longitudinalmente, el Pacífico que llena la parte del planeta que va reentrando en la vida... Al Atlántico le van quedando pocas reservas y la geografía política y económica ha dado en denominar mar del futuro al océano que va de la América, que nace, al Asia que despierta acosada por el dragón japonés.

El ensayista de «Portales» iba de paseo al último torneo oratorio panamericano, el cual terminó, como los precedentes, con una copiosa serie de votos y conclusiones *platónicas*, es decir de banquete, mientras en el abdomen del Continente se seguía peleando casi por cuenta ajena, porque esto del Chaco o del chasco, es una cuestión de materias primas que, en definitiva, serán explotadas por gente más adinerada que los beligerantes.

El corresponsal artista llevaba en los nervios ópticos el paisaje de esta vertiente: valles pequeños como extensión y, en cuanto a colores, los de «don Juan Pancho», el de las manchas e impresiones que son lo mejor, sino lo único de la escuela pictórica autóctona.

Para traspasar la montaña e ir de una a otra banda, el tren, el avión o la acémila colonial ascienden en demanda de la altura y las nieves—, estimulantes cardíacos de la visión y la metáfora... Ya muy arriba y cuando el corazón brinca a más y mejor, se lanza la mirada en trayectoria de profundidad. Y ojalá siempre se mirara bien abajo cuando se está bien arriba.

El camino va fileteando los breñales y, aconchadas en el fondo, se estampan las últimas ramazones de los huertos plantados en los faldeos. Verdea hecho un «chamanto» el alfalfal y se encienden con los ultra violetas del medio día los pequeños trigales sembrados en el hueco de unas manos de huaso... He ahí la última impresión cromática de la vertiente que despeña sus aguas amotinadas hacia el Pacífico.

El río se encabrita entre cumbres y farellones y el viento vocea (otros aseguran que ensaya las primeras vidalitas de la otra banda) cosas monótonas; pero que, por lo menos, no son oratoria política, organillo ni radio.

Se traspone sin notarlo la cumbre; empieza el descenso; se pasa por la ciudad viñatera que es un retazo de tierra tirado de un lado a otro de los Andes y el tren que va al Atlántico, bufa como un gaucho insolado al empezar a correr la pampa por la punta mendocina.

Estamos ya en la línea ilímite y desde luego se constata que no es monótona, como creen algunos. Ni podría serlo, porque la luz va acendrándose desde las vaguedades opalinas del amanecer hasta la congestión punzó de la tarde.

El hombre oprimido por el paisaje escorzado sobre el mar, al verse circundado por el infinito, evoca apenado los pequeños valles y suelta en la línea lisa y sin confines todas las fantasías del evadido del cuadro apretado y montañoso.

No es extraño el sortilegio ejercido por esa extensión enorme con algo de desierto y de pradera. Aun más: tiene la costumbre, como los gigantes del cuento oriental, de tragarse al forastero desprevenido... *Empamparse*—decía el neologismo gaucho, aludiendo gráficamente al espejismo que toma al que viene de la serranía y se mete de sopetón en el sector en que el Continente se abre como un abanico gigantesco.

El ensayista vió como colorista el factor extensión; le pareció el fundamental como opulencia presente y evolución futura y el que en la tierra de origen, como en la de adopción, sólo cono-

ció los pequeños valles prendidos entre montes y cerrillajes, falló una y otra vez por lo dilatado; pero evocando, eso sí, con simpatía el suelo en que hasta los hombres le parecen cerros... O terrones; pero conste que no siempre ha sido así y que más de una vez esa tierra dió otra clase de productos telúricos.

El autor pinta la extensión sin siquiera insinuar los problemas que ésta plantea a medida que se hace más lejano y costoso el acceso al mar. Los países tienen los inconvenientes de sus ventajas y viceversa. Este en que estamos, por ejemplo, carece de profundidad, de anchura; pero, en cambio, no tiene más que voltear su producción sobre el territorio inclinado sobre el mar. Sin embargo, el autor adjudica exclusivamente a la extensión todo su optimismo y se queda en estado de hipnosis ante ella.

III. LA PAMPA ACTUAL

El estilo, sin temores de ninguna especie a la temeridad creacionista, es cálido como color y se regocija voluptuosamente con el tema amplísimo de la pampa, que primero fué la desolación de la Colonia; luego la guerra bárbara cuando desfilaban ante los caudillos primigenios las picas empavesadas con cabezas federales. Después rasguea el guitarrón de Martín Fierro, correteado por los milicos de la partida rural.

Posteriormente, Don Segundo se pierde «para nunca» en la lejanía, suplantado por los elementos inmigratorios, abrogadores de lo pintoresco y lo vernáculo.

Antes de mucho, ya no son los mismos los aperos, las costumbres ni los condumios. Se hacen humo de tapera los rastreadores. La montonera desaparece también y en vez de hacer manéas con el pellejo del adversario que se dejó volar, se pleitea en el distrito o si no en los «trebunales»...

Entonces, todo era cardonal en saliendo de Buenos Aires; más adentro había yerbajos y ñandues y, al acercarse a la cordillera, arbustos enanos y una que otra parra de uva negra, como los ojos de «la china».

El gaucho se ha hecho compadrito o «cajetilla»; la guitarra ha pasado al disco de boliche, y, en vez de la carne con cuero, hacen hebra los macarrones.

La pampa, en una palabra, aloja otros tipos y otras costumbres—faz literaria que está por hacerse, ya que la anterior se clausuró insuperablemente con el libro de Güiraldes. Don libro, como suele decir Díaz Arrieta.

IV. SOCIOLOGÍA Y PINTURA

No es la teoría—vagamente formulada— lo mejor de «Pacífico-Atlántico». Es el fraseo ostentoso interpretando a brochazos la extensión y sin tener muy en cuenta lo que dicen la historia y la geografía.

La frase, tan colorida y repentista que logra ocultar el profesionalismo, es no sólo la tendencia constante del autor, sino el autor mismo.

Afortunadamente no se trata sólo del arte por el arte, sino del que lleva algo en el vientre, como quería Flaubert.

El estilo, vivo e imaginero, patentiza el placer del artista complacido ante el cuadro que se cruza por primera vez en su camino al pasar de un flanco a otro del Continente. Cierra un ojo como el que va a pintar o a apuntar y luego da con los pinceles, cargados de color, en que hay mucho del pasado impresionismo, más la libertad incoercible del creacionismo de hoy: el sol, por ejemplo, le parece «un disco de papel cuyo aro se sumerge en la línea de sombra trazada por la llanura»...

¿Y por qué no una hoz clavada en el horizonte al pardear el día?

Siente la embriaguez de la frase visionaria y luminista en que la idea aparece orientalmente ataviada:

«Ardían los cerros que a contra luz parecían espesas manchas violetas».

¡Curiosa mezcla de color y de intención sociológica!, lo que es el *trait maîtresse* de todo el libro:

«Tenemos que defendernos del pasado que a cada paso tira de nuestra voluntad y de nuestros pies».

.....
 «El fundador edificó la ciudad de cara al estuario. Le dió como sostén el océano y la puso frente a la sugestión voraz del Atlántico, sembrado de rutas y de esperanzas».

He ahí la urbe taconeada de barcos acarreadores de gente foránea— el ganado humano que luego se sumerje en el ventripotente abdomen territorial.

De tiempo en tiempo el autor, asombrado, interrumpe su trayectoria emotiva; mira hacia esta vertiente y recuerda con pesadumbre y simpatía la tierra montañosa:

«Ruedan hasta muy lejos los lomajes y las hondonadas. Entre ellos se abren los valles estrechos y fértiles, como nidos de verdor oprimidos por el abrazo de la montaña».

Todo el libro es una contraposición obsesionante entre la extensión promisoría y la tierra en que chillan los ríos con alarido de puma y en que apenas encuentran espacio de favor los valles plegados entre el monterío.

«Los hombres—dice— fueron autoritarios porque sentían sobre el espíritu la presión del cerro y la sugestión obscura del valle encajonado. Si levantaban la vista tropezaban con la cadena gris en cuyas faldas y cumbres yerguen sus brazos famélicos los quiscales polvorientos y espinudos. Así fué Montt. Así fué Varas. Así fueron los dominadores».

Tácitamente, como se ve, el autor falla a favor de lo desmesurado.

Disiento por completo de esa teoría; pero insisto en que pocas veces se ha podido disfrutar de un despliegue más copioso de frases, lanzadas sin esfuerzo y como una función normal del espíritu. No es artista el que no puede hacerlas, arrancándolas vivas de la sensación. Pero si la frase es siempre cargada de sentido y de color, en cambio la tesis que sustenta es arriesgada y fácilmente controvertible:

«El hombre del cerro está sometido de antemano. Puede dar vuelta entre los breñales y encontrará siempre la muralla abrupta cortándole el paso»...

Desde luego, más del treinta por ciento de la población de este país vive en las costas y se puede decir que al resto le basta encaramarse en «la muralla abrupta» para sentir la tentación de la aventura.

No hay, pues, tal muro carcelario y sin ventanas al exterior. Ni es justo cargar a la cuenta de los «breñales» la incomprensión de los gobernantes que no han entendido los imperativos de crecimiento planteados por la forma geográfica del suelo.

No es esto «el valle más hondo de la tierra» ni se trabaja en el fondo de un pozo, sino en campos relativamente pequeños; pero poseedores de una belleza y una fecundidad estupendas como todas las tierras volcánicas. Es un paisaje vacío de pasado; pero que, por lo menos en el valle central, tiene algo de la Toscana o de Asturias.

Y en cuanto a ese capitán sin pasaporte—Mr. Head—, que al descender hacia el Pacífico creía rodar cerro abajo, es probable que estuviera bebido y que a causa de su alcohol de cebada, olvidara, al reparar lo ajeno, la estrechez montuosa de las islas albiónicas en las cuales no hay un solo punto que diste más de cien kilómetros del mar.

Aquí no es la tierra sino el hombre político el inferior. Está extraviado. El país se hizo fiscalmente nuevo rico y todos quisieron serlo de repente y atropellando las unidades de tiempo que impone la ascensión social. Dejaron de gobernar los mejores y la verdad es que hace años a que se viene oscilando entre la fuerza y la anarquía.

No es la tierra, seguramente, la responsable de todo eso. Al contrario. Es óptima y dió los primeros organizadores en un conjunto tragi-cómico de países aislados, sin raza ni cultura; sin recursos ni experiencia.

Junto con la opulencia fiscal, empezaron los años en que el

dirigente se ha mostrado notoriamente inferior a los problemas políticos, económicos y sociales de un pueblo nuevo y peculiar. Tan inferior, que hay derecho a pensar que aun no entendemos lo que significa como incógnitas futuras un litoral que tiene a la espalda un *hinterland* que, por razones de costo y distancia, se sentirá cada vez más vinculado al Pacífico y no al Atlántico.

Nada de eso es culpa de las montañas que acordonan este territorio ni de los ríos que se disparan en demanda del mar ni de los espinos que prenden sus valles, sino de los hombres distanciados del porvenir.

V. LA PAMPA, LO FOLKLÓRICA Y LO BÁRBARO

La pampa no produjo nada, a no ser lo bárbaro o lo folklórico: las mechas de Facundo; las «pallas» y los contrapuntos y, finalmente, la *sombra* huidiza del postrer gaucho auténtico.

Rivadavia, Mitre, Sarmiento, Alberdi, Avellaneda, Pellegrini, Saenz Peña, no salieron de entre las ramas del ombú. Los formó y los orientó el ambiente aireado por los vientos atlánticos y se empeñaron en suplantar al aborigen con el gringo» acaparador del centavito y con el «gallego» que arribó con una «perra chica» y terminó con la «millonada».

Esos elementos no traían cultura porque generalmente era analfabetos; pero traían voluntad, tradición, ahorro heroico y ya puede suponerse la cara que ponían al que los invitaba a quedarse con el acordeón entre las manos, al olor del «churrasco» y los «copetines»... No habían venido a eso sino a pelear la batalla del esfuerzo sin fin.

El gaucho fué el candombe y la mazorca y si de él hubiera dependido, habría «aclarado» facón en mano a todos los «doctores» que preconizaban el acarreo a «barcadas» de los «tanos»—como llamaban al italiano—, y de los «gallegos»—remoquete del peninsular insuperable que ha llenado de espigas y vacadas la extensión continental en que ha sido necesario suplantar lo autóctono con lo foráneo.

Mientras el gaucho capeaba a espuelazos la partida policial, lo chileno, que algunos creen cogido de la nuca por el cerrillaje y las piedras cuchilleras del desfiladero, se hacía campesino, changador, soldadillo o aventurero, como aquel «huaso Rodríguez» que después de «desgraciarse» en Alhué, llega a ser algo como gran canciller del fraile Aldao, gobernador de Mendoza y San Rafael para servir a Dios y a Don Juan Manuel.

La gleba chilena venía de la mita y la encomienda, como toda la América española; pero se hace fácilmente navegante, bracero o playero y se asimila a todo, desde la mansedumbre del inclinaje hasta las aperreaduras de la aventura. Es como la greda de los ríos que se arquean sobre el territorio y con la cual pueden hacerse ollas o bocetos. Orada las rocas buscando oro o lo que salga. Es el hombre curtido de los nitratos. Trabaja como una acémila y está tan vivo en él el atavismo aborigen, que le encanta salir a guerrear por cuenta ajena... Ha ido a los gomales en ignición tropical; a las alturas desoladas de la puna y del estaño; a los puertos en que esconde el contrabando bajo la pelleja; al Altiplano, al Neuquén, a las brumas que embozan los confines del país y del planeta. Es un material para lo bueno y para lo malo, inclusive para la civilización; pero se descuidó el cumplimiento integral de los deberes sociales y culturales que había que cumplir con él y hoy es el subproducto que vaga harapiento y desnutrido.

No es la tierra, pues la mala sino los que olvidaron que lo primordial para un país es el hombre sano, fuerte, medianamente devastado y demográficamente numeroso.

Durante los cuarenta o cincuenta años de la ensayología, la llanura anonadante en que maulla el pampero, produce sólo seres bizarramente pintorescos; pero instintivos. Y ya se sabe que la historia no comienza mientras no entra en escena el hombre espiritual. (Spengler).

En cambio, en «el valle más profundo del planeta» (no lo creo) terminaba antes que en parte alguna de América la doma

de lo aborígen, amansado por la fuerte autoridad que rigió la totalidad de la vida; que impuso vigorosamente sus normas y que terminó cuando el país enriquecido abrogó el autoritarismo austero que culminó con los sacrificios de 1879.

VI. UN POCO DE GEOGRAFÍA Y DE HISTORIA

Establezcamos un hecho esencial antes de seguir pesquizando la teoría planteada entre un bosque de frases fulgurantes: de norte a sur, los valles en que se forma esta nacionalidad, tienen dos límites: la grande y la pequeña montaña.

La primera, cierra el horizonte, incitando a la perforación o el repecho; la segunda es sólo un balcón con vista al océano.

En medio de una y otra altura, de la gigantesca y de la que se empina junto al mar, están los valles a que se sintió rodar el *mister* aquel que descendía hacia esta vertiente en mala mula y como con vino...

Esos valles no se extienden de océano a océano, como quien va de Filadelfia a San Francisco. Absolutamente. Son angostos y largos, suscitando así las metáforas belicosas: espada, proa, etc. Están acuñados entre los montes para que no se descuarjen sobre el mar y hay que trabajarlos asiduamente para que produzcan. Carecen de las espontaneidades productivas del trópico y no impone un gran trabajo especulativo descubrir por qué se incubó en ellos la Carta política que desde 1833 hasta 1891 sirvió de eje a una organización armoniosa y general.

Esa Constitución es superior a todas las de América—escribía Alberdi, fijando en ella sus claros ojos de pensador.

Pues bien, cuando el país equipado así partía hacia el porvenir, en la pampa punteaba la guitarra y se agitaban el pañuelo y la cintita que han quedado oscilando en los tangos orilleros de hoy.

Pero salgamos del Continente débil e inmaduro—las razas de América y del mar del sur han huído a la nada, decía Hegel—,

y no tardaremos en notar que las mayores condensaciones de civilización no han plasmado en la extensión sino cerca del mar: Atenas, Esparta, Roma, Florencia.

Los hebreos se creían modestamente los elegidos de Dios; Moisés, su providente legislador, sube a un San Cristóbal cualquiera en demanda del Decálogo y estatuye una democracia teocrática.

El Egipto es sólo un valle. Presidido por la Esfinge teogónica, el Nilo cursa entre arenas y rocas calcinadas. Al llegar el solsticio de verano, el río faraónico recoge en el negativo de sus aguas la imagen anonadante del ídolo con cabeza de mujer y cuerpo de león y las tierras fecundadas no tardan en reverdecer.

Grecia está formada por una flota de islas arrojadas sobre tres mares para que absorbieran mejor las ideas que venían de oriente hacia occidente: Esporadas, Cicladas, Jónicas, antenas del mundo antiguo.

Están entre los grados treinta y seis y cuarenta de latitud y son sólo alturas con un plinto de valles en que el arado de los labriegos suele tropezar con los frisos desprendidos a pedazos del Partenón. «Bendito sea el campesino griego cuya azada descubrió a la diosa enterrada desde hace dos mil años en un campo de trigo». (Saint-Víctor).

En esas islas se cruzaban los caminos del futuro y, en efecto, por ahí pasó la evolución universal camino de Roma, donde era necesario labrar los guijarros, porque los valles itálicos son sólo una concesión graciosa hecha por el monterio. Sin embargo, en Italia no se ven más que alturas: los Alpes, corona mural del suelo nobilísimo; los Apeninos, espina dorsal del territorio que es una enorme acumulación de pasado.

Palestina, a su vez, no necesitó sino de un monte para el sermón de la montaña; un lago de Tiberíades para el milagro pródigo y otro monte para la Cruz.

Siglos después, el Renacimiento floreció entre los pinos y

las rosas de un valle pintado por los *quattrocentistas* al pie de los Apeninos.

Sigamos a España.

Observado verticalmente, su territorio da la idea de una gran extensión que al contraerse, como cuero de toro puesto al sol castellano, dejó un suelo arrugado y montuoso donde lo que no es tierra es torre: al norte, Pirineos cantábricos y Pirineos aragoneses; luego la sierra de Gredos y la del Guadarrama; al centro los montes de Toledo y, al sur, de nuevo las sierras con azules y blancos mozárabes.

España es una especie de escalinata que asciende de una grada a otra para arribar al santuario de Guadalupe y junto con el descubrimiento del Nuevo Mundo, empezó a rodar sierra abajo el aluvión vital de los conquistadores y los circunnavegantes del planeta.

VII. GUILLERMO TELL

Prendido entre los intereses, las interferencias y las alambradas europeas, hay un nudo de montañas en medio de las cuales Guillermo Tell apunta impávidamente su flecha perforadora.

Suiza tiene cuarenta mil kilómetros (una comuna rural de estos latifundios) y todo es ahí nieve y valles de vitrina o de altar de Navidad.

La saeta del héroe hace su impacto en los montes, porque se carece de amplitud horizontal. En efecto, en la Confederación helvética todo es montaña, senderos—los de Federico Amiel—, y lagos—los del paradójico Juan Jacobo.

Por ahí han pasado todas las ideas y todos los sucesos y ante las aguas de nieve represadas en los altos lagos, nacieron las utopías sociales más audaces.

Suiza es una especie de *carrefour* del Viejo Mundo, y, además, tiene el Rin, el río de las sinfonías wagnerianas. Cuela a

través de un lago las aguas tumultuosas que capta en los Alpes arriba a Alsacia, llena de viñas y de cigüeñas; continua en son de *lied* en demanda de las catedrales góticas y sigue al mar por el camino habitual de Napoleón en el Palatinado.

VIII. LOS SUPERPAÍSES

¿Y los Estados Unidos, situados entre la Europa y el Asia, se preguntarán irónicamente los devotos de lo cuantitativo?

No son un país sino un continente. Cuentan con espacio y recursos para asimilar todos los aportes sin congestionarse y es evidente que están formando una raza eugenésica y sin feminoïdes, que no es ni el Viejo ni el Nuevo Mundo, sino lo peculiarmente *yanqui*.

Por lo demás, nadie puede vislumbrar qué aspecto tendrá dentro de algunos decenios la carta geográfica del Asia, de África y aun de América. Ninguna de las potencias mundiales—profetiza Spengler—, está tan segura como para poder decir que en cincuenta años más será todavía un poder y aun que existirá siquiera...

Rusia—otro caso de superación geográfica— no ha sido una entidad productora de progreso (salvo el aporte del *samovar*, apunta irónicamente Fouillée). De progreso ni de ideas y, respecto a su evolución de este momento, aun no se puede decir que haya creado formas nuevas de organización y de gobierno, porque el sistema actual acaso «no podría mantenerse ni ante una derrota ni ante una victoria».

IX. LAS ISLAS DONDE NACE EL SOL

Si el itinerario geográfico nos va resultando demasiado lento, miremos de un hemisferio a otro—por más que nuestra vista no es tan larga ni tan rápida. Las islas del sol naciente ya no son sólo un biombo de seda y laca puesto ante el desmesurado mapa

chino y la espada con empuñadura de piel de tiburón—la del Samuray—, ha pasado a los suntuosos museos imperiales.

El dragón articuló sus vértebras insulares y ha empezado a tragarse al Celeste Imperio.

Son unas cuantas islas (trescientos y tantos mil kilómetros de territorio propiamente japonés) asimilándose la extensión más enorme después de Rusia.

El Japón ya no es la deliciosa *madame Chrysantheme* o *madame Butterfly*, cuyos dedos de seda se trasparentaban a través de la porcelana pintada a la acuarela. Mira oblicuamente hacia el Pacífico occidental y, sin decirlo nunca, piensa siempre en el dominio o el control de este océano.

Antiguamente lo llamaban «tierra del valor» o «gota de agua solidificada». Hoy se llama suave, misteriosamente «el Japón» y todo el mundo vuelve la cara arrugada para mirar al *samuray* fabuloso de otros tiempos equipado a la europea, con las cejas crispadas y penetrando profundamente en el Asia, lo que tal vez no adivinó el comodoro aquel que lo sacó a cañonazos de su clausura asiática y su silencio budista.

Entonces era sólo mar, nieve, almendros y volcanes; agua profunda y tierra de tembladera. Pero se ha puesto a crecer...

Sus dos terceras partes están cubiertas de montañas. Hay poco más de cien leguas de un flanco a otro y, como queda dicho, hace muchos años,—allá en tiempos de entonces y en tierras muy remotas—, el gigante excesivo de hoy era sólo «una gota de agua solidificada».

X. LA UBICACIÓN Y EL CLIMA

En los ejemplos expuestos cinemáticamente, no hemos buscado comparaciones ni similitudes que serían grotescas, porque no ignoramos que la América meridional (geográficamente situada entre el Africa y la Oceanía) es un Continente formado con capitales, ideas, doctrinas, influencias y modalidades ajenas:

es una región refleja en que, desde el Descubrimiento a hoy, el Viejo Mundo ha hecho muchos más buenos negocios que la América... Está en el extra radio del planeta y en ella, como en el resto de la tierra, los factores étnicos predominantes son la ubicación y el clima, en contraposición a la mera extensión.

En el caso concreto de la Argentina, ésta comparte con Chile la zona templada del Continente y una política de comprensión y de equidad mutua, trataría de articular y no de separar las vertientes vueltas hacia mares y mundos diversos.

En el grupo de las Repúblicas latinoamericanas—decía Paul Groussac— Chile y la Argentina son las únicas comarcas de vasta extensión, cuyo clima y latitud corresponde a la región central de la Europa.

SEÑALES

Lope de Vega

□ España ha celebrado el tercer centenario de la muerte del Fénix de los Ingenios. Todavía no terminan los actos conmemorativos, que alguien, con cierta autoridad, ha calificado de pobres. No tiene nada de extraño, dada la efervescencia política, (no por callada momentáneamente, menos burbujeante en el soterraño), que vive la patria del poeta. Sin embargo, estos actos conmemorativos han sido mucho más importantes que los que se rindieron en homenajes, también centenarios, a Cervantes en 1905 y a Calderón en 1881. Parece como si la sensibilidad española, que en tiempos de estos citados recuerdos estaba bastante alejada de todo interés por la historia y por lo clásico, volviera ahora con mayor curiosidad la vista al pasado glorioso.

Suena a consuetudinario, por culpa de los oradores hebeños, eso de «pasado glorioso». Es una de tantas fórmulas echadas a perder por gusto, pero que requieren una regeneración. La celebración relativa a Cervantes se anduvo más en ceremonias académicas de cierta oquedad y en colgaduras monumentales, que en una vuelta al gusto y comprensión del Quijote, lo cual hubiera sido mucho más conveniente. Tras ello, mucho se ha dicho sobre estas resurrecciones literarias. Giménez Caballero, hoy líder de las asociaciones patronales y adalid de una reacción desesperada, trató de convencer a los españoles de que era menester matar al Quijote.

Hoy día no se ciñen a tales procedimientos. Los homenajes

a Lope han sido, realmente, un poco desproporcionados (por su pequeñez) a los merecimientos del genio literario. Pero se ha podido notar una mayor elevación de comentarios, más interés por la figura del rememorado. Las ediciones de sus obras se han reproducido y en el teatro se han representado sus comedias. Claro está que muy exiguamente, porque estas representaciones no debían limitarse a unos días, sino seguir adelante con el empuje oportuno. Lope debía ser representado constantemente; quizás con ello se le pondría una inyección de fuerza al desmeдрado teatro español, que cada día se ciñe más a las astracadas de Muñoz Seca, cuando no a los éxitos circunstanciales y oportunos como el famoso y pronto olvidado de «El Divino Impaciente». La política tiene que arrebatarse en esferas que no son suyas, la atención de la gente; es un fenómeno natural; pero bueno hubiera sido que se luchara un poco por no abandonar el espíritu y el verdadero valor de la tradición. De la tradición bien entendida, vista desde nuestro tiempo y sin ganas de volver a lo viejo, vestidos de golilla y gregüescos.

Seguramente el Centenario de Lope de Vega ha producido también, con las ansias de oportunismo político, algo de combate. Cada uno de los bandos habrá interpretado la tradición a su manera y algunos se habrán atrevido a despreciarla. Empero, este centenario ha sido una prueba más de que el espíritu naciente en España, todavía no consolidado, por causa de inevitables vueltas y retrocesos, no desprecia el antiguo haber de grandezas ni se mete a considerarlas como cosas olvidadas. Con un alarde de novedad y de avance, España, en la persona de sus más representativos hombres, de aquéllos que precisamente son más tachados de antitradición, sabe que no hay que volverse de espaldas a la grandeza del Siglo de Oro. Sin alardes mojigatos, ni saltos atrás en el pensamiento, ha honrado a uno de los más grandes individuos de su historia.

Para los americanos, Lope es algo que pertenece a la propia historia de estas tierras hoy emancipadas, entonces en con-

tacto con la metrópoli literaria, Quizás el último amor de Lope de Vega fué aquella deliciosa poetisa peruana, que con Juana de Asbaje forma la pareja más considerable de las poetisas españolas hasta Rosalía de Castro: Amarilis, probablemente doña María de Alvarado, natural de Huánuco y autora de una epístola a Belardo (Lope), que vale por sí sola la inclusión del nombre de la autora en lo más florido del parnaso clásico español.

Alfred Dreyfus

□ «El 15 de octubre de 1894—dice la Historia de Francia Contemporánea, de Larousse—era arrestado en el Ministerio de la Guerra, un capitán de artillería inculpado de alta traición. Alfredo Dreyfus, nacido en Mulhouse el 9 de octubre de 1859, había conservado la nacionalidad francesa por haber optado su padre por ésta al desmembrarse la región después de la guerra franco-prusiana. Antiguo alumno de la Escuela Politécnica, capitán de artillería en 1889, salido de la Escuela de Guerra en 1892 con la calificación de «muy bien», estaba, desde 1893 incorporado al 14 de artillería y destacado como estiagiario en el Estado Mayor General. . . .».

He aquí una figura—que acaba de morir, con el grado de coronel, en un rincón olvidado de Francia—alrededor de la cual giró toda la opinión del mundo durante varios años y que conmovió con fuerza temible a la Tercera República, tanto como Panamá y Boulanger y más aún, por la lucha que trajo consigo.

La historia de Dreyfus es sobrado conocida para intentar narrarla parte por parte. Baste recordar cómo su detención obedió a una denuncia llegada al Ministerio de la Guerra, por la cual se atribuyó a Dreyfus un crimen que él negó, sin atreverse a decir cosas rotundas, y que le valió un destierro, varias condenas sucesivas, la degradación y la vergüenza. La figura de Zola, surgió después como acusadora de la trailla de magistrados y jueces, de periodistas y políticos que llevados por el odio

hicieron tal papel, que hoy nos avergonzamos de verlo tan cercano a nosotros y encajado en tan gran país como Francia. La carta de Zola al Presidente de la República (Félix Faure, entonces), publicada en «L'Aurore», conmovió a la opinión que estaba como adormecida y conforme con los veredictos. Aparecieron dos figuras dudosas: El teniente-coronel Henri, que se suicidó en prisión, y el noble (por sangre) comandante Esterhazy; una figura valiente y combatida sin piedad: la del teniente coronel Picquart.

De todo aquel proceso, repetido en años sucesivos, con idas y venidas del acusado desde la Guayana, con expulsión de la Legión de Honor y con la vuelta a condecorarlo, se deducen una serie de consecuencias bien tristes para los hombres. Y como no dejan de tener aplicación en los momentos actuales, bueno está recordar con un gesto de simpatía la figura del hombre tímido, adocenado, decente y cumplidor a quien los rencores y las manías políticas y sociales hicieron blanco de una serie de desgracias. La Gran Guerra fué el colmo de la rehabilitación Dreyfus. Otro, a lo mejor culpable, no se hubiera ido a batir por un país que le produjo el tronzamiento de su vida.

Bueno sería leer el proceso Dreyfus otra vez y darse cuenta de a dónde pueden llevar las estupideces humanas elevadas a la enésima potencia por una máscara de prejuicios patrióticos, raciales, políticos o religiosos.

El diario de Middleton Murry

□ Todo libro de confesiones produce escándalo. Tanto más cuanto más importante es el que confiesa y muchísimo más si el que confiesa da la impresión de hacerlo sinceramente. Ahora, la sensación de los círculos intelectuales ingleses, primero y de toda Europa después, es la publicación del Diario del gran crítico británico Middleton Murry, viudo de aquella gran escritora, tan mujer y tan escritora al mismo tiempo (difícil cosa), que se llamó Catalina Mansfield.

Middleton Murry empieza su libro con una confesión que sirve de punto de partida: la sinceridad. Y ésta no puede probarse sino con la lectura del libro, que da la impresión de verdad completa y valiente. No cree Murry que sus confesiones sean vergonzosas por la desnudez que suponen ante el mundo. Realmente convencido de que menos rubor da confesar ante el universo entero que ante un amigo, se decide bravamente. Cita unas palabras de Renán, en las cuales éste reconoce la inmensa utilidad literaria, social, filosófica y humana de semejantes *Diarios Intimos*. No porque se crea el autor que su vida interesa por ella misma a todos, que esto sería la más alta de las pedanterías y vanidades, sino por el aporte que hacen al estudio de la humanidad y por lo que significan como revelación de una parte interesante del mundo entero.

La vergüenza que pueda sentir Middleton Murry es muy relativa, si se considera que sus confesiones son la prueba de que ha luchado consigo mismo, que ha tenido derrotas en esta lucha. Desplazado por su nacimiento y educación, la primera guerra que tuvo que sostener consigo mismo fué ésta: la de tratar de hallarse una base que se daba cuenta no tenía. Envidiando a aquéllos que, quizás con menos talento que él, tenían una línea determinada y un cimiento certero, Murry trató de hallarse y desfalleció más de una vez. Esto es lo que confiesa, con una naturalidad pasmosa, por lo simpática y llena de valor, por lo que supone de llaneza de temperamento y de documento humano considerable.

Más luchas posteriores. La idea de que no cuajaba por hallarse quizás descentrado de un núcleo que, se le antojaba, le haría producir con certeza: París. Atravesar el Canal en unión de su esposa, Catalina Mansfield, establecerse a orillas del Sena y darse cuenta de que aquello era todo lo contrario. Volvió de París a Inglaterra sin un céntimo y más desilusionado que nunca . . .

Curioso como revelación documental, valioso como testi-

monio de nuestro tiempo, hecho con una penetración admirable, este libro es sin duda el más importante de su autor y uno de los retratos psicológicos más dignos de aprecio que se han hecho en esta década, tan propicia a las confesiones, epistolarios y recuerdos.

Cinema

□ «La Novia de Frankenstein» tiene una particularidad: la de hacer extraordinariamente simpático al Monstruo. La película es una repetición de los trucos medrosos (algunos muy buenos), que ya se habían visto en el primer Frankenstein. Ahora, lo principal que surge en esta obra es aquello: que en medio de una serie de gente detestable o tonta, hay un tipo lleno de simpatía. El Monstruo, al que si no le dispararan y no le gritaran cuando se acercaba, sería un caballero bastante feo, pero infeliz y buena persona.

□ «La Noche es Azul», tiene otra particularidad: la de que el público aun aguanta a Ramón Novarro y los directores se atreven a ponerlo a la vera de Evelyn Laye, por si acaso se salva, quizás. Novarro tuvo su época breve (allá por «El Prisionero de Zenda» y años, ¡ay! ya no muy cercanos). Hace tres años, poco más o menos, que está en una decadencia manifiesta. Enclenque, atomatado y con una vocecilla bastante desgraciada. Quizás se le pudiera aguantar en otros papeles. Pero de príncipe austriaco!... A este paso, veremos a Mae West en el papel de Hamlet y a Lewis Stone substituyendo a Shirley Temple. La señora Lawton (antes Evelyn Laye) tiene una voz deliciosa y es muy agradable de mirar. La música, graciosa, pegadiza.

□ «El enemigo público» es un excelente film. Su primer mérito es la magnífica representación de doble papel que hace ese gran actor que es Edward E. Robinson. La trama muy ingeniosa

y mantiene el interés despierto y hasta angustiosamente despierto, durante largo rato. El diálogo, naturalísimo y lleno de simpatía. Jean Arthur (tanto tiempo sin verla, ¡cuánto nos alegramos de que haya vuelto!), está deliciosa y muy bien elegida para el personaje que tiene que representar.

□ La Censura o lo que sea, corta las películas. Y las corta quien sabe para qué. Pero como es difícil creer que la censura corte una escena en la que un hombre va leyendo un periódico en un tranvía (lejos de mujeres, por supuesto), sería bueno saber por qué se mutilan películas como la comentada anteriormente. Al salir del teatro el que señala, se detuvo a ver las fotos de la película que acababa de gozar. Se halló con cuatro inocentes escenas que no habían salido en el film. Lo mismo ha sucedido en otros cines alguna vez. Que tuvieran al menos la delicadeza de no poner las fotos en la puerta. Lo mismo que la Censura debía tener la delicadeza de (no es meterse con ella, libreme Dios!), ya que elimina escenas quisquillosas, evitar que esas escenas, con toda su seducción y atractivo, se exhiban a la puerta del cine, para tomadura de pelo y chasco del espectador. Esto último puede «señalarlo» el que señala cuando Doña Censura lo apetezca, con pelos y señales. Purifiquen, en buena hora, pero no nos dejen a medias...

Fechas de Julio

□ El 28 de julio de 1914, Austria declaró la guerra a Serbia. Bien se sabe—porque aun las estamos tocando—qué clase de consecuencias tuvo este acto. Un mes justo antes, tuvo lugar, en Sarajevo, capital de Bosnia, el asesinato del heredero de Austria, Francisco Fernando y de su esposa morganática Sofía de Hohenberg. A la anexión de la Bosnia en 1908, comenzó una serie de tirantes relaciones entre Viena y Belgrado. Los eslavos de Bosnia tendían a unirse, siquiera eventualmente, para conseguir la desmembración del imperio, a la tendencia balcánica.

sudeslava, mantenida por Servia. En la primavera de 1914, las autoridades austríacas decidieron que se realizaran en Bosnia unas maniobras militares; éstas tendrían como objetivo supuesto, un ataque contra la frontera servia. El final de estas maniobras, sería solemnizado por una visita del archiduque heredero. Francisco Fernando no las tenía todas consigo, pero a pesar de todo, acudió. Parece que los preparativos policíacos no fueron lo completos que debían ser, por una falta de acuerdo entre la autoridad central de Viena y el gobierno militar de la región visitada. El 28 de junio, el cortejo oficial se dirigía hacia el ayuntamiento, cuando una bomba fué lanzada contra el coche del archiduque. Rebotó en el auto, estallando a cierta distancia e hiriendo gravemente a un oficial de la escolta. Al terminar la recepción, el archiduque quiso ir al hospital a visitar al oficial herido. Cuando el auto atravesaba la calle de Francisco José, varios tiros de revólver hirieron al archiduque en el cuello y a su esposa en el abdomen. Trasladados al mismo hospital a donde se dirigían, murieron ambos a los pocos minutos. La policía cogió en seguida al asesino. Un estudiante, Gabrilo Prinzip, al cual se le ha elevado un monumento, simbólico de heroicidad, en la capital de Yugoslavia. Tras unas exigencias demasiado inaguantables de Austria, para pedir a Servia una reparación al atentado, exigencias que desde el primer momento se vieron como imposibles de aceptar, ambas cancillerías anduvieron en trámites precipitados, hasta que el 28 de julio, contando Servia con la posible protección rusa y Austria con la segura colaboración alemana, el gobierno vienés declaró la guerra al de Belgrado. A la semana siguiente comenzaría la conflagración europea.

□ El 16 de julio de 1917, cuando debía empezar la ofensiva general contra Alemania, en todos los frentes, y principalmente en el occidental, preparada por Joffre, el ejército ruso, en vez de colaborar con su avance convenido, comenzó la gran retirada de

la que no saldría sino retrocediendo cada vez más y con mayor desorden. Había el Zar abdicado en marzo y Kerenski se esforzaba por mantener la disciplina. El empuje austro-alemán en Tarnopol precipitó del todo la huída. Al Norte, los alemanes entraron en Riga, al mando de Von Hutier. La disgregación se precipitó hasta que Lenin, subido al poder, ofreció el armisticio consolidado un poco después por la paz de Brest-Litovsk.

□ El 11 de julio de 1920 murió en Sevilla la Emperatriz Eugenia. Nacida en Granada en 1826, del Conde de Montijo y de María Manuela Kirkpatrick. De una belleza extraordinaria, la muchacha fué reservada por su madre a los más altos destinos. Poco le parecieron para ella el duque de Alba y el de Sexto. En París, fué presentada al joven presidente, príncipe Luis Napoleón, durante una recepción en el Elíseo. Quedó aquél tan prendado, que en cuanto se hubo proclamado emperador, se casó con ella, en enero de 1852. Dió a la Corte un brillo extraordinario e intervino con su influencia en la política del segundo imperio, sobre todo en la cuestión romana. Al terminar la guerra franco-prusiana y caer prisionero Napoleón, Eugenia pasó a Bélgica, fugitiva, por Maubege. Luego se instaló en Inglaterra. Desde allí partió su único hijo a la guerra de los zulúes, donde había de encontrar trágica muerte. Ya vieja se trasladó a su Andalucía natal, viviendo en el Palacio de las Dueñas de Sevilla, hasta la fecha de su muerte.—JOAN DE SELVAS.

LOS LIBROS

«LA BELDACA», (Novela guayaquileña) (1)

Alfredo Pareja pertenece a un grupo de escritores que están revelando una vigorosa personalidad en América: al grupo de Guayaquil. Decir que ese grupo representa lo más auténtico de la literatura ecuatoriana es, desde luego, una afirmación apresurada. Pero, afirmar que es lo más contexturado y más homogéneo, fluye de la mera lectura de sus obras. Cuando se compara «Huasipungo», novela de la sierra ecuatoriana, de Jorge Icaza, con las novelas de la costa y del montuvio, nadie dudará de lo peligroso que son ciertas generalizaciones. Ello no implica ningún regateo a la literatura del Guayas, vigorosa y descarnada, con un soplo doloroso y realista formidable.

Siluetá de Alfredo Pareja.

Conocí a Alfredo Pareja en Guayaquil, allá por el mes de septiembre de 1932. Yo acababa de llegar... Miento: yo iba, una vez más a Guayaquil, y no era en septiembre, sino pocos días antes que finalizara el mes de agosto, precisamente el día 27 en que había estallado en Quito el motín de la «Bolívar», en el cual pereció casi un millar de ciudadanos.

Lo recuerdo bien: yo había desembarcado en La Libertad,

(1) Prólogo de la novela ecuatoriana «La Beldaca», y en publicación en la Editorial Ercilla. Santiago. Chile.

puertecillo tirado sobre la arena, al norte de Guayaquil; puertecillo petrolero, en donde un funcionario vigoroso y jovial—Secundino Darquea—abría los brazos a los desterrados apristas que llegábamos de Panamá, en busca de tierras más cercanas al Perú. Acababa de ocurrir la tragedia heroica de Trujillo. Estábamos vibrantes de presagios y de voluntad de hacer. El autocarril avanzaba dificultosamente por entre un paisaje escueto y triste. Tiempo para meditar, y carne para soportar, y aridez para introvertirse. De pronto, un automóvil. Días antes había sido asaltado un coche y victimados sus pasajeros. Mi mano acarició instintivamente la culata de la pistola. Pero, no. Un par de brazos que se abren, y un grito fraterno: «Luis Alberto». Era Gilberto Owen, el gran poeta mexicano, pura imaginación y ansia incontenible de vida, quien me llamaba. Junto a él, un joven pulcro, de naricilla respingona, cabello castaño, vestido de blanco, sonriente: «Alfredo Pareja Diez Canseco». Y un señor Janer. Abrazos, noticias de la tragedia de Quito. Noches más tarde, en el *Portiche* de Guayaquil, Alfredo nos leía, a Owen y a mí, los últimos capítulos de su «Muelle». Discutimos sobre desenlaces posibles. Pareja, aseQUIBLE y atento, escuchaba las razones. Entiendo que de ahí nació la transformación del final de «Muelle». Pareja, demasiado contagiado del mesianismo verbal de la propaganda comunista, había querido liquidar su novela con una proclama encrespada a la Revolución Social.

No dudé, no dudamos de la intención ni de la eficacia, pero, sí, del buen gusto. Y Pareja, siempre tenso, discutió largas horas. Y así anudamos una amistad. Y desde entonces tuve el más profundo interés en que se divulgara la obra del joven escritor ecuatoriano, a quien las pasiones políticas del momento, habían inspirado dos libros de clave, uno de ellos bastante ácido. Fracasó una gestión en Buenos Aires: estoy seguro de que la Editorial bonaerense se ha dado cuenta de que «Muelle» es, por lo menos, de igual vigor a «La Virgen de los Cristeros» de Fernando Robles u otras obras. Y, sólo pocos meses después, «Muelle» apa-

recía editado por los hermanos Rumazo González, de Quito. Recuerdo que Alfonso Rumazo tuvo que vencer serias dificultades de «su» público, que resistía a «Muelle» como una obra salaz, cruda, revolucionaria. La mojigatería se alarmó contra Pareja, a pesar de que Benjamín Carrión—entonces Vicerrector de la Universidad Central de Quito,—amparó el libro con un prólogo encomiástico.

Poco después, Pareja partió, en una empresa comercial—marítima, a Lima. Y, ahora, al cabo de los años, tropiezo con un original suyo y una invitación a prologarlo. No es poca la satisfacción de tener una oportunidad para recordar tantos episodios, y de hablar acerca de Pareja, su obra y la literatura guayaquileña.

Algunos apuntes sobre Guayaquil.

Guayaquil es un puerto exuberantemente tropical. Posee todos los ingredientes del trópico: decoración y miseria convivientes; locuacidad y sensualidad; mujeres de cintura angosta y caderas anchas; hombres pálidos, de ojos brillantes; pereza visible; alimentación frutal y parca; obreros con anemia ostensible y señoritos de pulcros trajes blancos; chiquillos harapientos; problemas políticos de un localismo exacerbado; diminutivo presto, y familiaridad callejera; salacidad de vocabulario y agilidad de pensamiento; paisaje hermosísimo, con flora espléndida, pero la fauna humana exhibiendo los estragos del permanente estío; mosquiteros y hamacas; telas de vivísimos colores; cantinas con mesitas bajo los portales, y la crónica policial que siempre abunda, pintando secuestros, agresiones, violaciones, estupro.

Nada más lejos de mí que acentuar colores adversos. Amo el trópico, y he pasado en Guayaquil días gratos. Pero, su realidad, bajo la apariencia fugaz, encierra una injusticia que no se calla y una sensualidad desbordante.

Las pasiones en Guayaquil, sobre todo las pasiones políticas, son intensas, pero no extensas. Los líderes del movimiento obrero de 1922 por ejemplo, son hoy gentes cómodas. Los universitarios se pelean con los alumnos del Colegio Rocafuerte, por influencia de dos personalidades, los doctores Arroyo del Río y Trujillo. Hay comunismo teórico que, a menudo, no escatima la intervención caudillesca. La oposición con la sierra, si bien atemperada, es aún aguda. Los hombres son violentos, lo cual da un tono apremiante a sus pasiones, aunque no perduren mucho. La crisis del cacao ha echado una sombra de miseria sobre Guayaquil. Como siempre, el monocultivo antecede a la angustia económica. En un medio como ese, tenía que florecer una literatura de protesta, y así es la literatura de Guayaquil: literatura de protesta. Su realismo es una compensación al optimismo de la restante literatura ecuatoriana. Los escritores no vieron antes sino lo pintoresco. La poesía era... pero, esto merece párrafo aparte.

Dos tipos opuestos.

Comparemos «Cumandá» con «Huasipungo». En Mera, el indígena es un ser idílico. En Icaza, un ser como es: oprimido, miserable, agobiado por una carga secular. La poesía guayaquileña también era así. Con el grupo de Medardo Angel Silva, Falconi, Egas, era una poesía decadente, en la que los dramas individuales primaban sobre toda otra consideración. Si cabe una comparación gráfica, apelemos a lo francés: entre Bourget y Malraux. Bourget, en quien las dubitaciones individuales de un Robert Greslou son más importantes que la trama entera de su época. En Malraux, o en ese redimido Gide, en quienes el dolor multitudinario encuentra eco, y eco grandioso y tremante. ¿Acaso siempre no sufrió la masa? Claro que sí. Los centenares de miles de fusilados, confinados, presos y desterrados franceses de 1870 eran de estirpe humana. ¿Por qué la literatura no supo alquitarar aquella tragedia, y los literatos, con mohines

de superioridad tildaron a eso de «política»? No es que la guerra solamente haya cavado el surco. Es que la guerra puso en contacto a las gentes, acostumbró a ver el dolor cara a cara, y entonces surgió la conclusión lógica: el mundo vivía deformado por la literatura, o, mejor dicho, la literatura servía sólo de entretenimiento a los satisfechos. La angustia que germinaba en la literatura rusa, parecía entretenida e interesante. Pero después de 1918 Europa entera comprendió que lo entretenido e interesante era real, y la realidad, dolorosa, y el dolor, múltiple y circundante. Y la literatura hubo de apelar a aquello que estaba escondido entre las gárgolas del lenguaje estilizado, para expresar su protesta, su inconformidad, su agonía. La agonía no puede vivir con tersuras. Y nuestra crispación no admite otro vocablo que aquél que brota de lo más hondo de nuestro sentido de justicia herido, de nuestra angustia palpitante.

Los jóvenes escritores de Guayaquil, por eso, si bien rinden culto familiar a Silva, el suicida del Guayas, y al otro Silva, e suicida de Bogotá, saben que hay otro suicidio—suicidio colectivo—ante el cual no caben gestos de Jeremías, sino actitudes de remedio. Y la literatura ha adoptado la posición del que sirve a los demás, se ha decidido a servir, ella que estaba acostumbrada a que la sirvieran todos.

Definición provisional.

Alfredo Pareja no es, por cierto, un escritor revolucionario. Es un descontento. En el terreno de la revolución prefiere el extremismo de los libros, el asco a lo habitual y el retrato de las miserias que lo rodean. Igual Joaquín Gallegos Lara, cuya exacerbación tiene también como ingrediente su propio drama y su propio enclaustramiento. Algo semejante en Aguilera Malta, quien, por haber visto más mundo, por haber vivido más en contacto con la realidad torva de América, ha encontrado expresiones más logradas ya. Y así, en Gil Filbert, cuya juventud no es óbice, sin embargo, para una espléndida interpretación del

dolor de la costa ecuatoriana. Y en José de la Cuadra, en quien los resabios de su conformación intelectual, imponen cierta medida, discordante con el crispamiento de los ya nombrados. Y algo semejante pasa en Fernández Allorz.

Cabe, sin embargo, un reparo. Un reparo que, por lo demás, no es sino una comprobación. Los escritores del Guayas, lanzados al torbellino teórico, han perdido, muchas veces, energías en averiguar si estaban haciendo literatura marxista. Y marxistamente, preciso es advertirlo, marxistamente, una literatura responde a un hecho social, y un hecho social no es producto de una deliberación ni de un decreto, sino de una realidad.

La realidad social ecuatoriana es una de las más feudales de América. Tanto como la boliviana y como la de la sierra peruana. Es lógico que sus más conocidos exponentes literarios sean lucidores y señoriales, como Zaldumbide, y, aun a pesar suyo, como Benjamín Carrión, en quien la intención puede menos que el hábito, que la herencia histórica.

¿Quiere decir esto que, por tanto, la literatura guayaquileña deba someterse a los señores feudales de la literatura, de la economía y de la política? En manera alguna. Quiere decir, simplemente, que es bueno en un escritor observar y pintar, sin caer en la proclama ni en la publicidad. La anécdota de Tolstoy comprendido por Lenín y vituperado por los radicales vociferantes de la primera etapa comunista rusa, es muy aleccionadora.

La literatura ecuatoriana vive su hora de descubrimiento. Está calando en lo ignorado, en lo inédito: en el indio y el montuvio, pero, por herencia, se inclina a ver en ello el tipo, el protagonista macho, y por eso, tal vez, en la literatura del Guayas sobre todo, el estupro y la violación aparecen con más frecuencia de la real, e impregna a sus escritores de una aguda sensualidad a contrapelo. No quisieran serlo, pero se deleitan excesivamente en una cadera contorneada, en una nalga mórbida, en la pierna maciza de la india o la montuvia a la que no pueden mirar todavía sin ojos de captores, de conquistadores, de gozadores.

Personalidad y ámbito.

Sin embargo, es necesario recalcar que la literatura ecuatoriana es la primera que se desembaraza del ropaje colonial. Mientras la novela chilena vive todavía en epitalamio con la naturaleza; mientras en la peruana dialogan el tono viejo del espectador con el polémico del militante aprista que respalda sus dichos con sus hechos; mientras la mexicana atraviesa por la etapa más serena del que hizo y cuenta sus hazañas en tono de conversación de sobremesa—aun en el espantoso Fierro que aparece en «El Aguila y la serpiente» hay cierto desenfado de Aretino, que relata cosas naturales, no ya licencias carnales, sino licencias sádicas y sanguinarias— en el Ecuador, en donde no existe el compás occidentalizante de Chile, la plenitud mexicana que avanza por cauces más normales, aunque no menos laboriosos, después de una gesta cruenta; la crispación de la peruana que está ya en la brecha, peleando de veras; en el Ecuador se conjuga el ímpetu de hacer con la desorientación de no saber qué hacer. Y es ello lo que fluye de su literatura de hoy.

Alfredo Pareja y su nueva novela.

Quienes lean la novela de Alfredo Pareja, esta nueva novela, han de tener oportunidad de comparar las aseveraciones del prologuista con el rumbo mismo de la obra. Pareja será un gran novelista, a medida de que olvide dos hechos que pesan sobre él: su herencia aristocrática—y es heroico haberla sobrepujado, cosa que no han logrado otros de su misma estirpe—y sus devaneos teóricos que lo alejan del *hacer*. No creo yo que un literato deba por fuerza ser un actor. Pero, creo, sí, que debe ser un hombre cabal. Un hombre que se dé sin subterfugios. Yo no soy comunista, y, al revés, creo que la torpeza comunista en América ha malogrado más de un esfuerzo, como ocurrió en Cuba en 1933 y como ha ocurrido en el propio Ecuador tantas

veces, la rectificación—rectificación, sí, señor—del comunismo criollo ahora propicia, «frentes únicos», aunque con tales argumentos que denuncian sus propósitos de siempre—ver los casos del Brasil, Chile, Perú, etc. Pues bien, a pesar de no ser comunista, respeto a quien, siéndolo, consecuente con su línea de acción, se da. Admiro, por ejemplo, el sacrificio de un Barbusse, que ha dado a su causa, su estilo... y un libro mediocre—el «Stalín»—que no le hace honor como escritor, pero que contribuye a la propaganda de sus ideas. Y es este el caso. El escritor, en la hora americana que vivimos, no puede permanecer al margen, escudándose en argumentos especiosos que sólo sirven para ocultar su inactividad o su cobardía. La deserción del intelectual es hoy un delito. El intelectual debe rendir su máximo, en su forma de expresión más lograda y sincera, sin regateos ni subterfugios. Así lo hacemos los intelectuales apristas, en donde quiera que estemos; así lo hacen esos jóvenes poetas y escritores del nuevo Perú.

No envuelve lo anterior ninguna censura. Ni mucho menos al literato. Alfredo Pareja está llamado a ser uno de los primeros novelistas del continente, vale decir, *del idioma*. Lo es ya, pese a su poca difusión. Lo que le falta en tamaño y técnica, lo tiene sobradamente en energía y vigor. Su fuerza descriptiva y su patetismo no corresponden a una ficción, sino a un impulso sincero y auténtico. Por eso mismo, por tener tanta capacidad y tanta fuerza, soporta ventajosamente los reparos. Y tal, como ayer, saludé en «Muelle» una gran novela americana, hoy le agradezco a Alfredo Pareja que me haya brindado el exergo de su libro para unir mi nombre al suyo y dialogar con su intención, que es tan provechoso como dialogar con su propia persona.

Así termina esta disquisición inoportuna acerca de uno de los más sólidos y promisoros—mañana y presente en un haz—escritores del continente.

Destierro, Santiago, julio de 1935.—LUIS ALBERTO SÁNCHEZ.

ALCIDES ARGUEDAS, un escritor discutido

No se ha enfriado el ardor de las polémicas que suscitó, allá por el año 1909, la aparición de *Pueblo Enfermo*, el libro de Alcides Arguedas que iba a imponer rápidamente el nombre de este escritor, pero que estaba destinado, al mismo tiempo, a provocarle odiosidades, acusaciones, y una leyenda de hombre amargado y hasta morboso. Muchas plumas, sobre todo extranjeras, le defendieron; pero más numerosas fueron las que se movilizaron para atacarle. El libro corrió, levantando siempre tolveneras, y mereció—cosa inaudita en un libro americano de esos días—los honores de la reedición. Pero era una obra demasiado áspera para la sensibilidad lugareña, con verdades ardientes como ascuas, y la tranquilidad de su autor no podía dejar de ser acosada. Arguedas tuvo que irse a Europa; podía hacerlo. Europa, además, era entonces como un elemento indispensable para la ejecutoria del escritor. Días de Rubén y Gómez Carrillo; de bohemia calcada en el romanticismo, con capa española de esclavinas francesas, aunque de vueltas demasiado reveladoras del *rastaquier*. No fueron, por fortuna, novelas francesas con orejas indígenas las que escribió allí Arguedas. Dió muestra de no ser un simple *explotador de escándalos*, como algunos, y no precisamente sus detractores, temieron al leer los apasionados juicios de su requisitoria implacable contra los vicios de su pueblo: compuso y entregó a la luz *La Fundación de la República*, que era ya como el voto que decidía el camino elegido por el escritor; con esta obra Arguedas se adentraba en los laberintos de la Historia e iniciaba su obra de esfuerzo: su *Historia de Bolivia*. «Una Historia grande de un pueblo pequeño», pudo comentar con melancólica agudeza Francisco García Calderón. Año tras año fueron apareciendo hasta seis volúmenes de generoso empaste y apretada tipografía y que revelaban madura, laboriosa prepa-

ración; al margen, el autor anunciaba otros tantos títulos en carpeta y no descuidada su labor de novelista: una segunda edición de *Raza de Bronce* y una trilogía de novelas de la que *Vida Oriolla* sería un anticipo, estando a medio concluir el resto; y, en fin, *La Danza de las Sombras* (1), cuyo primer tomo, *Literatura y Viajes*, tenemos a la vista, estando en prensa el segundo, *La Política*.

La aparición sucesiva de los diferentes volúmenes de la *Historia de Arguedas* tenía la virtud de renovar la controversia que su primer libro promoviera. Nuevo ardimiento la encendía y en el encono para enjuiciarlo, como en el entusiasmo de sus panegiristas, no entraba en poco grado la política: político el autor mismo, si no militante activo, confeso al menos de una filiación *liberal*, que la tónica de algunos de sus libros parece confirmar, no podía ser de otro modo. Además, Arguedas no era un desaprensivo especulador de temas históricos ni manipulaba sus registros con frío objetivismo de exegeta; había sangre, humanidad, en sus interpretaciones y su pluma incidía la corteza de los hechos.

El discernimiento del *Premio Roma*, que ha recaído en Bolivia sobre *La Danza de las Sombras*, ha permitido esta vez participar a los escritores jóvenes en el enjuiciamiento a que está sometido largo tiempo este escritor boliviano. No conocemos la polémica sino por referencias y éstas nos dicen poco pero sirven para formar vastas síntesis. Vale la pena enunciarlas por lo que tienen de ejemplario y nos permiten asistir a una comprobación muy de nuestro tiempo: la de que no parece ya posible, hoy, el demasiado libre ejercicio de la inteligencia, como simple juego, sin una consiguiente responsabilidad ante su época y que la juventud reclama a los que lo practican.

Los términos del entredicho, desde luego, se renuevan: ya no se le enrostra a Arguedas, simplemente y vagamente, su «an-

(1) Sobs. de López Robert y Cía. Impresores. Barcelona. 1935.

tipatriotismo», sino que se analiza las doctrinas de su obra, sus métodos, su estructura, su actitud ideológica, sociológica y aun en sus puntos de vista psicológicos; el análisis también se detiene en la forma literaria, en el estilo. El cuadro abstraído a este flujo y reflujo de estimativas, negaciones y ponderaciones, esgrimidas en una atmósfera de juvenil, y muy justificada pasión, se podría componer así: 1) El primer historiador boliviano que organiza su obra utilizando una arquitecturación científica y ajustada al más severo pragmatismo; 2) Ideología liberal; 3) Pasional y a veces pasionista; 4) Racialista, concediendo demasiada importancia a la composición del pueblo boliviano y superestimando en exceso la influencia nefasta del mestizo y del indio; 5) Estilo cáustico y valiente; 6) Pesimista, su objetivación se goza en el lado sombrío de los hechos, actitud a la que parece haberse acostumbrado por el hábito de buscar la llaga del mal para revelarla; 7) Ausencia o desconocimiento de la influencia económica en el determinismo de la Historia.

De todo esto ha podido desprenderse una deducción: Arguedas, gran talla de escritor cuya obra merece todos los respetos, pero que en ningún caso le permite asumir la condición de un maestro. Para tamaña inhabilitación parecen decidir, principalmente, los dos últimos puntos. Los escritores jóvenes han reconocido tener un punto de vista perfectamente claro y definido de la Historia al través del materialismo económico. Cuanto al sambenito del pesimismo, la publicación de *La Danza de las Sombras* parece destinada a corroborar la vigencia del aserto con aportaciones cobradas en la boca misma del autor. Tiene este libro, sobre la obra anterior de Arguedas, el interés muy particular de estar organizada con recuerdos y confesiones de un escritor. *El fracaso de un escritor* se titula justamente la parte primera del libro y en ella nos relata el autor, convertido por voluntad propia en actor de los hechos narrados, «las miserias de la vida literaria». Un escritor sudamericano y sus luchas, su formación, sus ambiciones, sus ilusiones, sus contactos con el mundo

que lo rechaza y donde le es difícil hallar otro asidero que no proceda de la política, su fracaso en fin. La conclusión de Arguedas se resume en un subtítulo: *Escribir, faena estéril*. Y este alisio de escepticismo preside el curso de sus recuerdos, que no al azar el autor ha llamado *la danza de las sombras*. La segunda parte está destinada a describir «hechos y paisajes colombianos». En esa atmósfera, nueva para él, de Barranquilla, de Bogotá, de Cali, se airea un tanto la amargura del escritor, que desempeña ahora un cargo diplomático. Son páginas ciertamente agudas y profundas, jugosas, de la vida colombiana, y que nos recuerdan más de una vez la manera de Maurice Paléologue recogiendo día a día las pulsaciones de la vida rusa en *La Rusia de los Zares*. Pero al final se ensombrecen nuevamente los recuerdos del narrador y las páginas del libro: el autor abandona Colombia destituido de su cargo diplomático por el gobierno de Siles, que le reprocha «haber formulado declaraciones inadmisibles contra Estados Unidos». *Partir, c'est mourir un peu*, se repite con D'Haracourt al dejar las costas colombianas y el sabor de sus reflexiones se torna aún más amargo.

El lector no puede menos que extrañarse, ¿Por qué toda esta amargura? No es, por supuesto, únicamente, el escozor de la injusticia; un cargo diplomático, en fin de cuentas... ¿Qué entonces? ¿Sedimentos dejados por los ácidos del tiempo? ¿Desaliento del que estima «haber arado en el mar», componiendo una obra que no iba a ejercer, según él, ninguna influencia en los hombres y las cosas de su país?

Una amargura, de todos modos, que no es ciertamente el mejor signo de seguridad. Decía Dickens: «El mundo es de los que lo conquistan con fe y buen humor». El mundo, es decir, el dominio de sí mismo, de su seguridad interior. Y es eso, casi siempre, la falta de una fe—buen humor, euforia, seguridad—lo que amenaza, cuando no hiere mortalmente, el equilibrio del espíritu en ciertos escritores. Arguedas mismo nos cuenta la tragedia, con marco de París, de ese novelista boliviano. Ar-

mando Chirveches, que, perdido en su confusión espiritual, sin asidero, sin camino, rueda por la pendiente de las negaciones que lo arrastran al fin hasta el suicidio. No creía siquiera en el amor, esa deidad de los románticos, que le tendía sus brazos de mujer francesa—y hasta de dos mujeres—deseosos de salvarlo. Unas cartas, unas disposiciones, un pistoletazo, el último aparato para abandonar un mundo que había perdido para él su contenido.

Comentando la desaparición de dos escritores chilenos, Leonardo Pena y Francisco Contreras, también fallecidos en París, Ernesto Montenegro plantea el problema agudamente como un drama esquiliano librado en el alma del escritor. «Comienza cuando empiezan (los escritores) a sentir la dualidad de su temperamento: las fibras, las células de su organismo son americanas y quieren sentir los anchos espacios, el pleno sol; pero el espíritu es un amasijo de ideas del Viejo Mundo y los lleva a desterrarse». «Europa les devuelve el equilibrio mental, hasta cierto punto; pero como el hombre vive de algo más que eso, comienzan a sentir el vacío de América».

El vacío de sí mismo, que siendo el continente americano sólo puede colmarse de contenido también americano; lo exótico, lo adquirido corroe sus cavidades o las hace estallar.

Y es el drama de las almas a quienes falta una fe; una fe en lo que va siendo América, una fe en lo que puede ser, y será la sociedad futura, el mundo que ha de salir de la fragua de estos vacilantes días.—OSCAR CERRETO.

■

DON ANDRÉS BELLO, por *Eugenio Orrego Vicuña*.—Prensas de la Universidad de Chile, 1935.

Este don Andrés Bello, que viene de la primera juventud, más que en el código o la gramática, de unos versos profundos y serenos, de idilio viejo, lo había ido relegando en el pasado de

lecturas muertas, para sólo acordarme de él cuando saltaba de la pluma una «i» o una «j» de la rezagada ortografía del liceo. Eran los resabios del «bellismo» introducido en la primera década y que después habría de extirpar como maraña al escribir en el academismo oficial de la lengua.

Ahora don Andrés ha vuelto vivo, acaso como realmente lo vi en la imaginación, en aquellos aun no lejanos días, en una fotografía escolar reproducida para sugerir al niño el ejemplo del amor al estudio. Don Andrés aparecía, tras los anaqueles de lomos brillantes, sosteniendo en alto el libro que leía, como una bandera y su rostro lleno de toda esa plácida tranquilidad de abuelo prócer, los anteojos resbalando hacia la punta de la nariz, en una concentración de lectura tan íntima y tan hermosa que llamaba a no chistar y a andar en puntillas por la sala.

Yo lo veía así. Y así ahora Eugenio Orrego Vicuña nos entrega a don Andrés Bello, constituido en su biógrafo. Es decir, muy cerca del hombre y del sabio, juntándolos en bella humanidad de lucha y perfección, al nacer en la epopeya bolivariana y al morir en serenidad bajo el cielo de Chile. Hasta ahora sólo había sido estudiado en cuanto a humanista sin recalcar la gran lección de su esfuerzo civilizador. Su nuevo biógrafo ha sabido hacer una ajustada obra de historiador, viviente y erudita, que nos da la atmósfera de los primeros éxitos y adversidades del escritor en la emancipación política de América.

Bello forma la trinidad inspiradora con Bolívar y Miranda, pero uno y otros están entregados a diversos destinos. Bello lleva la parte menos brillante. El escritor empieza a concentrarse en las nieblas de Londres, a madurar en hambre y soledad el fruto de su capacidad superior, mientras Bolívar gesta su propia epopeya en las tierras calientes del trópico hispanoamericano. Uno y otro muéstranse separados en el empuje dinámico de sus espíritus: la ubicación le da a Bello, aunque está al servicio de su cancillería, un aparente egoísmo intelectual frente al escenario sangriento que en esas horas vive su tierra y toda la América.

Podría afirmarse que no comprende su época, como se suele expresar hoy de muchos escritores que no participan en la inquietud social, entregado como estaba Bello a entrever, en la biblioteca del general Miranda, rica en latinos y griegos, el mundo helénico: a alternar con filósofos de primera línea como Jeremías Bethan y James Mill; a pasar días enteros de investigación en el Museo Británico y aun a corregir una traducción española de la Biblia. Sin embargo, el pensador está alerta, como en los campos de batalla, y sufre lo mismo o acaso peor que los soldados aborígenes viendo delante de sí, «no la pobreza que a él ni a su familia le espanta, pues ya está hecho a tolerarla, sino la mendicidad», lo que en una ciudad como Londres era un toque dramático. Templado el cuerpo como un metal, su espíritu corre puro por las venas, y su genio vertical en conocimientos enciclopédicos prepara el advenimiento de la cultura superior en las jóvenes naciones, ansiosas de nutrirse en las especulaciones del intelecto europeo.

Chile es la voz más fuerte que le llama, y don Andrés Bello requiere a la lejana cruz del sur, ya que el norte de su «Zona Tórrida» sigue infiel. La voz de Bolívar vendrá tardía cuando ya esté «perdido en el país de la anarquía», curiosa expresión del Libertador, cuando quiere retener para su patria «al maestro de su misma edad» y que su gloria dejase en desamparo.

Bello no había permanecido indiferente para los observadores de las nuevas repúblicas, destacados en Londres, y que ahora aceptaban sus servicios. Este hombre modesto «sabía dar relieve al valor de su cultura y tenía clara conciencia de las grandes responsabilidades que le afectaban, con lo que dicho está, poseía el don apostólico y aquel heroísmo cívico que fortalece el ánimo de quienes se sienten marcados por el signo de un destino y soportan sobre las espaldas el fardo de una misión que ha de cumplirse hasta el fin. Esa misión, en Bello, se refería a la América española, a su América. Nacido en Venezuela, podía realizarla en Argentina, en el Perú o en Chile, porque era esencialmente un

americano que reconocía las banderas civilizadoras de una «patria grande»; con amor a las tierras y a las «patrias» pequeñas de su raza, pero con subordinación a un gran todo, a una vasta tarea de sentido continental» (1).

Llega Bello a la Universidad de Chile salvando lo que se le pone delante en prueba o atajo, en medio de las enconadas luchas por el predominio político. Duros sinsabores tuvo que atravesar para que se le reconociese por maestro de una nación, y no de un partido, y crear el nuevo espíritu para que sus enseñanzas fructificasen y sus reformas quedaran incorporadas al bagaje intelectual de Chile.

Bello entraba a actuar en el drama indígena y a sufrir en carne propia el empuje brutal de la pampa que sacudía, con Sarmiento, el penar de las persecuciones despóticas, y el anhelo de libertad de expresión. Entre estas dos fuerzas gestadoras su palabra debía adquirir el tono de una austeridad heroica para evitar el desbarre de los impetuosos y someterlos, con mejor experiencia del medio y de la época, a encontrar una sólida base, que enraizada en los progresos de la sabiduría occidental, se adaptase a la formación de una cultura chilena o americana.

En su tarea de biógrafo, Eugenio Orrego Vicuña resume cada uno de los aspectos del maestro, sobre todo aquéllos en que el educador y el legislador logran conciliar al político, llevándolo a su verdadero papel de civilizador en la orientación internacional de Chile con respecto a su influencia americana. No olvidará al escritor y al poeta donde se ha refugiado lo más puro que le dió el padecer y su conocimiento de los hombres. Su espíritu constructivo arrinconará sus versos en lo más íntimo y original de su mente para dejar fluir de ella la gracia virgiliana de la juventud, los acentos viriles de la emancipación, y en el reposo de su vida de educador, las odas serenas, y soberbiamente humanas de su dignidad de hombre.

«Don Andrés Bello», pág. 65.

Llegaremos a conocer al hombre íntimo. Su biógrafo nos abre la verja de su vieja casa en la calle de la Catedral. Nos tomamos en la puerta con tres señores de copa que salen hablando con el mismo calor que dejaron en la conversación interrumpida dentro de la casa. Es una trinidad de grandes hombres de Chile que acaban de hacerle su visita cotidiana a don Andrés. Son ellos Vicuña Mackenna, Barros Arana y Miguel Luis Amunátegui.

El maestro ha quedado solo, en su poltrona de inválido, terminando la colilla del habano, sin otra compañía que la de su nietecita Chabela, a la que empieza a dictar una carta, y la de su inseparable Micifuz, echado sobre la manta que le cubre los pies.

En ese reposo del atardecer de su vida lo va a sorprender su biógrafo para entregarnos algunos capítulos, ricos en sugerencias y colorido. El hombre ya no está en el mármol frío, ni en el código ni en la gramática: está en la vida. Surge su pasado, «los años de pasión en marco de niebla y miseria», la amistad con Bolívar, el amor que dejó prendido en llama de tragedia en la lejana patria, el vaticinio del Cristo de Caracas, la pérdida de uno en uno de sus hijos, los días felices de Peñalolén donde compuso la *Oración por todos*. ¡Cómo vamos queriendo esta figura prócer! ¡Cómo nos vamos reconciliando en nuestra absurda vuelta de espaldas! Don Andrés Bello vive su época, sufre, se le calumnia, se le olvida. Sin participar directamente en las luchas de su tiempo, salen su varonía excelsa y la sinceridad de sus sentimientos sobre el recuerdo del mármol, en vitalidad constante de cultura y de expresión al espíritu de la raza.

El «Don Andrés Bello» de Eugenio Orrego Vicuña es un hermoso ensayo de interpretación en el que no han disputado el investigador ni el artista. Ha sabido escoger y separar la documentación y darnos una proporción fuerte y simpática de la figura prócer, sin olvidar la calidad humana, punto básico de las investigaciones modernas.—SADY ZAÑARTU.

HIJOS DEL ALMA, por *María Teresa*.—Editorial Zig-Zag.—Santiago de Chile, 1935.

Cuando se empezó a editar en nuestro país, miramos con espíritu regocijado este anhelo de poner al alcance de las manos más modestas libros excelentes. Pero, desgraciadamente, se advierte en algunas casas editoras un desmedido afán de lucro, sacrificando la calidad al éxito comercial: la presentación tipográfica y la calidad de las traducciones son, en muchos casos, deplorables. Otras han mejorado notablemente ambas cosas; pero han subido demasiado el precio de venta. La Editorial Zig-Zag debe señalarse, entre otras, por sus últimas ediciones, de hermosa presentación, buen papel, claro tipo de letra y módico precio de venta. Tales, por ejemplo, «Hijos del alma», de la escritora chilena María Teresa; «Lluvia», del escritor inglés W. Somerset Maugham, y «Crimen y Castigo», del genial Dostoiewski, tomada esta última de una de las mejores ediciones españolas.

No conocemos a la autora de «Hijos del alma», ni sabemos cuál es el auténtico nombre que se oculta tras el seudónimo María Teresa. Se nos ha informado que aun cuando ha escrito ya otros libros, éste es, puede decirse, el primero que lanza a conquistar un nombre en nuestro ambiente literario. Más que juzgarlo dentro de severos cánones, debemos opinar como mero lector, dando espontánea expresión a los sentimientos que la lectura de esta novela suscitó en nuestro espíritu. Es un idilio un tanto romántico el narrado por María Teresa. Sencilla, sin truculencia torturadora, la trama se desarrolla con delicadeza muy femenina. Dos hermanos—Roberto y Jaime—que viajan en automóvil son sorprendidos por una tormenta. Jaime se accidenta, y tienen que pedir refugio en una casa de fundo. Aquí se encuentran con una familia que resulta conocer a la de ellos. Es un caballero viudo que vive con su hija única: Margarita; hermosa, alegre, simpática es ésta. Ambos jóvenes se sienten atraídos por los seductores atributos de Margarita, Jaime era pintor, sentimental,

dado a las vagas ensoñaciones del arte; Roberto, médico, circunspeto, había hecho el camino de su vida bajo las severas disciplinas del espíritu. Margarita se sintió también atraída por estos simpáticos e imprevistos huéspedes, especialmente por Roberto; pero la circunstancia de haberse tenido que quedar algunos días en el fundo, favoreció a Jaime, quien dió rápida expresión a sus sentimientos, declarándole a Margarita su rendido amor. Siguió el juego sentimental que es de suponer, y el matrimonio se realizó. Van a Europa en viaje de bodas; allá Jaime se entrega a la bebida; ya no es el joven sentimental, delicado, que Margarita conoció en su noviazgo: se ha tornado en un ser abúlico, camino de la perdición; su carácter se engrifa, llegando a darle malos tratos a su mujer, quien soporta resignada estas desilusiones que le laceran el alma. Regresan. Gracias a los consejos de Roberto, Jaime reacciona; trabaja nuevamente; en sus manos los pinceles realizan prodigios. Margarita se siente feliz. Mas las circunstancias se confabulan para que ese amor entre Roberto y Margarita, que había permanecido tácite, encuentre su más rotunda expresión. Y en el momento preciso en que ese amor va a realizarse en su forma plena y humana, ambos se detienen al borde del precipicio por donde iban a despeñarse. Margarita muere al dar a luz un hijo. Hijo de Jaime materialmente, pero de Roberto espiritualmente, porque fué a éste a quien entregó su alma.

Más que a las realizaciones externas de hechos tangibles, asistimos a la tragedia íntima de Margarita que vió quebrantado el camino de su vida por un simple capricho del destino. María Teresa nos insinúa esa tragedia que nunca estalla y que va silenciosamente lacerando el corazón de una mujer. A pesar de que el tema es poco novedoso y de que toda la obra está animada de un aliento romántico, un tanto fuera de la época, María Teresa tiene el buen gusto de no caer en la sentimentalidad y la sensiblería.

El estilo sencillo, sin fallas notables, tiene aciertos que debemos subrayar: «¡Qué distinto es el ruido de la lluvia en el si-

lencio del campo! Tiene un habla desconocida, un lenguaje único que atraviesa todo obstáculo y va derecho al corazón; posee un poder oculto, maravillosa fuerza que apiña los recuerdos en montones y los arroja inexorable ante el alma asustada que, al verse dueña de tanta añoranza, vuelve en sí, ordena ese pasado y recorre una a una esas etapas ya olvidadas. El golpear de la lluvia en el silencio del campo es el tic-tac del tiempo que pasó. Cada hora, cada minuto revive, se colora, toma forma y se impone, altivo recuerdo que se ha creído olvidar; pero que viene a golpear el alma y no se va hasta que de nuevo el corazón saborea la gota de miel o la porción de amargura que trajo en otro tiempo (pág. 8)».

Por la forma como María Teresa desarrolla el tema y por la soltura y espontaneidad de narrarlo, «Hijos del Alma» se lee con ese mismo interés sentimental con que escuchamos románticas historias de amor de otros tiempos.



LLUVIA, por *Somerset Maugham*.—Editorial Zig-Zag.—Santiago de Chile, 1935.

Nada conocíamos de W. Somerset Maugham, y hemos de confesar que estas tres novelas cortas que forman este volumen que se publica bajo el nombre de la primera, nos han agradado en tal forma que Somerset entra de golpe a integrar el grupo de nuestros escritores preferidos. Como Conrad, y como el Lawrence de «Canguroo», Somerset cultiva la novela exótica, pues los temas y ambientes los ubica en lejanas regiones del misterioso Oriente, en medio de palmeras y de hombres de color, donde llegan ingleses isleños que son otros tantos personajes exóticos. De este contraste entre el ambiente y los personajes, nace, sin duda, el interés novelesco, que Somerset sabe sutlizar mediante originales introspecciones psicoanalíticas.

Son temas eróticos los enfocados por Somerset. En «Lluvia», en una región de lluvias tropicales, pinta el encuentro de una mujer de vida liviana y poco esquiva a las realizaciones amorosas con un pastor protestante que anda en misión evangelizadora. Este, en nombre de la moral e invocando la Biblia, hostiliza a la mujer, la persigue con saña, hasta que ésta debe alejarse por resolución inapelable de la autoridad del lugar. Mas la muchacha se mantiene reacia a todo cambio de vida y opta, finalmente, por seducir al puritano pastor, quien, al verse vencido por la carne, se suicida. Mientras todos creían que el fanático había logrado conducir a la mujer por caminos de costumbres santas, las largas sesiones que con ella tenía eran para gozar de los deleites terrenales que en forma tan seductora una mujer de costumbres depravadas le ofrecía... Humorismo de la mejor ley es el que destila esta hermosa novela.

Tema erótico también es el que aborda en el «El proceso Crosbie», la mejor novela del volumen a nuestro juicio. Aquí encontramos el consabido triángulo: la mujer, el marido y el amante; pero detrás de estos clásicos personajes aparece uno misterioso, cuya presencia se advierte fugaz como una sombra, pero que deja tras de sí un reguero de perfidia. Es un personaje asiático, tortuoso, ladino, que se oculta bajo el misterio oblicuo de sus ojos. Los hechos narrados por W. Somerset tienen relativa originalidad; el interés de los relatos residen en el penetrante poder de análisis con que disecciona las almas enamoradas y en las descripción de los lugares donde ubica los hechos novelados, en medio de una vegetación y costumbres totalmente nuevas para nosotros.

La traducción del inglés hecha por Angel Cruchaga Santa María y por F. H. Ingles está vertida en correcta prosa castellana, pudiéndose aspirar el perfume exótico que emanan estos relatos novelescos.—MILTON ROSSEL.

EL PREGÓN EN LLAMAS, por *Carmelina Vizcarrondo*.

Objetivos en su mayor parte, los poemas de este «Pregón en llamas» (1) acusan, desde luego, un claro dominio de la forma, cosa no común en la obra de un poeta que da su primera clarinada.

Si Carmen Alicia Cadilla, poetisa también de Puerto Rico como la autora de este libro que comentamos, aguza y afina la palabra en sus poemas sentimentales y sugerentes, Carmelina Vizcarrondo pone toda su riqueza verbal en sus poesías descriptivas.

De las formas que cultiva, tal vez sea en el romance, tan traído y llevado hoy en España y en América, donde están más en evidencia las grandes cualidades de su temperamento lírico. Verso fácil, trazo firme, adjetivación novedosa casi siempre, no cae en la imitación servil a García Lorca y a Guillén, como tantos poetas de Indoamérica.

Sus romances a Sandino y «Cara y Cruz», acaso lo más definitivo del libro, no revelan un espíritu de mujer. El primero, sobre todo, tiene cierta arrogancia de idealismo político y una comprensión muy acertada de la tragedia de América bajo el imperialismo de Yanquilandia. Por algo la autora de «Pregón en llamas» ha nacido en Puerto Rico y sabe del yugo que lastima.

No puede afirmarse rotundamente que el verso de Carmelina Vizcarrondo carezca de cualidades subjetivas apreciables. Su poema «Mi barca», de transparencia muy evocadora, es prueba suficiente de su fina visión interna.

Creemos ver en este primer libro de la poetisa portorriqueña poesías de épocas bien distintas. La forma balbuciente de «Elegía» y «¿Por qué será?» lo dejan suponer con cierto fundamento.

(1) Soley y Valverde. Editores.—San José (Costa Rica).

Sin asomos de esa sensualidad que aparece a menudo en la labor poética de las mujeres indoamericanas, Carmelina Viscarrondo da con este primer libro una nota de originalidad bien apreciable.—C. P. S.

RIMAS SERENAS, por Rogelio Sotela.

La selección de su labor poética de veinte años (1914-1934) reúne en este volumen (1) el conocido poeta y crítico de Costa Rica.

Partes de «La senda de Damasco» y de «El libro de la hermana», junto a poesías no publicadas antes de hoy, nos muestran en sus perfiles exactos la personalidad lírica de Rogelio Sotela.

Poeta que no ha abandonado la forma clásica, cualquier crítico profesional le ubicaría sin mayor esfuerzo en la escuela modernista. A nosotros nos interesa solamente la corrección sonora de su estrofa, la sencillez y la diafanidad de sus motivos. Otros se encargarán de encasillarle con fruición matemática.

La nombradía de que goza en América este poeta centroamericano la debe, con justicia, al «Libro de la hermana», publicado en 1926. Fino, emocionado, alcanza en él la pureza máxima a que puede aspirar un poeta.

Tiene ese libro páginas de antología, como el soneto «Todo se copia sobre el agua obscura» y el poema «Convalecencia», reproducidos en muchas revistas literarias del Continente.

A sus cualidades subjetivas hay que añadir ahora—con las poesías inéditas que esta selección nos hace conocer—sus grandes condiciones descriptivas. El «poema de la Marimba», entre otros, nos muestra su fuerte y precisa visión externa junto a una gran riqueza verbal y a una justa armonía imitativa.

(1) Soley y Valverde. Editores.—Sgn José (Costa Rica).

Creemos que este libro de Sotela tiene el defecto de toda selección hecha por el propio autor: hay en él cosas que debieron excluirse, como algunos poemas tomados del libro «La senda de Damasco», que no le prestigian.—C. P. S.



ROL DE LA MANZANA, por *Jorge Carrera Andrade*.

Sencillez y claridad muy modernas y muy antiguas hay en toda la obra lírica de este poeta ecuatoriano. Desde su «Estanque inefable», publicado en 1922, hasta este «Rol de la manzana» (1), lleva hecho un largo aprendizaje de transparencia, y su personalidad no es cosa que pueda ya discutirse.

Naturalidad y fluidez en la versificación; justeza elegante en los adjetivos y honda sugerencia en cada verso, hacen de Carrera Andrade una de las más altas figuras de poeta en la hora actual de Indoamérica.

Su verso plástico anima las pequeñas cosas del mundo, el caracol, la nuez, la araña, son verdaderos hallazgos de expresión poética, y sabe dar—palabras de Benjamín Jarnés—«nombres nuevos a las cosas».

Es única su manera en la poesía del Continente. Levantando los hombros a las modas literarias que lucen y se pierden en definitiva, él ha escuchado el signo promisor de la vida sencilla, y piensa que la verdadera poesía está ahí. Oigámosle en su «Evangélio de la Sor»:

Sor Angela, Sor Angela, hermana de mi madre,
pluma limpia de garza o pan sin levadura.
Tu corazón madruga y tus párpados se abren
apenas nace un gajo de cristal en la altura.

(1) Esposa-Calpe, S. A.—Madrid. 1935.

A la casa de barro en que alienta mi espíritu
bajan tus manos santas como alas de paloma.
El color azul suena su trompetín de vidrio
y se escucha el rumor callado del aroma.

Sor Angela: salud de los enfermos, vía
de dulzura, vellón, mi vaso de cariño.
Pasas como una luna sobre la tierra mansa
nevando castamente los sueños de los niños.

Manojo de hostias, leche de corderas pascuales,
evangelio de anémonas nevadas, Sor Espuma;
el rumor de tus hábitos es hermano del Angelus
y tu voz tiene el roce de una celeste pluma.

El aplauso resonante que obtuvieron en España sus dos últimos libros, «Boletines de mar y tierra» y este «Rol de la manzana», dan un timbre luminoso a la poesía de América.—
C. P. S.



EL VELERO MATINAL, Ensayos, por *Fernando Diez de Medina*.—
Editorial «América». La Paz. Bolivia, 1935.

Fernando Diez de Medina ha publicado anteriormente dos libros (de poemas) por los cuales ha sido elogiado en diversas partes del continente y fuera de él, según afirman numerosos comentarios que se adjuntan a «El Velero Matinal». Este, su tercer libro, es de ensayos. Prepara, además, una obra de crítica sobre la literatura boliviana y un tomo de cuentos.

En «El velero Matinal» lo primero que se observa es la diversidad motival de sus páginas no obstante ser notorio que en ellas predominan aquellas orientadas en un sentido de preocupa-

ción por la cosa o suceso latinoamericano, más estrictamente, boliviano, a cuyo pueblo pertenece el autor. Esto, en cuanto al exterior, sin más grande importancia. Mas, en lo que se refiere a la médula misma de la mayor parte de la obra, ya es otra cosa. Porque Diez de Medina al buscar para sus ensayos la preferencia por el tema de contextura vernácula, es impulsado por el propósito definido—no exteriorizado abiertamente, pero no por eso de evidencia más fácil y cercana—de destacar analizando, comprendiendo, estructurando la expresión humana de Bolivia en cuanto a individuo, a personalidad y siempre constatando la oposición a su medio, a pesar y tal vez por lo mismo: ser una consecuencia de este. O la oposición del ambiente al individuo. En verdad, ambas; la mutualidad en lo hostil. Otras veces, desconocimiento de la personalidad por la atmósfera colectiva. Por excepción, el triunfo de aquélla sobre ésta.

Seguramente, lo dicho, es cierto; pero en un significado general, global. En lo particular existe una tentativa de interpretar la idiosincrasia boliviana a través de algunas de sus personalidades más señeras y significativas o mejor, de elucidar ciertos aspectos de su realidad física y humana, aquella, desde luego, en la evidencia telúrica y la última, en la fisonomía de sus artistas, políticos y escritores. En el fondo, tal vez, una aspiración muy loable de encontrar los elementos diferenciados que puedan individualizar a Bolivia como nación, o, cual acertadamente lo explica Fernando Diez de Medina, de país, ya que filosóficamente no se puede hablar de Bolivia como nación, así como de la mayoría de los otros pueblos de Latino-América, que en este sentido—agregamos nosotros—se encuentran finalizando su período larvario, si exceptuamos una que otra república. Esta orientación le da unidad, sino al volumen, por lo menos a los ensayos que orillan, adentrándose, el tema aludido.

En otras ocasiones no es difícil entrever el interés de Diez de Medina de estudiar algunas individualidades bolivianas desde un punto de vista de mayor amplitud, o sea, habiendo conseguido

afirmar su importancia local, desprender ésta de su clima originario, desarrollándola en el espacio continental y aun más, dándole cierta entonación ecuménica, en lo que se refiere a sus características cualitativas.

Es el caso de Franz Tamayo a quien Fernando Diez de Medina le dedica el ensayo primero de su volumen, considerando la labor escrita de que es autor como la expresión artística más completa que haya producido hasta hoy Bolivia. Y es, precisamente, sólo en este sentido en que aparece analizado el creador de «Los Nuevos Rubayats», es decir, únicamente como artista. «El hombre y el político quedan al margen».

«Un artista en América. Difícil hallazgo, inaudita presencia. Sin embargo, el milagro es posible!» dice Diez de Medina. Y el milagro en Bolivia se llama Franz Tamayo, a través de cuya obra por primera vez florece lo boliviano como realidad artística de consecuencia extra local, según se desprende del ensayo de Diez de Medina. Y en esta consideración ya está fijada la posición de Franz Tamayo en el sentido de que hablamos más arriba, pues, siendo artista su labor, necesariamente, tiene que traspasar la medida geográfica de su país, afirmamos.

«Lo boliviano en Tamayo, agrega Diez de Medina, es la incontenible voluntad creadora. Es nuestro paisaje, cuya presencia hincha la línea de sus versos. El aliento telúrico que insufla poderosa plasticidad a las imágenes. La vieja raza que no se reconoce vencida y se yergue fieramente contra la fatalidad histórica.

«La raíz de su bolivianidad es el sentimiento estético del Ande, que gravita con trágica grandeza sobre el hombre adusto del altiplano. Es el alma proteiforme de la tierra que le brinda sus mil fuerzas dispersas, concediendo una virtud escultórica a sus versos, donde se forjan torsos y se tallan formas rebeldes, en este medio bárbaro de las altas mesetas en que introducir el orden y esculpir cuerpos, es sólo misión de precursores».

En verdad, estos ensayos de Diez de Medina son un aporte

esencial para la comprensión del país del altiplano. Asomarse a ellos es acercarse a lo que, para darle un nombre, es el alma de Bolivia. Y éste se, tal vez, uno de sus méritos más fundamentales, uno de sus valores intrínsecos más permanentes pues, en el estudio de algunos de sus hombres más representativos en las diversas esferas en que desarrollaron o desarrollan sus actividades, vemos, al mismo tiempo, de una manera sincrónica, las características más salientes de los personajes analizados, como también esbozos, insinuaciones, sugerencias, cuando no evidencias, de la psicología del pueblo boliviano. Esta dualidad tan respetable y tan difícil de presentar con justeza, acrecienta todavía más el mérito de los ensayos de sustancia vernácula que vienen en «El Velero Matinal». Ahora, si agregamos el limpio y rico lenguaje con que están escritos y que frecuentemente alcanzan una poderosa entonación lírica, sin por eso perder la precisión del pensamiento o de la idea; la sugestión de sus proposiciones o conclusiones; la seguridad de bordear acertadamente una síntesis colectiva, podemos asegurar que «El Velero Matinal» es un buen libro y digno de lectura por todos aquéllos que se interesen en el conocimiento de un pueblo, o, simplemente, solazarse en un volumen escrito armoniosamente.

Las cualidades anotadas en cuanto a lenguaje, pensamiento, etc. sobre los ensayos de temas bolivianos, pueden también reconocérseles a los otros que giran sobre diversos motivos. En aquéllos y en éstos resplandece la aguda presencia de una cultura literaria y artística muy firme y completa que es tal vez la que le comunica a todo este volumen esa decencia tan parca en otros libros de autores sudamericanos.

Por todas las condiciones ya señaladas «El Velero Matinal» y aunque esté demás decirlo—porque a través de este breve comentario ya ha podido desprenderse nuestro juicio—es una obra que sobrepasa el término medio de la producción literaria de Latino América. Pero es para nosotros una satisfacción poder constatarlo nuevamente.—A. T.

■

PANORAMA DE LA LITERATURA NORTEAMERICANA (1600-1935),
por José Antonio Ramos.

En la América de origen hispánico es muy frecuente la actitud de reserva despectiva, aun en individuos de cultura general un tanto extensa, en lo referente a la expresión literaria y artística de los Estados Unidos de Norte América. Aun más, posición negativa de sus valores en la mayoría de los casos, basada en la muy ingenua apreciación de que el Imperio más grande del mundo está dominado por un avasallador «materialismo» que impide el desarrollo continuado y colectivo de su literatura, de su pintura, etc. En el fondo quizás esta actitud se explique más claramente por la conciencia de la inferioridad económica que vive Latino América respecto a ese formidable país que, debido a la potencia de este mismo orden, domina el extenso continente del sur, hasta el extremo de que casi todo él no es más que una semi-colonia de los Estados Unidos. Además, todavía existen seres que agitan el mismo romántico símbolo de Rodó: Ariel, Calibán... conformándose con esta elemental elucidación.

Lo cierto es que gran parte de los individuos que subestiman la literatura norteamericana, no la conocen y si esto último sucede, tienden inmediatamente a mirarla desde un punto de vista comparativo—en detrimento de su valor expresional—con las viejas literaturas europeas, olvidando que Estados Unidos es una nación infinitamente más joven que cualquiera de Europa. A veces, y tal vez son los más, otros conceden la existencia de algunas individualidades — Poe, Whitman, etc. — pero desconocen la viviente realidad de un conjunto que se llama literatura norteamericana. El que comenta acaso en un tiempo, ya un poco distante, piensa lo mismo. Hoy día, considera muy falsas tales posiciones para enfocar la vida intelectual de los Estados Unidos.

Por lo demás, la generación joven de Latino América se acerca a su amo imperialista del norte con un verdadero afán de estudio y conocimiento, pues la actitud lírica, que era la inveterada, no concuerda con la época que vive.

No conocíamos ningún ensayo de las proporciones de éste, donde se estudiara en conjunto la literatura norteamericana, desde su nacimiento hasta nuestros días. Apenas, uno muy breve y muy denso de Pedro Henríquez Ureña sobre sus escritores actuales y, en uno de sus aspectos importantes, el poético, la «Anthologie de la Nouvelle Poesie Americaine» de Eugene Jolas, editado por «KRA» algunos años atrás, según creemos en 1928. Pero, desde luego, ninguno más completo que este «Panorama de la Literatura Norteamericana» (1) de que es autor el escritor cubano José Antonio Ramos que residió durante largo tiempo en la tierra de Ezra Pund (el amigo de Joyce), sirviendo un cargo consular en Filadelfia y que revela un conocimiento profundo y seguro de la historia del desarrollo literario de Yanquilandia, como también de sus desenvolvimiento económico, social y político.

Es corriente encontrar en obras que llevan por título el de «Panorama,», no tan sólo en las tierras de América sino también al otro lado del Atlántico, una ausencia de relación entre el nombre y el contenido, porque generalmente las obras así llamadas estudian sólo algunos de los aspectos que estructuran un panorama. Y casi nunca penetran en las raíces de un movimiento cultural que se pretende analizar de esta manera. Por suerte, no es este el caso de la obra de José Antonio Ramos, escritor que une a sus valiosas e innegables condiciones personales una orientación definida para apreciar la materia de su ensayo y una poderosa capacidad de síntesis. Como consecuencia, la densidad de hechos significativos proyectando sus señales peculiares en una apretada y certera visión condensadora.

Ediciones «Botas», México. D. F. 1935.

Lo primero que es necesario destacar en el «Panorama de la Literatura Norteamericana» es la convicción de Ramos de que todo fenómeno intelectual tiene sus orígenes en el desarrollo económico de un país, no obstante no demostrarse partidario de la doctrina del materialismo histórico. Esta convicción, que nos parece muy acertada y cuya vivencia es indiscutible para todo sujeto que no tenga prejuicios «idealistas», le da a este ensayo un contenido de extraordinario interés y de no escasa novedad, ya que no es una costumbre en trabajos de esta especie, donde, por el contrario se estudia el hecho artístico completamente desligado de la sociedad donde tuvo su origen, como un fenómeno aislado y puramente individual. Aquí en Chile, por ejemplo, podríamos citar más de un volumen que confirmaría lo que apuntamos.

«Son los hechos materiales, dice Ramos, la base fundamental de los grandes hechos históricos, por variados y preñados de múltiples consecuencias que éstos sean», y naturalmente, «el propósito de nuestro esfuerzo no es el de entretenernos en la flor, deteniéndonos en su color y su perfume, sino el ir hasta la raíz histórica del hecho artístico». Entonces, de acuerdo con el principio sustentado, Ramos comienza fijando las características económicas y sociales de las colonias inglesas, pues ellas son las que determinan el nacimiento de la literatura norteamericana. Y sólo después de haber realizado la exposición del clima histórico, discriminado sus condiciones específicas, las causas de su vitalidad naciente, entra José Antonio Ramos al estudio particular de la literatura, pero sin aislar jamás ésta de aquél, más bien, siguiendo paralelamente el análisis de ambos sucesos. Esta continuada unión entre el hecho histórico y el artístico, este maridaje entrañable persiste en toda la obra, dándole una consistencia orgánica.

No existe acontecimiento saliente en el proceso económico, político y social de los Estados Unidos que no profile su significado en las páginas del «Panorama de la Literatura Norteameri-

cana», desde que casi al legendario capitán John Smith lo eligieron jefe «del grupo de colonos que desembarcó en Virginia el año 1607, mientras reinaba en nuestras tierras españolas la real calamidad de Felipe Tercero»; desde que en Virginia se constituye en 1619 «el primer cuerpo representativo del Nuevo Mundo: la «House of Burguesses», en Virginia, donde algunos años más tarde el Gobernador Berkeley «agradecía a Dios que no hubiese escuelas ni imprentas»... hasta la última formidable crisis económica que ha agitado a los Estados Unidos, como a casi todos los demás países del orbe. Este factor duplica el interés que produce la lectura del «Panorama de la Literatura Norteamericana» porque al mismo tiempo de ir conociendo el desarrollo literario del pueblo norteamericano, vamos recordando los hechos más salientes de su historia.

No es posible dejar de consignar otro de los méritos medulares de este volumen y que tiene una crecida importancia para los latinos americanos y es que en gran parte de él aparece la preocupación permanente, encendida, aguda por el problema material e intelectual de estas repúblicas «majaderas, arrogantes y perturbadoras» analizando su pasado en sus características generales y siempre en un sentido de comparación respecto a los Estados Unidos, de manera escueta, es verdad, ya que no es éste el propósito que anima la obra, pero no por eso menos penetrante. Además, señala las diferencias cardinales que desde sus orígenes se apreciaron nítidamente, apartando el destino de progreso de ambos grupos humanos, como también sus elementos de contacto que José Antonio Ramos, con acertada perspicacia, observa sobre todo en las colonias del sur de lo que debía ser después los Estados Unidos de Norte América—Virginia, etc—con las colonias americanas de ascendencia española, porque «se encuentran innumerables puntos de contactos con nuestra propia historia», más que nada por el parecido de la naturaleza económica. «Veréis así, dice Ramos, que no pesan tanto las razones de raza, -eligió y lengua en el destino de los pueblos, como su economía,

sus medios fundamentales de vida». Por lo demás, esta preocupación, esta vigilancia apasionada se explica fácilmente por la razón ya expuesta como por el continuo encontrarse a lo largo de su existencia, fatalmente, no para bien de las repúblicas del sur, como es natural que suceda debido a la índole de la economía de éstas.

Debido al carácter de este comentario no podemos extendernos con la amplitud que desearíamos para analizar con la atención que merece este volumen, cuya densidad ideológica es manifiesta y tan preñado de vastas sugerencias de significado general, como de sentido americanista. Pero creemos haber hecho una síntesis, muy incompleta seguramente, de los puntos más esenciales que lo animan. Y a esto era a lo que aspirábamos, en parte.—A. T.



LA IRREVERENCIA HISTÓRICA, por *Sigfrido A. Radaelli* (1).

Este libro justifica su título. Pero no confundamos la recta finalidad de su elección. Aunque el desacato o irreverencia histórica de Radaelli va contra una falsa e ingenua visión de la historia argentina, no es empujado por un propósito de subversión escandalosa, sino por un noble, sencillo y respetuoso afán de esclarecimiento del pasado argentino. «Esta irreverencia con la historia argentina y con los historiadores de su historia—dice en una nota al capítulo *De nuestro falso nacionalismo*—no es, en el fondo, sino una despreocupación por cierto afectado empaque, por ciertas formas absurdas de cortesía, por cierta simulación muy sociable que se acostumbra usar con éstos y con aquélla».

(1) Volumen II de la *Colección Megafano*, edición Tor.—Buenos Aires. 1934.

El volumen está estructurado en dos partes esenciales. En la primera, compuesta de dos ensayos, uno designado con el título del volumen y otro sobre *Los estudios históricos argentinos*, se exponen conceptos fundamentales sobre historia. La segunda parte está formada por cuatro trabajos titulados *La otra vida de Sobremonte*, *Retorno de Rosas*, *Vocación histórica de Mitre* y *Rehabilitación de la Historia de Grosso*.

Todo el libro se halla fielmente subordinado al sistema de ideas del autor. La unidad de pensamiento vincula a los trabajos, no obstante la diversidad de temas. Un mismo miraje histórico, la sujeción a un mismo método, regulan constantemente la exposición del discurso.

* * *

Las ideas centrales de Radaelli deben buscarse en los dos capítulos primeros de *La irreverencia histórica* (*La historia como política* y *De nuestro falso nacionalismo*) y en los ensayos *Los estudios históricos argentinos*, *Vocación histórica de Mitre*, y *Rehabilitación de la Historia de Grosso*.

Al señalar algunos de los referidos pensamientos esenciales, empecemos por decir que Radaelli destaca la importancia actual de la historia. El curso de sus reflexiones nace de una frase de Croce: Toda revisión del pasado supone una correlativa revisión de lo que es actual. Y a esto Radaelli llama «la historia como política». Hacer política es «la auténtica función de la historia», (pág. 14). Adviértase que emplea la palabra *política* en su sentido más digno y racional.

El conocimiento exacto de nuestra historia constituye uno de los ingredientes necesarios en la faena de construir el porvenir de la Nación. Sabiendo francamente lo que hemos sido, comprenderemos más fácilmente nuestro ser actual y aclararemos las posibilidades de nuestro destino. Como los individuos, una nación es un poco el resultado de su voluntad y de su propio devenir:

la voluntad se aplica a encauzar, a dirigir y a crear ese río inagotable, cambiante y eterno de la historia. La historia de un pueblo fluye como un río: con su misma variedad y precisión recorre un fragmento de tierra, va depositando en las orillas el limo de su vida y lo va impregnando de la experiencia que levanta; al final, se deshace—silenciosamente a veces, a veces con fragor—en otro río o en un mar: allí se confunde o muere» (págs. 16 y 17).

El auténtico historiador «reconoce», «interroga» su pueblo, su patria, para hacer su historia (pág. 15). «La patria—dice—es un ser con una fecha más o menos precisa de nacimiento, con infancia, con adolescencia, con madurez y con declinación y muerte. Como en todo ser, en ella puede advertirse ya desde fuera una continuidad; desde dentro, se siente latir la presencia de una vida organizada, con riberas y límites y con expresión personal. Este espectador comprueba, por la historia, cómo este suelo y este pasado sostienen un mismo idéntico país. El le descubre su sentido» (págs. 15 y 16).

Se transparenta aquí la concepción política y dinámica de la historia que levanta el pensamiento de Radaelli. La idea tiene trascendencia: el conocimiento de la historia nacional debe ser uno de los sostenes de la voluntad constructiva de todo hombre con responsabilidad en el destino de un país. Por esto, Radaelli llega a decir, al referirse a la necesidad de historia propia: «...una versión cualquiera, sincera e irremisiblemente parcial de los años que ha vivido un pueblo y de la forma en que los ha empleado; un sentido de la historia como aventura común de un pueblo. Para muchos países preocupados de su autonomía es más importante tener esa historia que tener una bandera o un prócer» (pág. 21).

Mitre tuvo la noción dramática de esa necesidad. Así lo dice Radaelli en el ensayo que le dedica. Mitre comprendió que «su historia—la idea de una historia de los orígenes y formación de su país, que él habrá de estructurar y que se ha convertido ya en un imperativo que no podrá dejar de cumplir—es algo

tan necesario para la unidad de las provincias como son las constituciones y las leyes» (pág. 112). «Mientras se suceden los congresos y las legislaturas, es preciso ir sabiendo qué somos nosotros, qué significa nuestro país, qué seremos mañana. No hemos tenido sino escasos datos, montañas de expedientes, párrafos sueltos e inconexos, un montón de odios, un optimismo presuntuoso del que nunca llegaríamos a desprender, un ancho caudal de desprecio hacia el pasado que apenas podemos presentir» (págs. 112-113).

La versión que tenemos hasta ahora de nuestra historia es inconexa, contradictoria e insuficiente. Es menester revisar los fallos históricos que muchos creen definitivos, desmoronar una parte de la historia anteriormente escrita, inmovilizada por un absurdo respeto hacia la forma del pasado, convertida en dogma. Radaelli propone, entonces, como finalidad de la investigación histórica argentina, el examen de las versiones tradicionales, aunque haya que derribar algunos falsos próceres, petrificados en sus estatuas, y reanimar la historia, buscando una visión real, vinculada a nuestro pensar actual.

Pero la revisión no puede llegar a convertirse en destrucción sistemática e injusta de la historia escrita por hombres que realmente significan un valor. Por esto, al juzgar a López, Radaelli dice: «Vicente F. López ha sido en los últimos veinte años muy desacreditado; nosotros pensamos que se le ha rebajado en forma excesiva. Claro que no fué un historiador perfecto ni modelo, pero no bastan una docena de minucias para que cualquier reciénvenido se meta desconsideradamente con él; su nombre siempre será respetado» (pág. 56).

Otra de las ideas fundamentales de este libro se relaciona con la necesidad de una historia social de la Argentina, no sentida por todos los cultores de la materia, que generalmente «siguen viendo batallas y transmisiones de mando». «El aspecto económico es lo que se ha estudiado con más detenimiento, pero siguen con leves rozaduras todos los demás aspectos y problemas

de nosotros como nación, la vida interna, los modos de ser, la vida de las ciudades, que es imprescindible esclarecer» (pág. 61). Al confrontar, en el estudio sobre el libro de Grosso, lo que está en letra grande con lo que está en letra chica, sugiere que hasta ahora se ha escrito la historia en letra grande—los congresos, los héroes, las batallas—y que falta escribir la de letra chica—la social.

Además, nos hace falta una síntesis de la historia argentina, superando las monografías y estudios fragmentarios. Como la de V. F. López, actualizada con el material reciente y con nuevas perspectivas. «Esa síntesis de la historia argentina deberá reflejar la cultura y deberá comprender la historia de todo el interior. Profundidad, para que tenga cabida la parte espiritual y la evolución de las costumbres, y extensión para que represente de veras la vida del país. Deberá llegar también hasta nuestros días. Generalmente, los libros de historia se detienen en el año 80, y aun antes...». «Yo veo en esta omisión un defecto grave: necesitamos urgentemente que nos digan nuestra historia más reciente, porque sobre ella estamos construyendo nosotros nuestra vida, basados en ella estamos definiendo nuestras orientaciones» (pág. 68-69).

* * *

Los cinco ensayos que completan el libro son realmente brillantes.

El titulado *Los estudios históricos argentinos* contiene una síntesis del desarrollo de esta disciplina entre nosotros y juicios ecuanímenes sobre los hombres que a ella se consagraron. Los breves fallos que dedica a Mitre, a Groussac y a Juan Agustín García son estimables por su rica sobriedad y su justiciero y medido elogio. También proporciona un repertorio de normas sobre cómo debe escribirse nuestra historia.

El segundo grupo de trabajos, según advertencia del prólogo, son *interpretaciones*, y en ellas se ve cómo Radaelli aplica a sí mismo las ideas expuestas en la primera parte de su libro.

La otra vida de Sobremonte merece encendida alabanza por la belleza de su expresión y por el justiciero propósito de iluminar y reivindicar, humanamente, a Sobremonte.

El ensayo *Retorno de Rosas* es acreedor a una consideración particular. De todos los trabajos de este libro es el único que puede provocar en el lector una profunda disconformidad con Radaelli. Es un elogio de Rosas, fundado, indudablemente, en razones. No puede, en verdad, negarse el acierto de esta reflexión sobre uno de los efectos de la tiranía unificadora de Rosas: «Veinte años de rigor lograron el orden y la seguridad que él buscaba para este país. Cuando terminó su obra, Rosas pudo desaparecer para entregarlo intacto, constituido ya en unidad nacional, a los que le debían de suceder. De las manos de Rosas—escribió un día el mismo Alberdi—salió «formado el poder, sin el cual es irrealizable la sociedad y la libertad misma imposible» (pág. 102). Pero, cabe esta pregunta esencial: ¿el orden y la unificación del país resultaron de un propósito realmente previsto por el frío e inclemente tirano, pueden estimarse el fruto de un programa genial de gobierno, o fueron, simplemente, una feliz e inesperada consecuencia de su apetito violento y constante de mando?

La Vocación histórica de Mitre constituye un valioso estudio sobre la formación espiritual de nuestro primer historiador.

Encantador, irónico y pleno de sugerencias es la *Rehabilitación de la Historia de Grosso*. Los suaves recuerdos de la infancia escolar se juntan con perspicaces juicios sobre método y crítica históricos.

* * *

La irreverencia histórica es un libro todo él escrito en un estilo digno y claro, que alcanza en muchos momentos una transparente belleza, y mantiene con frecuencia el pulso de la emoción.

Las ideas son movidas con soltura, dando dramatismo y persuasión al lenguaje. Un párrafo comprueba la aseveración:

«Quiero rescatar ahora un fragmento ignorado de una vida llena de peripecias: la del marqués Rafael de Sobremonte en sus últimos años. Fué la suya una vida grande y rica en episodios; sus tiempos al principio fueron serenos y gloriosos, hasta que la historia se le metió en el medio arrolladora, y lo arrastró en su ímpetu: así empezó la parte final de su vida, dura y penosa» (pág. 79).

La forma depurada no oculta de ninguna manera el verdadero fondo científico de la obra, que manifiesta íntegra información, revelada por el señorío sobre los temas y por la presencia de notas esenciales, originalmente dispuestas al fin de cada capítulo, sin referencia de números, en una tentativa de disimular la erudición.

Digamos también que el libro de Radaelli—que es el tercero de su producción—tiene, además, un doble significado, referido a su labor de historiador, por una parte, y a su posición frente a las escuelas históricas, por otra.

Significa un momento importante en el proceso ascensional de Radaelli como estudioso de la historia, comparado con sus trabajos anteriores, caracterizados siempre por una nueva manera de ver nuestra historia. La visión es más amplia, más segura la interpretación de los hechos, más sereno e independiente el movimiento de las ideas, nuevos elementos se incorporan a su concepción histórica—por ejemplo, la idea de lo social—. Quedan así prefiguradas las señales de una fecunda evolución.

En cuanto a la ubicación de *La irreverencia histórica* en la bibliografía argentina con relación a las escuelas históricas, debe considerarse que marca una continuación y a la vez un apartamiento de los rígidos cánones de la «nueva escuela histórica», que se inmovilizó en su posición, inicialmente renovadora de métodos.

Con lo dicho, se ha intentado expresar con simpatía la belleza formal, el contenido científico y el sentido orientador de este libro.—CARLOS MOUCHET.

Notas del mes

Mariano Latorre

Después de algunos años de silencio, Mariano Latorre acaba de publicar un nuevo libro de cuentos «On Panta». Son años de silencio bien logrados, bien madurados. Perfección del estilo, mayor sentido humano de sus personajes, menos limitación en la atmósfera del campo. El cerro costeño adquiere en este libro—dos relatos y un intermedio agreste dedicado al personaje típico del cerro—una vida de áspera y brutal realidad. El rincón bordeado de bosques, la escarpa, los tajos enrojecidos y las calvas leprosas de los cerros estériles, viven con apasionante expresión. El autor de «Cuna de Cóndores», ha vencido el detallismo de los primeros tiempos, la ampulosidad de los descubrimientos primeros del campo. Ha logrado, con un estilo plástico, caliente, trazar el contorno de las figuras humanas y embocar en un amplio camino el movimiento de esos seres que respiran su atmósfera, su verdadera temperatura. El cerro se reviste de su auténtica fuerza, determina la psicología de los pobladores, les infunde su áspera y sórdida actitud. La tierra abandonada o la tierra cubierta de leyendas se extiende en el trazado literario o en la creación novelesca con sus elementos simples pero fundamentales, la madurez ha dado a este autor la secreta claridad, no sólo de expresión sino de volumen interno. Cada ser en quien el examen detiene su atención, mueve con sencillez sus pasiones y sus miserias. Ese sector geográfico y moral tiene sus héroes propios, sus costumbres propias. No es cosa de comparar;

es cosa de diferenciar, sencillamente porque el cerro comunica una fisonomía característica y abarcarlo para que en él tengan cabida esos personajes, como si fueran exudaciones de la tierra misma, excrecencias o montículos, o arbustos o animales, es ya una victoria. On Panta revela esta magnífica conquista. No es el campo de otros tiempos, sumiso y vencido en el autor. Es el campo en rebeldía, aun con sus elementos pasivos. Es la naturaleza humanizada y como tal paralela en violencia, en sarcasmo, en burlería o en encantamiento, según las actitudes, al hombre y la bestia que la pisa.

Someramente hemos escrito estas líneas de saludo. La crítica más lenta o más penetrante, dirá otros aspectos y pormenores de este libro.

La problemática del libro

Así tituló Ortega y Gasset la rebelión del libro. Antes fué la «Rebelión de las masas». Pero el sutil filósofo español ha encontrado en la ansiedad nueva del mundo, el exceso de los libros. ¿Qué hacer con este torrente, que ya nosotros, sin pretender dárnoslas de profeta o de más listos que el disociador ibero, habíamos hecho notar en una de las notas editoriales de esta revista como uno de los males de la edad inquieta que vivimos? Vale la pena de reproducir algo de esa liviana conferencia pronunciada por Ortega y Gasset en el segundo Congreso Internacional de Bibliotecas y Bibliografías, celebrado hace poco en Madrid. Dijo el autor de la «España Invertebrada»:

«La realidad total que es nuestra vida, ha aumentado la frecuencia de sus cambios, y por tanto su movimiento absoluto, su progreso. Todo ello debido al libro. Pero imaginad que este instrumento se revuelve contra el hombre, que se haga insumiso e indócil, que provoque imprevistos efectos morbosos. Sigue siendo necesario; pero añade por eso a nuestra vida una nueva inesperada angustia. Ahora su relación con nosotros se complica y se carga con un signo negativo. Esto no es una hi-

pótesis. Todo lo que el hombre crea, cultura y civilización, acaba por revolverse contra él. Porque es creación, queda fuera del sujeto creador, goza de existencia propia, se convierte en cosa frente al hombre y se desentiende de la intención de su creador. Dios creó al ángel y se le rebeló, creó al hombre y se le rebeló, Al hombre se le sublevan sus creaciones. Vivimos hoy una hora característica de esta trágica peripecia. La economía, la técnica, facilidades cimentadas por el hombre, amenazan extrangularle. Las ciencias que rebasan la capacidad de adquisición del hombre, le oprimen como plagas de la naturaleza y peligran tornarse esclavo suyo. En vez de estudiar para vivir, va a tener que vivir para estudiar. ¿No empieza a sentir la sociedad occidental el libro como instrumento rebelde, como dificultad? En toda Europa se siente el exceso de libros. El libro no es ya una ilusión sino una carga. El hombre de ciencia se pierde en la bibliografía de su tema. Pero cuando una creación del hombre se revuelve contra él, la sociedad se revuelve contra aquella creación, duda de su eficacia, siente antipatía y le exige que cumpla su destino de facilitación. El libro está en peligro porque se ha hecho un peligro. Se lee demasiado. El hombre se ha acostumbrado a no pensar por su cuenta y a no repensar lo que lee, único modo de apropiárselo. Las cabezas medias están atestadas de ideas recibidas inercialmente, entendidas a medias, desvirtualizadas».

Valenzuela Llanos

Como siempre que se trata de artistas nacionales, Valenzuela Llanos fué menospreciado en Chile, en los días en que se creía que el pintor no lograría sobrepasar ese término medio que parece ser entre nosotros la línea consagrada. Desempeñaba una cátedra en la Escuela de Bellas Artes, y mediante maquinaciones maestras se logró que fuera sacado de ella. Esto ocurría en el preciso momento en que en París, adonde el pintor había volado, se le otorgaba un premio, y uno de sus cuadros—el mismo

que los jurados nacionales habían rechazado en las orillas del Mapocho—era adquirido para uno de los museos de la capital francesa. . Valenzuela Llanos había sido hombre sencillo, de pocas palabras, pero de un hondo fervor artístico. Quizá esto no agradó a los bulliciosos y, por lo mismo, estériles maquinadores. Vivió consagrado a su arte, aprisionando todo ese encanto del paisaje chileno, que pocos artistas han interpretado como él.

Se ha celebrado el décimo aniversario de su muerte, con una exposición retrospectiva de sus obras admirables. Es la justicia, aunque tardía, que consagra en la tierra que le desconoció sus altos méritos de pintor. Pero cosa increíble, y esto lo cuenta en un artículo el pintor Marcos Bontá, el cuadro que existe en el Museo parisiense, aparece catalogado como de un pintor español. Bontá asegura que él habló al Ministro de Chile en Francia para que se rectificara la aberración. Pasó un año y Valenzuela Llanos continuaba figurando en el catálogo como español. Bontá regresó a Chile y nada se sabe si el artista chileno fué devuelto a su nacionalidad de origen. Es probable que siga como español todavía.

Y esto es lo triste. Una segunda medalla lo consagró en Francia, mientras sus compatriotas se resistían a creerlo. La historia de siempre, no por eso menos amarga. Hay necesidad de que el artista vaya a buscar a otra tierra lo que le niegan en la propia.

NOTAS Y DOCUMENTOS

MEMORIA DEL INSTITUTO DE FISILOGIA

I. PERSONAL DEL INSTITUTO DE FISILOGÍA.

El personal del Instituto de Fisiología a fines del año 1934 se componía como sigue:

Profesor y Director: Dr. Alejandro Lipschütz.

Jefe de Trabajos Prácticos: Dr. Eduardo Viñals.

Jefe Técnico: Emilio Poch.

Ayudante profesional: Dra. Teresa Vivaldi.

Laboratorista: Gertrud Hempel.

Secretaria: Dagmar Staden.

Colaboradores para Tesis: Mario Del-Pino, Agustín Fuente-Alba, Carlos Oviedo, Luisa Palacios y Germán Villagrán.

Ayudantes: Eduardo Morales (estud. IV año Med.); Darío Verdugo (est. IV año Med.); y Carlos Cepeda (estud. IV año Med.).

Ayudantes ad honórem: Helmut Jaeger (estud. III año Med.); y M. Oviedo (estud. III año Med.).

Mayordomo: Remigio Henríquez.

Auxiliares: Pedro Campos, Guillermo Castillo y Francisco Aravena.

II. ENSEÑANZA.

En vista del aumento considerable del número de los estudiantes de *Medicina* en el 2.º año y en vista de la estrechez de la sala de clase con sólo 32 plazas para trabajos prácticos, hubo

que dar la enseñanza práctica en dos grupos. Por esta razón el número de horas de trabajos prácticos ha sido disminuído de 10 hrs. semanales a sólo 8, lo que representa una gran desventaja en atención al desarrollo continuo de la ciencia fisiológica y a la tendencia a dar mayor alcance a los experimentos fisiológicos relacionados con la Medicina, como lo hemos indicado en las Memorias anteriores.

Además de los dos grupos de estudiantes de Medicina, un tercer grupo comprendía a los estudiantes de *Dentística*.

Compartiendo plenamente las ideas expresadas por el Dr. *Etienne Burnet*, experto de la Organización de Higiene de la Liga de las Naciones, en su informe del año 1933, el Director del Instituto de Fisiología está empeñado en tratar la *Fisiología* como medio fundamental de la enseñanza médica y como introducción a la clínica y especialmente al diagnóstico y tratamiento científico de enfermedades. Opinamos, para servirnos de las palabras del mismo eminente experto de la Liga de las Naciones conocido también por su actividad en nuestro país, que «el período científico preclínico es el período de la enseñanza de fisiología».

Nos damos plenamente cuenta de que en las condiciones del momento tenemos que tropezarnos con ciertas resistencias en la realización de la enseñanza moderna de Fisiología: *Primero*, porque en una ciudad tan alejada geográficamente de todos los centros científicos e industriales, en un país con moneda desvalorizada y con un cordón aduanero prohibitivo como en tiempo de guerra, la debida organización de un Instituto científico llega a ser posible sólo con grandes medios económicos que no están a disposición del Instituto de Fisiología. *Segundo*, porque las condiciones sociales y económicas de nuestro país no han permitido todavía la formación de un joven personal universitario «full-time», dedicado exclusivamente a la labor de enseñanza y de investigación en el Instituto. *Tercero*, porque la enseñanza de Fisiología en nuestro Instituto se desvía completamente de la enseñanza tradicional de Fisiología en nuestro país

que es de tres horas semanales de clase, sin trabajos prácticos del alumno mismo, y por profesores mal pagados y ocupados en múltiples otros empleos, lo que necesariamente crea en todo arreglo de nuevos planes de estudio condiciones poco favorables para aquellas tendencias fisiológicas en la enseñanza médica preclínica.

Por otra parte, los estudiantes, como en los años anteriores, han respondido con entusiasmo a la enseñanza de la Fisiología.

III. INVESTIGACIÓN CIENTÍFICA.

Se realizaron durante el año varios estudios experimentales referentes a distintos aspectos del complejo gonadótropa de la prehipófisis.

El señor Carlos Oviedo estudió las facultades gonadótropas de la prehipófisis del *Myopotamus* (*Myocastor*) *Coipu*. Se estableció que la prehipófisis del Coipu macho se asemeja a la del Cobayo, especie a la cual el Coipu se asemeja por varias particularidades de procreación como lo es la larga duración de la preñez y el hecho de nacer los jóvenes completamente desarrollados. La capacidad luteinizadora de la prehipófisis del Coipu se reveló muy poco desarrollada; hubo raramente luteinización por inyección de prehipófisis, con un coeficiente Q_{lut} muy pequeño en los casos positivos.

El Director comenzó estudios sobre la facultad gonadótropa de la prehipófisis de otro roedor sudamericano, el *Octodon Degú*, roedor de la Cordillera. La crianza del Degú en el Instituto fué coronada por el buen éxito; constatamos que los jóvenes nacen muy desarrollados, igual que el Cobayo y Coipu. Esperamos tener en el curso del año 1935 material suficiente para hacer las primeras experiencias sobre las facultades gonadótropas en esta especie.

Varios estudios fueron consagrados a la dilucidación de la cuestión de si existen en el Cobayo, igual que en la Rata, di-

ferencias sexuales de las facultades gonadótropas de la prehipófisis. Al administrar prohipófisis de macho y hembra de Cobayo a la Rata infantil no se nota una diferencia, ya que ambos sexos carecen en ese experimento de facultad luteinizadora. Al combinar la prehipófisis de Cobayo macho con orina climactérica, se produce siempre la luteinización, mientras que la combinación de orina con prehipófisis de hembra raramente la provoca. Se examinó la combinación de prehipófisis de macho o hembra con orina de preñez. En esta combinación tanto la prehipófisis del macho, cuanto la de la hembra se revela luteinizante o, mejor dicho, con capacidad de aumentar la intensidad luteinizadora de la orina. Pero esta capacidad se reveló mayor con la prehipófisis del macho que con la de la hembra, estableciéndose de este modo también en la especie del Cobayo una diferencia notable en las capacidades luteinizadoras entre ambos sexos en favor del sexo masculino.

El señor *Del-Piño* hizo un estudio comparativo sobre las diferencias sexuales de la facultad gonadótropa en el *Hombre*, sirviéndose de material de autopsias del Instituto de Anatomía Patológica de la Universidad. Los estudios están todavía en marcha.

El señor *Villagrán* comenzó un estudio sobre las diferencias en las facultades luteinizadoras entre ambos sexos de Rata, después de la castración. Los estudios continúan todavía.

La señorita *Palacios* estudió de modo comparativo la influencia de la foliculina sobre la acción gonadrótropa de ratas machos normales y castrados. Se comprobó el hallazgo hecho ya anteriormente en este Instituto, de que en el macho no castrado puede desaparecer bajo la influencia de la foliculina la facultad luteinizadora sin que desaparezca la facultad estrógena. También se comprobó el hallazgo anterior de que por inyección de foliculina aumenta el peso de la prehipófisis.

El señor *Viñals* hizo algunos experimentos para completar sus estudios anteriores sobre la acción de la epífisis, en combi-

nación con orina de preñez. Se comprobaron sus hallazgos del año pasado.

El señor *Fuente-Alba* hizo nuevos estudios cuantitativos sobre el prolan (de la orina de la mujer embarazada) en la sangre de la coneja para establecer la curva de su desaparición. Los estudios dieron como resultado que esta curva es *logarítmica*, es decir, el por ciento de desaparición en la unidad del tiempo es una constante.

La señorita *Vivaldi* y el señor *Fuente-Alba* comenzaron un estudio sobre la cuestión de si la desaparición del prolan de la sangre se debe exclusivamente a la eliminación por el riñón o si hay también otro mecanismo de desaparición. El prolan se inyecta en animales nefrectomizados y se examina cierto tiempo después el contenido de prolan en la sangre de tales animales. Los estudios continuarán en el año 1935.

Se hizo un estudio extenso sobre la mucosa vaginal en el ciclo sexual experimentalmente trastornado por fragmentación ovárica, con el fin de dilucidar los factores hormonales determinantes de esos trastornos. Prestó ayuda técnica el ayudante ad honórem, señor *M. Oviedo*.

Se comenzó un estudio experimental sobre los factores determinantes de la mucificación de la mucosa vaginal en la preñez en el Cobayo, con el fin de dilucidar las relaciones antagónicas entre foliculina y luteohormona. Prestó ayuda técnica el ayudante ad honórem, el señor *H. Jaeger*.

Continuaron algunos estudios sobre las consecuencias de la ablación testicular unilateral, llegándose a la conclusión de que la vesícula seminal y el conducto deferente son frecuentemente más desarrollados en el lado normal que en el lado de ablación. Prestó ayuda técnica el ayudante ad honórem, señor *B. Gunther*.

En todos los trabajos con extractos prehipofisarios y de orina prestó su ayuda el jefe técnico, señor *E. Poch*. En todos los

trabajos relacionados con la microscopía prestó su ayuda la laboratorista, señorita G. Hempel.

IV. TESIS.

Se presentaron las tesis siguientes:

Teresa Vivaldi: Estudio Experimental sobre la permanencia del prolan en la sangre de la Coneja. Tesis N.º 8, 1934.

Ernesto Oliver: La pilosidad en el hombre en relación con la edad y la raza. Tesis N.º 9, 1934.

Gracias a la ayuda del Honorable Directorio de la Universidad, ha sido posible editar algunas tesis anteriores cuya publicación había sido postergada por razones económicas. Así las tesis de los señores *L. Ibieta* y *M. Sanhueza*, profusamente ilustradas con grabados microscópicos (véase X).

El Director del Instituto de Fisiología se complace en dejar constancia de la ejecución espléndida del trabajo tipográfico de la Sociedad Imprenta y Litografía «Concepción», encargada por el Instituto de la impresión de las tesis.

Las nueve tesis publicadas por el Instituto en los años 1932-1934, sea en Concepción, sea en los Anales de Medicina Interna (Madrid), valieron elogios de los más halagüeños para el trabajo experimental realizado, elogios de parte de investigadores españoles, portugueses, franceses, ingleses y norteamericanos. Digna de mención especial es la carta de uno de los más renombrados investigadores norteamericanos, que llama la atención sobre «el gran número de apellidos ibéricos entre los colaboradores, hecho que demuestra que se está estableciendo una escuela local de investigadores».

En los trabajos para tesis, el Instituto tuvo que luchar contra varias grandes dificultades, como son la falta de animales, de substancias químicas, de vidrios, de aparatos. Mucho se hizo también sentir la falta del ambiente científico para la juventud.

V. EL EDIFICIO DEL INSTITUTO DE FISIOLÓGÍA.

El aumento del número de los estudiantes de Medicina, el mayor desarrollo de los cursos prácticos, de los trabajos para tesis, de los trabajos de los ayudantes de planta y ad honórem causaron un gran movimiento en el Instituto y revelaron la necesidad urgente de aumentar sus locales para fines de enseñanza y de investigación, sea por construcción de un anexo en el terreno actual del Instituto, sea por construcción de un nuevo Instituto en la Ciudad Universitaria. Se hace mucho sentir la falta de un gran auditorio y de una gran sala de clase práctica; faltan también locales para la instalación de aparatos de análisis de gases, de microquímica aplicada a la Fisiología, de electrofisiología, etc., cuya falta impide el desarrollo de la enseñanza fisiológica en nuestro país.

Se hicieron varias reparaciones en el edificio del Instituto, pero desgraciadamente no definitivas.

VI. EXTENSIÓN UNIVERSITARIA.

El Director del Instituto dictó dos conferencias en el Salón de Honor de la Universidad de Chile y dos en el Salón de Conferencias de la Universidad de Concepción.

Sobre las conferencias dictadas en Rosario y en Buenos Aires, véase lo que se dice en el título VII.

VII. RELACIONES NACIONALES E INTERNACIONALES.

El Director del Instituto ha sido invitado a participar en varios Congresos nacionales e internacionales. En vista de las dificultades monetarias el Instituto no pudo participar en congresos celebrados en Europa. Gracias a una dotación especial del Honorable Directorio de la Universidad, el Director del Instituto pudo trasladarse a la República Argentina para atender a

una grata invitación del Comité Organizador del V Congreso Nacional de Medicina que se celebró en Rosario.

El Instituto de Fisiología presentó al Congreso de Rosario los siguientes trabajos:

A. Lipschütz:

Las diferencias específicas del sexo que existen entre prehipófisis masculina y femenina.

A. Lipschütz y C. Oviedo:

Las acciones ganadótropas de la prehipófisis del *Myocastor (Myopotamus) Coipu*.

A. Lipschütz y T. Vivaldi:

Sobre la suerte del prolán inyectado en la sangre.

E. Viñals:

Influencia de la epífisis sobre la acción ganadótropa de la orina.

A. Lipschütz:

Cambios experimentales en la acción ganadótropa de la prehipófisis.

Durante su estada en Buenos Aires el Director del Instituto dictó una conferencia en el Instituto de Fisiología de la Facultad de Medicina de esa ciudad.

El Director del Instituto quiere dejar constancia especial de las múltiples atenciones que le procuraron las autoridades administrativas de la Provincia de Santa Fe y de la ciudad de Rosario, y las autoridades universitarias de Rosario y Buenos Aires, como a uno de los representantes de la Universidad de Concepción. Expresa el Director el deseo ferviente de que se intensifiquen las relaciones científicas entre nuestro país y la

República Argentina en donde las ciencias médicas tanto puras como aplicadas han alcanzado un desarrollo formidable y cuya importancia ha sido reconocida por la medicina internacional.

El Instituto ha sido visitado por varios distinguidos extranjeros. Mencionamos la visita del eminente profesor de la Facultad de Medicina de la Universidad de San Marcos en Lima, el Dr. *Monje*; del profesor de Biología de la Universidad de San Louis en los Estados Unidos, el Dr. *Luyet*; del Director de la Chile-American Association de Nueva York, Coronel *A. Kenney C. Palmer*.

El Instituto ha sido también honrado con las visitas de distinguidos hombres de la vida pública chilena, como don *Agustín Edwards*, don *Marmaduke Grove* y don *Augusto D'Halmar*.

VIII. BIBLIOTECA.

Las condiciones de la Biblioteca mejoraron considerablemente en el año 1934, aunque faltan todavía las principales revistas fisiológicas alemanas, francesas, inglesas e italianas.

El Director deja constancia de su profunda gratitud:

A la Chile-American Association y su Director Coronel *Palmer*, por la donación del «*American Journal of Physiology*» y «*Journal of Biological Chemistry*», revistas norteamericanas fisiológicas fundamentales e indispensables para el mantenimiento del Instituto;

A la Dirección de la Rockefeller Foundation por la donación de «*The Journal of General Physiology*».

IX. CÁTEDRA DE FARMACOLOGÍA.

Habiéndose creado en el año 1934 la cátedra de Farmacología, el Director del Instituto de Fisiología ha sido encargado, a

proposición de la Facultad de Medicina y por decisión del Consejo y Honorable Directorio de la Universidad de Concepción, interinamente de esa cátedra, por un año.

Prestaron su ayuda como ayudante de planta el Dr. E. Viñals y como ayudantes ad honórem los señores Emilio Poch y Eduardo Morales, cuya labor entusiasta ha facilitado de modo considerable la improvisación de las clases de Farmacología.

Las experiencias recogidas por el Director del Instituto de Fisiología le hacen opinar que es indispensable contratar cuanto antes a un profesor "full-time" de Farmacología, dotándole de un Instituto especial. La Farmacología experimental en su desarrollo actual no permite ninguna improvisación, tratándose de uno de los ramos científicos más importantes de la primera mitad del período clínico, con responsabilidades inmediatas y muy considerables también ante la profesión médica de nuestro país. Por las razones expuestas la cátedra de Farmacología puede llenarse exclusivamente por una persona científica independiente, capaz de ser útil a sus colegas clínicos de la Universidad, a la profesión médica del país, a la Farmacia y a la industria farmacéutica nacional, con su experiencia propia farmacológica, con su investigación científica y con su juicio crítico en todo lo que se refiere a los fundamentos experimentales de elaboración y aplicación de drogas.

X. PUBLICACIONES.

A. Lipschütz y J. Pi-Suñer:

1934 Curso Práctico de Fisiología, Tomo I. Javier Morata Madrid.

A. Lipschütz:

1934 Changement experimental de l'équilibre préhypophysaire gonadotrope. C. R. Soc. Biol. 116, 89.

A. Lipschütz:

1934 Experiments on the gonadotropic complex of the anterior lobe of the hypophysis. *Quart. Jl. of Exp. Physiol.* 24, 113.

A. Lipschütz:

1934 Sinergias endocrinas y glucemia. *Rev. Méd. Chile* 62, 201.

A. Lipschütz:

1934 La distribución de la sangre en el organismo. *Rev. Méd. Chile*, 61, 677. (Publicado también en el *Bol. de Educación Física*).

A. Lipschütz:

1934 La función específica de los aminoácidos. *Rev. de Med. y Aliment.* 1, 109.

A. Lipschütz:

1934 Las tareas de la farmacología. *Rev. de Med. y Aliment.* 1, 181.

A. Lipschütz y E. Viñals:

1934 Sur le mécanisme intime des troubles ovariens et du cycle sexuel consécutifs a la réduction de la masse ovarienne. *C. R. Soc. Biol.* 116, 1369.

A. Lipschütz, J. Mena et E. Viñals:

1934 Intervention ovarienne et loi de la puberté. *C. R. Soc. Biol.* 116, 1365.

A. Lipschütz: et T. Vivaldi:

1934 Sur le sort du prolan injecté a la Lapine par voie intraveineuse. *C. R. Soc. Biol.* 116, 87.

R. Cádiz y A. Lipschütz:

1934 Sobre un caso de pseudohermafroditismo masculino. *Medicina Moderna*, 7, N.º 10.

Manuel Merino:

1934 Estudio experimental sobre la pigmentación de la región mamaria en el cuy. *Anales de Med. Int. (Madrid)*, 3, 493.

B. Osnovikoff:

1934 Estudio experimental sobre el comportamiento histológico y fisiológico del fragmento ovárico. *Anales de Med. Int. (Madrid)*, 3, 735.

Luis Ibieta ():*

1932 Comportamiento Histológico del injerto testicular intrarrenal. Tesis Inst. Fisiol. Univ. Concep. (Chile) N.º 2.

M. Sanhueza ():*

1932 Estudio experimental sobre la acción endocrina de fragmentos testiculares en el cuy. Tesis Inst. Fisiol. Univ. Concep. (Chile), N.º 4.

E. Viñals:

1934 Alteración del ciclo sexual por intervención ovárica. *Anales de Med. Int. (Madrid)*, 3, 207.

T. Vivaldi:

1934 Estudio experimental sobre la permanencia del prolan en la sangre de la coneja. Tesis Inst. Fisiol. Univ. Concep. (Chile), N.º 8.

(*) Publicados sólo en 1934.

E. Oliver:

1934 La pilosidad en el hombre en relación con la edad y la raza. Tesis Inst. Fisiol. Univ. Concep. (Chile), N.º 9.

Varios trabajos publicados en las Actas y Trabajos del V Congreso Nacional de Medicina en Rosario, (p. 226, 278, 280, 284, 287), véase también bajo el título VII.